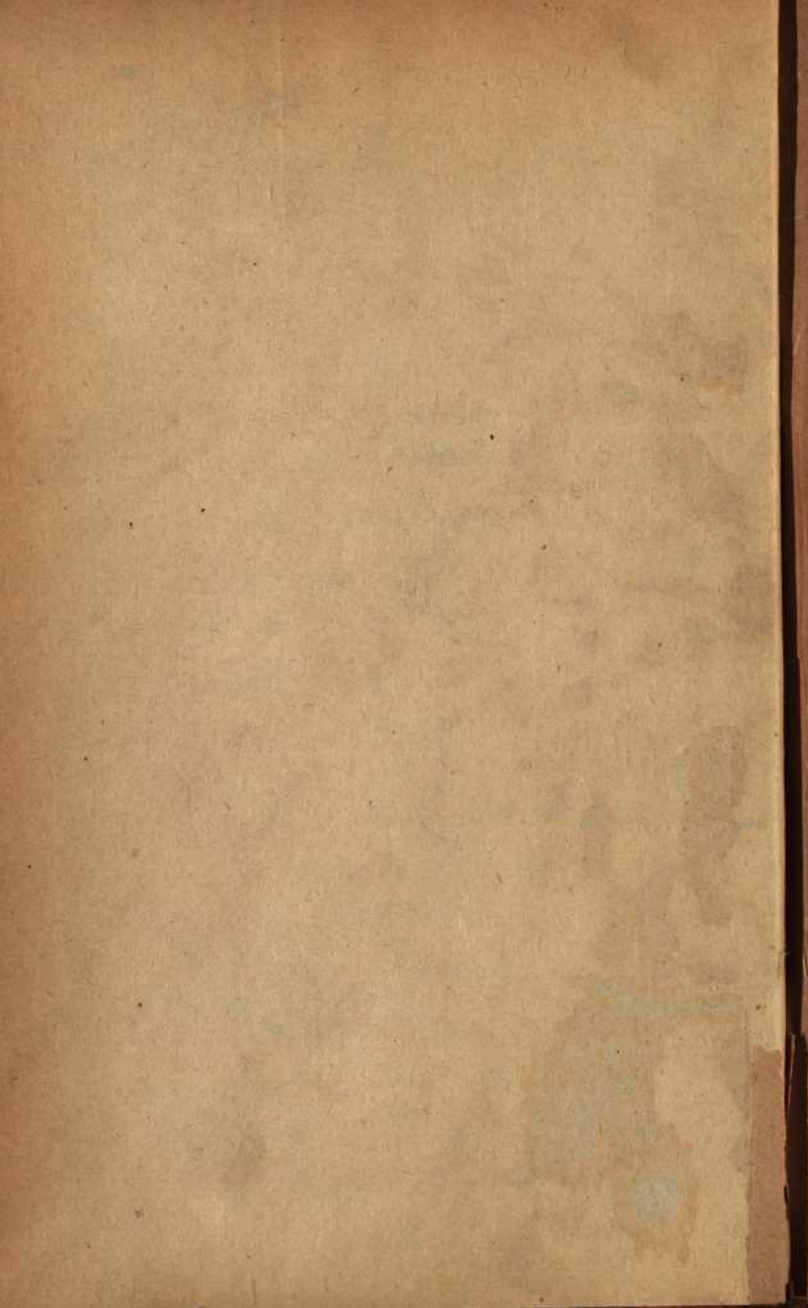


288-22
544
15

NO SE PRESTA

**Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura**



FRESCOS DE ANDALUCÍA

ANDALUSIA

ANDALUSIA

FRESCOS
DE
ANDALUCIA

POR
LORENZO LEAL



R. 18.153

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
Carrera de San Jerónimo, 2
1889

ANDALUCIA

Es propiedad de su autor.

Queda hecho el depósito que la ley previene.

AL EXCMO. SR.
DON ENRIQUE DE LA CUADRA Y GIBAJA

Buscando, señor, alguna grandeza para este pobre libro que, por ser mio, sale á la luz pública desprovisto de las galas con que adornan los suyos los hombres de ingenio, póngolo bajo el amparo del ilustre nombre de V. E. á quien ruego que le otorgue el solícito acogimiento que su amor á las Artes y las Letras siempre dispensó á toda suerte de libros.

Es de V. E. afmo. amigo y s. s.

q. l. b. l. m.

Lorenzo Leal.



LA HOSTIA

I

Seguido, seguido como una soga interminable, se extendia, cortando en dos mitades aquellos prados secos, el arrecife descompuesto por donde los cuatro caminaban llevando al hombro ligera chaquetilla, desabrochada la camisa, con el sombrero de alas mustias cogido un pañolillo velando el cogote, sucio y desplanchado el liviano pantalón que desvergonzadamente ciñe las posaderas y deja por abajo con su sobrada anchura

que el polvo llegue á la rodilla, y todos menos uno, un pequeño lío al hombro ó en la mano.

Tiesos y enmarañados los pelos de sus largos tufos, se pegan á las veces en húmedos mechones sobre las mejillas, por las que descienden gotas de sudor que empapan el polvo del camino posado en sus curtidos rostros, y forman mezcla imperceptible que de cuando en cuando la mano arrolla en negros surcos.

El suelo quema; el aire enrarecido asfixia; no se ve un árbol en todo el agostado egido que atraviesan, y el sol canicular apenas si hace un rato que llegó al Meridiano de donde parecía haber tomado fuego, según lo que sus rayos abrasaban; sed y calor extraordinarios les ahogan, y hasta su picotera charla habitual, aquella charla en la que el cuento de la más saliente peripecia se matizaba con finos epigramas, frases ingeniosas, chistes espontáneos, gracia natural y contagiosa y placida alegría, se había acabado ya poniéndola remate una maldición horrenda de *La Hostia* al bellaco empresario que demoró pagarles hasta aquella mañana, no obstante de haber-

sele advertido que á la tarde habian de torear en Villasimple.

Villasimple ¡maldita! ¡qué lejos estaba! Allá se la veía tras de una obscura faja de frondosas huertas enseñando la gaita de su campanario, y anda, anda, anda en dirección á ella, y nunca se llegaba.

Vuelos que da el pensamiento ¡de cuánto alivian y consuelan! Afanes y deseos fervientes de la vida, ¡cómo abstraen y embriagan y obsesionan hasta substraernos á la más sensible y opresora realidad!.... Hombres habia en el *arte* que aquellos viajes los verificaban en trenes expresos por cuenta de empresarios, y que ganaban centenares de duros por despachar no siempre como se debía, un toro noble, un toro bravo, un toro cuya lidia es matemática, fija como el peso de gravedad, y pan de regalo comparada con la infructífera y peligrosa de aquellos boyancones ya picardeados que él lidiaba en corrales ó cerrados de movido suelo.

Y..... todo era cuestión de cartel. ¡Si él tuviera cartel!.... ¡Si lo sacaran en Sevilla!.... ¡Sevilla, plaza de Maestranza nada menos! Esta era la meta de sus aspiraciones. Partien-

do de una salida a su circo taurino con cualquier otro *espada* novillero ¡qué rápida fortuna! Primera tarde, una ovación continua en pago de aquel trabajo fino con que había de dejar tamañito al compañero. *Los diarios* por la noche hablando ya de él, y de su arrojo, y de su corazón, y de su arte, le proporcionarían contrata para el otro domingo, era seguro. Y en aquella segunda tarde, apretar más Siempre en la cabeza, quietos los pies, ceñido con el trapo, citando corto y tirándose de veras, ¡bah! obtendría un éxito que le abriría las puertas de otras plazas..... hasta la de Madrid ¡pues ya lo creo! Y entonces, ya en todas partes torearía; puede que para Octubre fuese a Montevideo; al año siguiente tomaría la alternativa de cualquier maestro, y con la alternativa él..... él matador de toros.....

Los sueños ideales que de la riqueza forja el pobre, las ambiciones de un artista, los delirios de un aventurero, imágenes sin cuento de rutilante perspectiva que seducen y alhagan y extasian, ocuparon su imaginación caldeada como la atmosfera, y ni fatiga ni calor ni cansancio ni sed sintió ya, hasta llegar al vallado de la primera huerta.

II.

Como la graduación entre militares, se estima entre toreros la categoría.

Así pudo observarse que mientras *El Pili* y *Toñete* y *Menegildo* se tiran panza abajo en medio de la linde y aspiran con delicias el fresco de la hierbecilla que á la sombra del vallado crece, *La Hostia* se recuesta con cierta parsimonia, y como falta á la compostura exigida por su cargo, sólo se permite repantigarse un poco, desabrocharse los botones de la camisa y abanicarse con el sombrero.

Siguiendo en sus revolcaduras, *Toñete*, el más granuja, pide un cigarro al *Pili*, y *La Hostia* les tira su petaca como tira un señor pan á sus lebreles.

—¡Quién juma ahora!—dice *Menegildo*—
Argo fresco mos caía ahora bien.

—Una jartá é brevas, pongo por caso;
¿eh, pare?—dijo *el Pili*

—Camará ¡Quien cojiá una canasta!

—¿Quien? Este cura—repuso *Toñete* incorporandose—Toy endicando una jiguera deje aquí mesmo, y no me conformo sólo con golerla.

—¿Ande está?

—Miala allí.

Y como no bien formulado el propósito de «siquiá aprobarlas» un «paluego es tarde» sirve de acicate, los tres trujimanes se escurren como culebras por debajo de un acebuchino, en tanto que *La Hostia*, recomendandoles que las «mercaran» si veían al dueño, queda allí solo y sigue embebido con sus sueños, sobreexcitados aquel día por la primer contrata formal que ha tenido, contrata ya, no de aquellas cuyo precio era la voluntad del empresario, ni de aquellas otras más recientes que se reducían á un acuerdo ó pacto fiado á la palabra; sino estipulación firmada que entregará en el pueblo próximo á un emisario de otro lugar vecino donde ya otra vez que lidió, dejó «concepto.»

Y saca del bolsillo el compromiso para recrearse en su contemplación, y aquel papel le impone más que á otro le impondría un contrato matrimonial ó la venta de su al-

ma. Es algo de superstición lo que le sobrecoje y le incita á leer una vez y otra vez aquellas ocho líneas, bajo las cuales, trazado en torpe y ordinaria letra, se lee

Come Rramires La Ostia

que es su firma.

Veinticinco pesos le ha de valer la muerte de aquellos tres novillos. Veinticinco pesos; con ellos comprará..... ¡Malos mengues! Si necesita seis corridas de aquellas para comprar un traje.

Nada; quedaba todavía mucho tiempo de andar rodando de aquella manera, de llevar aquella vida horrible de cigarrones, á la que salta siempre, siempre molido, hambriento, estropeado y sucio, antes de torear en forma y verse bien ataviado, con un buen traje de plaza, con otro para calle Sierpes, de pantalón fino, botinas de charol, sombrero Mazzantini, camisa de pechera rizada, y.... el colmo de la dicha: con botonadura de oro «man que no fuá de muncha ley.»

¡Oh! Antes pensaba él que un torero cobraba demasiado por matar un toro; pero ahora no, porque ahora piensa que aquella,

aquella vida perra era la que después pagaban los miles y los miles que un torero gana; aquella lucha tinánica y cruel contra el obscurecimiento en que yacia, y aquella sed de notoriedad; no la faena con los toros; no la esposición antes su cuernos; no una problemática cogida; ¿cogida? ¡bah! ¿quién piensa nunca en ella? no es torero de sangre entonces. Prueba: ¿lo había él pensado alguna vez? Nunca en sus diez y ocho años. Porque él era un torero, y lo tenía en la masa de la sangre, y.....

—¡Hostia!—exclamó dando con el puño en el suelo—Yo piyo carté poncima é Dió.

III

Tornaron los trashumantes lidiadores trayendo en los sudados pañolillos y en el seno muchos albaricoques y brevas que desbajaron en la linde, y en torno del montón los cuatro empezaron á comer.

Cosme preguntó si el dueño les habría observado, y *Toñete* dijo que le había visto ten-

dido panza arriba, la pechuga al aire y con la boca abierta, durmiendo junto á un cebón de cinco arrobas, que le hacía duo en sus tuertes resoplidos.

Y refería á este propósito que al mirarle en tal guisa le habian acometido deseos vehementísimos de despachurrarle una breva en su bocaza, cuando un tustigazo repentino que recibió *La Hostia*, hizo á todos levantar la cabeza y á éste ponerse de pié y volverse con la velocidad del rayo para ver quien así le castigaba. No lo había visto aún, y un empujón tremendo le hizo caer de espaldas sobre el montón de brevas, que quedaron hechas un emplasto bajo su cuerpo. Como ardillas habian saltado los muchachos sobre el agresor que era un hombre robustísimo, y en tanto el forzado *Menegildo* sin miedo á recibir trallazos, con la una mano le agarra un carrillo y con la otra le da en las narices de moquetes, y los otros también sin miedo alguno procuran apoderarse de la tralla, *La Hostia* se levanta fusioso y suelta una bestial patada al campesino en el vértice del ángulo formado por las piernas, que le hace prorrumpir en estertóreo grito y tirarse al

suelo presa de movimientos epilépticos. Bien le dió el bruto de *la Hostia*.

—¡Chanooo....! grita una voz en la heredad.

La escena se interrumpe.

—¡Aquí!—grita el caído—¡que me matan!

—La del humo, nenes—dijo *el Pili*—¿pa qué más custiones?

Cojieron sus hatillos y escaparon contestando con creces las injurias que retorciéndose y gritando les dirigía el campesino, cuando de pronto hubieron de pararse, y volver grupas y huir desperdigándose, todo en menos tiempo del necesario para referirlo, viendo ante sus ojos y á treinta pasos de distancia á otro hombre que, escopeta al brazo, se les echaba encima. Y al correr el hombre y correr ellos, uno desafiándoles á que le esperen, y otros huyendo como gamos, el podenco del de la escopeta que husmeando en los vallados se habia quedado atrás, parte hacia los perseguidos que se ven ya en sus dientes, y á impulsos del instinto ó guiados por la astucia, toman diversas direcciones, viniendo á poco á formar un semicírculo del

que ocupaba el centro el cazador. El perro se decide por *Toñete* y tras de él corre; su amo va tras de *la Hostia*; ¿qué más se quería? *Pili* toma una piedra blanca que halla al paso, y presto y certero tira sobre el chuchó que ahullando se derrenga al recibir en una pata la pedrada, y dando agudos ayes y cojeando sale de estampía. El cazador furioso que lo ve, endereza hacia el *Pili* la escopeta, y ¡pum! dispara. Perdió la partida. El tiro no hizo blanco, pero sí en el tirador un terronazo que, de ser pedrada, le destroza un hombro. *Toñete* secundó con otro, y *la Hostia* amagándole con un tercero, gritó amenazador.

—¡Atras!

Mas el hombre no hizo caso alguno, y el tiroteo se estableció, viniendo pronto á equilibrar un poco las desiguales condiciones de la lucha, Chano y su deudo el de las brevas, uno casi doblado, otro á todo correr.

La práctica de las pedreas que los toreros habían tenido en el Campo de los Mártires y en la Alameda Vieja de Sevilla ¡cómo se demostraron en aquella brutal contienda!

Acorralados y en huida tenían ya á los

campesinos y les hubieran obligado á encerrarse contusos y acardenalados en la choza de su heredad, si aquello se prolonga un poco. Mas el día estaba de peripecias, y la más inesperada, temible y original fué la súbita presentación de una pareja de la guardia civil, ante cuya presencia quedaron los apedreadores, miedosos y desconcertados y con ganas de que por arte de encantamiento se los tragase la tierra.

—¡Granujas! ¡pilletes!—les gritó la guardia.—¡Alto!

Gachos y cariacontecidos se fueron replegando hasta reunirse en un punto, entregados á discreción.

El *Pili* más desvergonzado, atrevido ó irrespetuoso, quiso dar cuenta detallada de todo lo ocurrido; pero un cogotazo que le hizo tambalearse, cortó en los comienzos su discurso.

Los campesinos se creyeron fuertes, y volvieron iracundos, llamandoles ladrones y asesinos.

—¿Qué ha pasado aquí?—preguntó uno de los guardias.

—Posque tra je robarnos la fruta, esos

jitanos han querío matarnos, Son unos ladrones; créalo su mercé.

—¡Mentira! —repuso *la Hostia*, — mos han disparao esa escopeta, y hemos tenio que defendernos.

—¡Mentira! —replicó el cazador, — er tiro se escapó causalmente; yo he llegao aquí ahora poco, y me he encontrao á mi hijo reventao, lo cual que está presente, y á mi cuñao lo mesmo.

—Si no mos bian pegao á traición....

—Si no fuais ladrones sin vergüenza....

—Tengo más vergüenza que usted.

—Ni tú ni la madre....

No hay para qué reterir todos los detalles de aquella violenta escena.

Baste consignar que los guardias fallaron contra los toreros, que dos á dos les amarraron por los brazos, y que así les hicieron andar y los dejaron cerca del vallado, en tanto ellos entraban en la arboleda para refrescar. Concluyeron pronto por fortuna, y emprendieron la marcha á Villasimple, que ya se hallaba á muy corta distancia.

Y al caminar en tal guisa, ya á las tres de la tarde, cansado, mustio, aporreado, sucio,

preso y amarrado por la guardia civil como un asesino ó un ladrón empedernido, *La Hostia* pensaba en que habia de torear aquella tarde. ¿Qué ánimos podia tener, ni con qué facultades contar? ¿eran aquellas condiciones? ¿quién hallándose en tan triste situación desearía otra cosa que una buena cama en aposento fresco, y comer bien y descansar? ¿quien no pensaría con tedio en toda fiesta, máxime si había de ser actor en ella? ¿no temería que en vez de conquistar algo para el pedestal de su futura fama, atrayese la burla y el menosprecio sobre su obscurecimiento?..... Sí; cualquiera lo temería, cualquiera estaría de antemano en ello consentido; pero *la Hostia* no. *La Hostia* necesitaba quedar bien, conquistar aplausos, producir entusiasmo, y que su nombre se recordase luego con placer por los aficionados. Sí, sí, era preciso, era indispensable, y.....

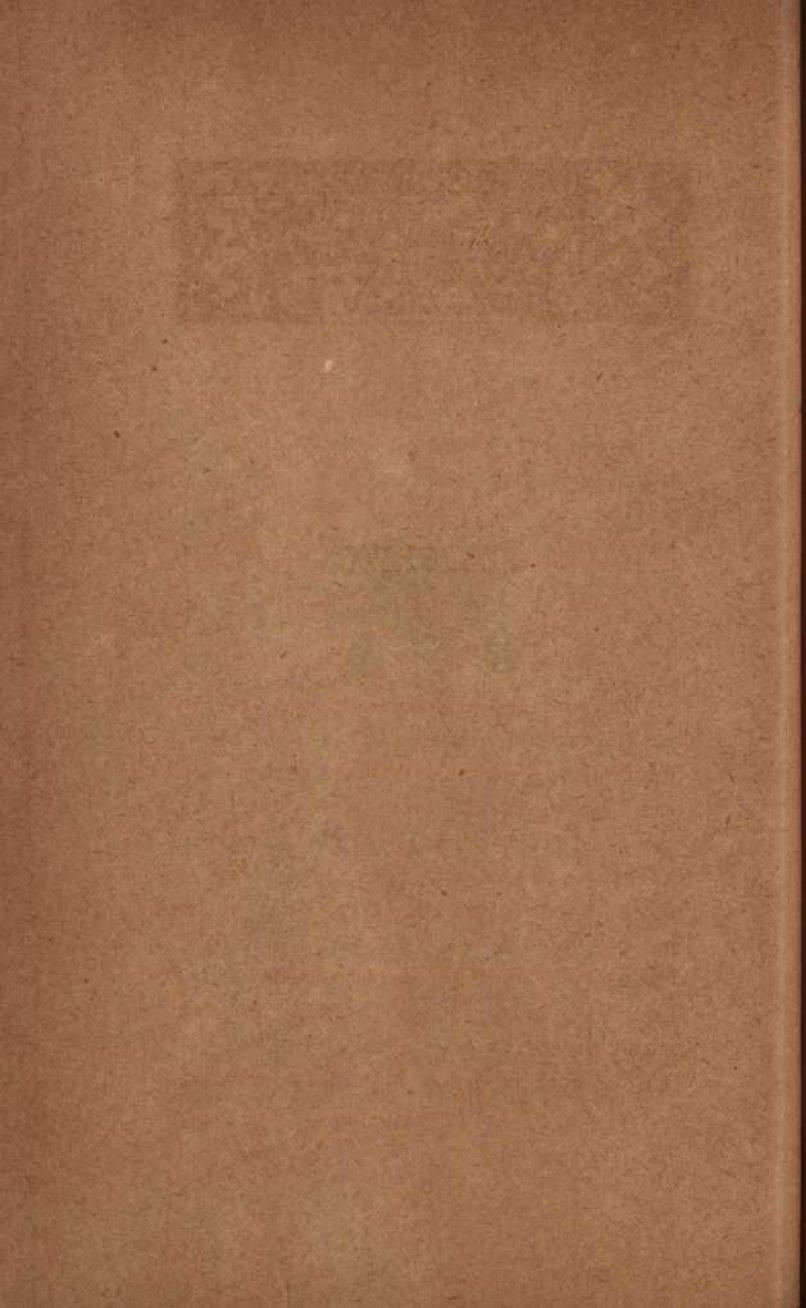
—¡*Hostia!* Sa mesté, y será—exclamó con energía—Me los bebo esta tarde,

¿Y quien puede negar que se los bebería?

Espiritu valiente, grande corazón y decidida voluntad, él ha de romper la muralla de hielo que separa á las insulsas medianías, de

las celebridades. Los héroes se dan en todas las esferas, y son más de admirar antes que la fama los pregone.







FOSFORITO

Hablabanme de él como de un héroe; era la admiración de unos, el encanto de otros; quién me le presentaba como la encarnación de un poético ideal; quién como ejemplo vivo de la victoria del arte sobre la naturaleza, del bien sobre el mal, del ángel sobre la mujer. Y esas tranquilas horas de la noche que yo dedico al plácido vagar, á cobrarme del ingrato trabajo que me ocupa durante todo el día, á sustraerme del tormento que dan una inteligencia que se agota en estériles luchas, un corazón que se marchita y un alma

que se enerva y desfallece al incesante golpear de una adversa fortuna; esas tranquilas horas de la noche que yo dedico á mis ensueños de poeta, durante las cuales vivo feliz sin duda porque no vivo en el mundo, las disfruto gustoso para oír y admirar al decantado *Fosforito*.

Fango cubre la perla en lo profundo de los mares, y de cieno y escoria se nutre la hermosa pasionaria. Por eso no mató mi deseo, sino antes bien le sirvió de acicate, aquella crápula nefanda cuyo aliciente principal ó mayor gala es un felino baile, chavacano é impúdico, al que dan relieve y colorido, no el estruendoso palmoteo con que se acompaña, ni aquel harmónico taconeear sobre el tablado; sino la atmósfera de fermentado alcohol que se respira, el vicio que se palpa, la latente impudicia que á medias enfrenan la tarifa incierta del placer carnal y el mercantilismo de la casa, todo revuelto, amotinado, en confusión indescriptible, formando un fondo obscuro sobre el que se destacan con energía y dureza, tipos diversos de catadura singular, que ya son el blanco de la mas lúbrica mirada, ya objeto de torpe admiración, ya motivo

de un sangriento epigrama, ya víctima de una grosera injuria.

En revuelto montón que apenas dejan paso, y todas rodeadas por más de los que holgadamente caben, están las mesas de una sala, mesas quizá no dos iguales en tamaño, pero todas pringosas; á lo largo de la otra sala más estrecha, se extienden pequeñas balaustradas que con fuertes listones que van de la pared á ellas, forman compartimientos, camarotes ó jaulas donde suele estar lo más adinerado de aquella indocta plebe.

El hedor de bohío y el de taberna se mezclan con el perfume fastidioso y penetrante que despiden las más de las mujeres; el humo del tabaco y el aliento forman un vaho espeso como el agua turbia; denegridos están el techo y las paredes, y emporcado el suelo; todo sabe á postrimerías de borrachera.

Tal es el escenario: los actores parecen notas discordantes arrancadas del concierto del mundo para componer con ellas, juntándolas en aquel sitio, una diabólica sintonía que vacantes y sáticos dedican al dios de la licencia.

La bailadora de garrido cuerpo y adoba-

do rostro, de cebadas caderas y engurrumidos pechos, que ataviada con tieso traje de percal lleno de lazos de colores vivos y muchos perifollos, baja sudosa del tablado y va de mesa y mesa bebiendo sin placer ni gusto del vino que le ofrecen cuitadas compañeras, amigos generosos, baturros admirados y granujas secos de lujuria, hasta llegar al sitio donde la espera el chulo que la explota ó el sandio á quien engaña; el manso y carnoso bailador, zanguanazo sin gracia que se siente envanecido cuando sus cabriolas y movimientos incitantes ponen salida á la pareja y la hacen retocerse como rijosa gata; un ser de sexo discutible, llena la faz de colorete y el pelo de manteca olorosa, con pañolito al cuello y flores en el pecho, repulsivo como un sapo estrujado y libidinoso y deshonesto como una bruja embriagada; la que durmió en un tiempo con marqueses y ahora gana cantando para pagar á la criada, fumadora cerril de puros buenos, parlanchina graciosa que tiene un repertorio inagotable de obscenos cuentecillos y embelesa al hombre á quien para conquista elige, bañándole en una ardiente mirada de sus brillantes ojos negros, como el

abismo atrayentes y como la cantarida excitantes; la vieja pervertida de bocaza de lucha y pelo untado que traga más que un sumidero y demanda los oficios de tercera y da consejos y deja oír sentencias de mancebía; el mozo diligente de cetrina color y ojos sin brillo, que nada ve sino un casco vacío, ni oye otra cosa que la palmada con que bebida le demandan; todos, en fin, pasando de un lado para otro, bullendo y revolviéndose entre un público asaz heterogéneo del que forman parte la chula xporreada y el señorito sin carrera, el rafero de ocasión y el industrial que no pisó colegio, el estudiante calavera y la perdida modistilla, el viejo verde y la chiquilla astuta, forman aquella galería de siervos de Terpsícore y Talía entre los cuales, por su inocencia, por su pequeñez, por su dulzura y su debilidad, pasa inadvertido *Fosforito*, hasta que como á la nota que dormía entre las cuerdas del cansado laud del viejo bardo, Perez, el maestro Perez, supervivencia en la guitarra del héroe á quien cantara Bécquer, marca diapason á sus cantares, y como perlas engarzadas salen de su garganta las más sentidas y sonoras notas

que jamás en *malagueña* alguna se hayan emitido.

Fosforito es un niño, un adolescente de complexión nada robusta y de garganta delicada á la que ya cuida como enferma, no bebiendo ni vino ni aguardiente, porque uno y otro le hacen padecer. Dulce, melancólico y sencillo, *Fosforito* es un ser delicado á quien otros aires más puros que los que allí se respiran, tienen que alimentar la vida si ésta no ha de apagarse pronto como lámpara seca.

Y este niño que inspira á todos quizás el único sentimiento puro que allí alienta, es quien domina aquella fiebre loca que posee los ánimos, y hace cesar la orgía en el más álgido punto de su desenfreno, y detiene las corrientes del vicio cuando marchan más impetuosas, y trueca la bacanal en culto al arte, y hace que el alma aletargada se despierte y lata el corazón á impulso de los más noble afectos. El resorte de que se vale para tan grande obra que le proclama el héroe soñado, el vencedor atleta de aquel circo, el coloso que avasalla á cuantos le rodean, es una copla, un trino melancólico y suave, acompasado y tierno, dulce y sentimental,

que llegando al oído como eco del más íntimo afecto, adormece la carne y apaga toda grosera sensación, y atrae y conmueve el ánimo, sumiéndolo en el mar de melancolías que en los acentos de la copla vibran.

Fosforito canta, y su canción no es sólo un aire que recrea el oído ni una armonía que place el escucharla; es además la súbita sorpresa de un secreto querido, ó el aliento de un deseo vehemente; la poética imagen de una hora de infortunio, ó el grito de una pasión voraz; el gemido de una pena que mata lentamente, ó el ¡ay! desgarrador que arranca el golpe fiero que segó la última esperanza; algo que llega á lo más recóndito del alma, y emociona y conmueve poderosamente.

Es inefable la conjunción de sentimientos que hacen presa en el ánimo, cuando se le oye entonar una copla como esta:

Tú, misionero de Dios,
si por el mundo la encuentras,
dile que yo la perdono;
pero que no quiero verla.

La traición más negra hecha al amor más

santo por la ingrata que lo inspirara, se presenta al ánimo en toda su horrible desnudez, y contrastando con ella el perdón más generoso de la falta y el dolor que no resistiría la presencia de quien lo ha causado.

Es indecible la amargura que del alma se apodera oyéndole cantar.

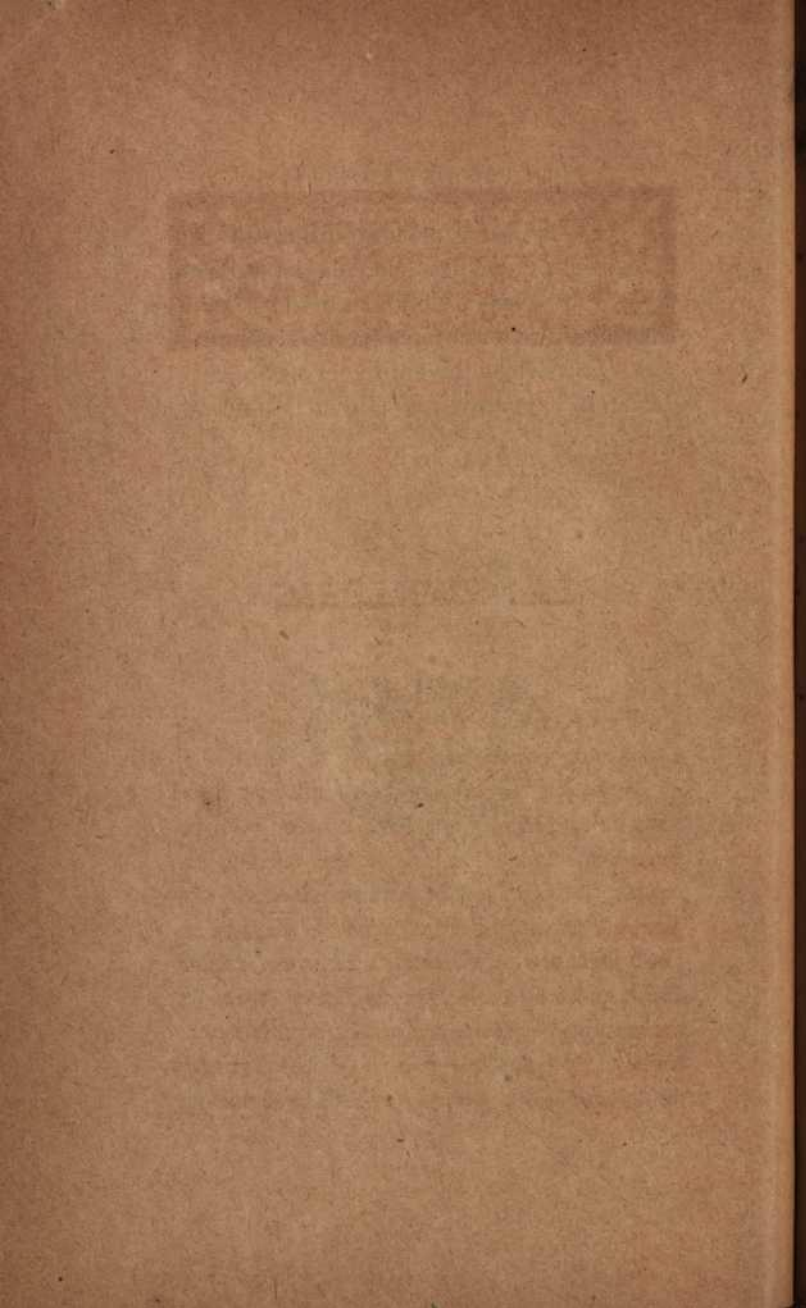
Toitas las noche á las dos
se me redoblan las penas,
porque á esa horita murió
aquella madre tan buena
que el ser que tengo me dió.

La agonía dolorosa de una madre, ocurrida en la soledad de la noche, el desamparo y la orfandad horribles en que dejara al ser querido, y la homicida pena acarreada por la eterna separación, parece que encarnan en las vibraciones de su voz, y vierten en el alma amargo desconsuelo.

No es extraño, por tanto, que el poseído por los vapores del alcohol, y el embriagado por la fiebre afrodisiaca, y el bueno y el malo, y el joven y el viejo, y la mujer y el hombre, y todos, en fin. sientan despertarse en su alma sentimientos que parecían dormi-

dos para siempre y que les transforman y ennoblecen, trayendoles a la vida del espíritu, de las esperanzas y de los recuerdos, de los ensueños y de los amores pasados y futuros, *Fosforito* es el sentimiento y el afecto, es el recuerdo y la esperanza: lo mas noble de nuestro ser.







LAS SEMILLERAS

De bruces sobre el balcón de mi cuarto estaba aún cuando pasaron.

Solamente á sus trinos de alondra y á sus risas de vírgenes y á sus timbradas y argentinas voces que el eco repercutía en sonoras ondas, hubiera mi dulce arrobamiento dispensado turbar en aquel punto el augusto reposo de la noche, cuando la luna, esa eterna viuda inspiradora de pensamientos tristes y melancólicos efluvios amorosos, se había ocultado ya, y cuando el lucero del alba, nimbo de un nuevo día y mensajero de ilusiones ri-

sueñas como la aurora, no dejaba todavía sino adivinar sus dorados reflejos.

¿Quiénes serían á aquellas horas? ¿eran las nueve musas? ¿qué diosas podían ser?

Diosas del amor, seguramente, puesto que eran mujeres, y mujeres jóvenes y frescas á juzgar por sus risas, que parecían besos comprimidos, que estallaban en chasquidos prolongados y sonoros.

Rapazuelas aún, muchachas inocentes, cándidas doncellas que sin amanecer dejaban el casto lecho para salir al campo antes que lo alumbrase el día, trajéronme á las mientes los nocturnos idilios á que en sus alcázares de Andalucía se entregaban los árabes emires cuando favoritas y odaliscas, tañendo guzlas y pulsando arpas, les embelesaban con plácidas canciones amorosas, á cuyas dulces notas el alma embriagada se rendía.

Y fué más grande mi embeleso, cuando frente al balcón, á través de la sombra diluida por el fulgor de las estrellas, las ví en confuso grupo, casi perdidos, para que mejor se imaginaran, los contornos de sus garridos cuerpos, el aire donosísimo de sus gentiles talles, y la arrogancia y apostura de sus es-

culturales cabezas, plantel de luengas y trenzadas cabelleras, que eran sin duda negros marcos de hechiceros rostros.

Amor de que son fuente inspiradora, me advierte de su marcha, é irresistibles simpatías me fuerzan á seguir las. No consentí en perderlas; salí de casa; las seguí. Sus risas y cantares servíanme de égida, y cuando lindes y rastros substituyeron al camino, acerté á conservar la distancia conveniente para apreciar la escena á mi sabor, sin que ellas se pudiesen percatar de la presencia de un extraño curioso.

Llegaron. Sobre la linde de una extensa heredad, que un follajer aquítico cubría, soltaron sus pañuelos, y en ala desplegadas, cruzando unas con otras las palabras que el soldado animoso dirige al compañero al empezar ruda faena con objeto de alentarle y alentarse, dieron comienzo á la tarea de arrancar aquel pasto y apilarlo en gavillas.

¡Oh, manitas blancas, manitas suaves, finas y sedosas, criadas para engarzar perlas y bordar en oro! ¡cómo os habeis de destruir!.....

La sangre juvenil, sangre preciosa que

estarian ya derramando, cegó mis ojos, y súbitos deseos me acometieron de incendiar aquel pasto homicida. Ya impaciencia febril me dominaba por que viniera el día y alumbrase el estrago, que no sería mayor de lo que yo lo imaginaba.... ¡Que viniese el día! ¡Y con él el calor de la canícula que bañaría sus cuerpos en sudor, y el sol ardiente que tostaría sus rostros, ajando y marchitando sus bellezas! ¡Dones amargos los de las horas próximas por mí tan deseadas!.....

Deseaba y temía. Deseaba que la luz me certificase de que eran mis temores infundados, y temía que esa luz diera fé ante mis ojos de que mis tristes pensamientos pecaban por defecto.

Lució el alba. El crepúsculo arrebujo en sus mantos á la noche, y su fugaz reinado comenzó..... Aurora penumbrosa que anhelas desvanecer mis ilusiones: ¿qué me haces entrever? ¿mujeres haraposas?..... No es bastante aún tu claridad; engañas con tu prestado resplandor; no es realidad lo que me enseñas..... Astro rey; llega ya y desvanece toda duda; que cansados mis ojos por esta sucesión de tintas, necesitan de tu luz radiante para

ver desvanecidas las imágenes que las tibias claridades que te sirven de heraldos, han forjado ante mí.... ¡Oh, Sol, ¡qué digo Sol! Sancho maldito, Sancho imbécil, que Sancho eres ahora, y Panza y rústico y grosero! Advierte que la amorosa y sublime locura del Hidalgo Manchego por su Dulcinea, no me ciega, y que no he de tomar por faena de princesas el aechar trigo, ni por ambrosía ningún hombruno tufo. ¿Qué me has hecho ver?.... ¡Ah! Ninfas nocturnas en actitud indecorosa, arrastrando las faldas por delante, y alzadas por detrás hasta la media pierna; piés montañeses que calzan viejos borceguíes y cubren sucias medias; rostros curtidos y acordobanados, de labios quemados y ojos tristes; manos bastas y negras, llenas de cicatrices y arañazos, que deben de cojer el hacha y manejar el escardillo mejor que el hilo y las agujas..... ¿Qué has alumbrado, sol tirano? ¿Qué has hecho, rudo campo á quien yo tenía por eterno teatro de idilios y églogas vivientes?.... ¡Imposible! Soñé. No era verdad lo que hasta allí me había arrastrado; no corrí en pos de diosas. Ni baños ni menjurjes podrán volver la lozanía perdida á aquellos cuerpos

que. más que cuerpos parecían perchas de viles andrajos.

El campo, el sol.... ¡Qué buenos y qué bellos cuando se les contempla desde el urbano gabinete! ¡qué duros y maléficos para quienes la pobreza somete á sus rigores!.





EL SANTITO

I

Cuando desde el zenit lanzaba el sol lluvia de fuego sobre la abrasada tierra y una atmósfera enrarecida y seca nos ahogaba, yo solía refugiarme en el riconcillo del jardín formado por la pared de nuestra casa y el muro de la Iglesia, donde la sombra era perenne porque un moral añoso lo cobijaba por completo.

Y tirado allí sobre una manta, bajo el tupido pabellón, formado por las verdes hojas

del corpulento árbol en que se guarecían los pajarillos que, ijadeantes, caídas las alas y el piquito abierto, saltaban de esta á la otra rama, ávidos de aspirar la escasa brisa que en ledas rachas venía de cuando en cuando, pasaba la siesta con la *Summa Teológica* en la mano, fijos los ojos durante mucho tiempo en sus hermosas páginas, y el pensamiento ¡qué se yo! volando en alas de ficciones y quimeras, las más disparatadas.

Y ahora no eran tan sólo de aquellas á que mi futuro destino señalaba órbita; ahora no se reducían á resolver aquel problema planteado tantas veces, de si mis condiciones y aptitudes me llamaban á ingresar en una orden monástica donde la compañía de ascéticos varones acrecentase mi fervor y me diese temple y sabiduría de apóstol para predicar en luengas tierras y convertir infieles, ó si debía aquí reducirme á conseguir, por el camino del estudio constante y la virtud austera, una mitra ó cualquier otro premio con que honra Dios á los que elige para sostenimiento de su Iglesia. Ahora con estas mis cavilaciones del Seminario, mis antiguas cavilaciones, se mezclaban otras

de bien diverso orden, otras que en vez de reducirse á mí, se extendían á ella, á mi primita, una muchacha bella más que el ensueño de un poeta, y hermosa como la gloria prometida.

Aseguraban y yo así lo creía, que las abejas del contorno preferían sus labios á las demás flores para elaborar la miel de sus colmenas; que los lirios y los claveles, antes de abrir sus capullos, les robaban de las mejillas tinta para colorar sus hojas; que las rosas tomaban el perfume de las emanaciones de su boca, y que más de una vez el Sr. Cura al verla de improviso, la creyó aparición de la divina virgen.

Años atrás, yo recordaba haber oído muchas veces decir:

—¡Qué guapa es Luciana!

Y al oírlo me refocilaba y me sentía orgulloso, considerando su belleza como cosa propia, como un galardón de la familia, como una honra para todos.

Mas al tornar á verla después de aquellos nueve últimos meses pasados entre los sombríos muros del Seminario, su presencia no produjo en mí la grata sensación que en

otras vacaciones. Fué dolor, fué admiración, encanto, pasmo, agitación nerviosa, un estremecimiento, una revolución de afectos tan extraña y nueva, que nunca la experimentó igual mi tonsurada personilla.

—¡Qué hermosa! y yo ¡qué mísero!—fué el juicio sintético en que expresé mil diversos pensamientos que en confuso tropel se agolparon á mi mente.

Y por senderos tales rodaron después mis reflexiones, que me sentí confundido y avergonzado y poseído de una íntima rabia, al considerar la enormidad que la naturaleza había interpuesto entre aquella hermosísima mujer y un hombrecillo como yo, que había salido tarde y mal de una entumida infancia, de una pubertad nada lozana, y que en plena juventud, ni fuerza corporal ni fuerza de espíritu tenía. Era ya un hombre ¡vaya si lo era! Pero hombre á quien con suma propiedad seguían apellidando con diminutivos. En casa, *Tobita*, diminutivo de Cristóbal; fuera de ella, *Santito*, el que aplicaban á aquel capellancete, encogido, beato y de ojos mustios, que sabía diez sermones de memoria, que era una autoridad en cuanto á la liturgia

de todas las fiestas onomásticas, que danzaba en cuantas novenas, setenarios, triduos y jubileos se celebraban, y que era el angelito prodigioso y beatífico á quien citaban á sus sobrinos como ejemplo que imitar, las azota-esteras, mocosas y gruñonas, que andaban á caza de funciones religiosas, tomando turnos en el confesonario, y siempre con el rosario á cuestras.

Había pasado el tiempo, y en este orden, en balde para mí. Yo era como antes el niño prodigio: ¡Qué talento! ¡qué virtud! ¡qué santidad! ¡Mandaba una devota decir una misa en sufragio del alma de su padre? Pues á casa llegaba y me decía: Yo siempre pensé en que el *Santito* la ayudase; es igual, ya lo se; pero me parece que tiene más virtud. Un setenario? *Santito* lo rezará. Una novena? pues la plática, dicho se está: el *Santito*.

Y curas y devotos y todo el mundo convenía en que yo era indispensable, y aquello de *Santito*, de chiquillo ruin, poquita cosa, y alicorto, no se me quitaba.

En cambio *Morcones* despuntaba por el polo opuesto. *Morcones* había sido capellán conmigo; pero ahorcó á tiempo la sotana pa-

ra dedicarse á la labor; se había criado sano como un toro, y era entonces lo que llamaban las mujeres, un real mozo.

El no estaba tan distante de mi prima. El no podría envidiarle sino la belleza femenina que no necesitaba ¿Tenia algo de extraño que los dos fuesen novios? Nada absolutamente; parecían creados el uno para otro.

Y sin embargo habia momentos en que el noviazgo aquel me sublevaba, y en que sentía febriles ansias de luchar con aquel hombre, sólo para vencerle, sólo para humillarle y demostrar al mundo entero que no era en nada superior á mi.

Pero tras de estos desatinos que como relámpagos cruzaban por mi mente, venia la reflexión á hacerme comprender que debía de trocar mi antipatía en afecto, mi envidia en amistad..... Iba á ser mi deudo; el esposo de mi prima Luciana; el autor de su felicidad..... ¿Podía yo hacer lo que él? Yo no; yo iba á ser cura; yo tenía trazado mi destino en otros campos, por otras rutas opuestas diametralmente á las de ellos.

El se la llevaba. Yo en cierto modo la perdía..... Y bien. ¿Podia pensar siquiera en

retenerla?..... Sería un crimen,.... ¡Adiós! prima Luciana..... Ella por su camino. Yo por el mio, con fé y constancia y entusiasmo. A cantar misa, á estudiar mucho, á ser un sabio. Había que recompensar al tío de los enormes sacrificios que mi carrera le costaba; había que hacer su voluntad, y así pagarle la limosna de que hubiese amparado mi orfandad; había que dar á la familia la honra aquella de tener, como siempre, un sacerdote entre sus individuos; había que demostrar que se era digno deudo del arzobispo aquel cuyo retrato en lienzo, sucio y resquebrajado, fué la única herencia de mi madre.

—Sé como él, hijo del alma—me dijo en su lecho de muerte.

Y yo debía cumplir aquel mandato de mi madre moribunda,

A cantar misa, á estudiar mucho, á ser un sabio. ¡Hay que ser arzobispo!.... Anda teólogo, que en cuanto lo alcances, ya no serás, entonces sí que no serás el mísero *Santito*..... Vuelta á la *Summa Teológica*.

II

No llevaría aún cuatro minutos de lectura, cuando la voz argentina de Luciana resonó en mis oídos y conmovió mi espíritu.

—¡Tobita!

Me incorporé y la ví.

Traía puesta la chaquetilla descotada para cuyos encajes me había sacado á mí el dinero de un entierro, por no pedírselo á su padre; la enagua era la de percal blanco moteado de color de rosa; traje de casa que completaban el pelo un tanto desgredado por delante, y el delantal de la costura.

Llegó, y ofreciéndome una gorda manzana, se sentó sobre la manta en que yo estaba.

—¡Qué bien se está aquí!.... Corre un fresquito.....

Yo no acierto á explicar lo que á su lado me ocurría; sí afirmo que al oirla, mi alma quedaba como pendiente de sus labios, y á la vez que su cuerpo me atraía, las torturas de mi corazón sólo pudieran concebirse sabiendo

por pasadas experiencias las que sufre un alma tímida que se deja turbar por la más negra tentación. Sus ojos encendían mi sangre y enervaban mi espíritu; verla era mi mayor delicia, y su presencia mi mayor tormento.

—A ver—dijo sacando del bolsillo una manzana que mordió con ansia—¿qué lees?

—Lo de siempre; el libro hermoso del más grande de los doctores de la Iglesia.

—¡Ajál! ¿Pero es latín como el otro?..... ¿á ver? ¿lo entiendo yo?

Y con un abandono fraternal se inclinó sobre mi espalda, con el derecho brazo rodeó mi cuello, posó su garganta sobre mi hombro izquierdo, y así miró la página por la que el libro estaba abierto.

En esta posición, su aliento tibio besaba mi mejilla, el peso de su cuerpo lo sentía yo sobre el mío, y el calor que de sí desprendía me embriagaba.

—*Hic autem*..... en fin; cosas de santos. —exclamó incorporándose.—Tú serás obispo, Tobita. Lástimas que antes.....

—¿Qué, prima?

—Nada; que es lástima que no seas pronto cura para que fueses tú quien me casara.

—¿Tan deprisa va eso?

—¡Digo! ¿Pues no lo sabes?

—No sé una palabra!

—¡Ay, Tobita!—exclamó apretándome la barba—Veo que en tu salterio sólo una cuerda suena, y no tocando á ella nunca estás en voz..... Eres tonto, Tobita.

—Pero si no he oído nada que.....

—Pues esta noche vienen á pedirme.

—¡Esta noche!—exclamé incorporándome y mirándola con ojos espantados.

—Justo—repuso ella indiferente escu-
piendo el corazón de la manzana—Ya lo sabe papá, y el Sr. Cura, y todos menos tú.

—Pero.....—objeté con trabajo—¿Tú.....
amas á ese hombre?

Al oír esto clavó en mí una mirada á ninguna otra parecida; una mirada como me parece imposible que la pueda lanzar un ojo humano: fosforescentes las pupilas destacándose brillantes y negrísimas sobre el blanco mate de la córnea, se flechaban sobre mi rostro como si quisieran penetrar en mi alma y leer todos mis pensamientos. Sin embargo, en la expresión de aquella singular mirada, no había ó no lo vi, pasión alguna; no se pin-

taba en aquellas magníficas órbitas, amor ni odio; no se leía en ellas la intención de imponerse ni la de amedrentar. Revelaban, sí, grande extrañeza; parecían la expresión de un alma sorprendida por hallar una cosa donde menos lo esperaba; parecían expresar alegría por hallar algo en donde se juzgó que no había nada; parecían un comentario sarcástico á las palabras necias que le había dirigido.

A ello siguió súbito la conmiseración afectuosa ó el desdén revelado en estas palabras, que pronunció limpiándose la boca:

—Cuando te digo, Tobita, que eres tonto..... ¿Tú amas á ese hombre?... Claro está ¿por qué no? ¿porque antes me era antipático?..... Con el tiempo se varía.

—No; quise decir.....

Luciana me interrumpió dando súbitamente un grito, poniendose de pie como impulsada por un resorte, y retorciendose y lanzado ayes medrosos, en tanto que agitada y nerviosa, trataba de desabrocharse.

—¿Qué es eso?—le pregunté alarmado, aprestandome á auxiliarla.

Y seguía chillando y con los ojos deman-

dándome auxilio, que yo no sabía cómo prestarle, hasta que dijo:

—¡Un bicho!.... por la espalda.... ¡Ay!

Temblando entonces yo también no ciertamente por temor al bicho, le abrí un poco la chaquetilla dando de un lado y otro de su escote un fuerte jalón que le rasgó el hojal, y haciendola inclinarse hacia adelante, metí la mano por su espalda hasta llegar, cerca de la cintura, al punto que por encima de la ropa ella apretaba..... ¡Asqueroso animal! Era un negruzco lagartillo de una pulgada de largo, cuya cadavérica frialdad crispó mis ya desconcertados nervios, produciéndome repugnancia y asco.

Fuera el molesto huésped que yo pisé con rabia, ella respiró. Tenía el semblante encendido; dos lágrimas asomaban á sus ojos, y su respiración era agitada y violenta, como si hubiera soportado su cuerpo gran fatiga.

—¡Tobita de mi alma! ¡Qué susto he pasado!—exclamó dirigiéndome una dulce sonrisa de agradecimiento.

—Y yo..... ¡qué fuertes emociones!—exclamé para mí.

Y á la verdad que nunca las barrunté

ni sufrí tan violentas. El contacto aquel de su piel, tersa, blanca y suave, quemó mis dedos y encendió mi sangre, haciendo subir como vapor hirviente á mi cabeza; la frialdad del saurio me hizo el efecto de una descarga eléctrica, y tras de una y otra sensación, me hallé calenturiendo, mareado.

Luciana se marchó. Yo quedé molesto, desasosegado, pesaroso. El horizonte aquel tan limitado empezó á asfixiarme, seguí en pos de ella, y preocupado y triste me dí á vagar por todos los rincones de la casa.

La *Summa Teológica* me la dejé olvidada debajo del moral.

III

Aquella noche fué pedida Luciana en matrimonio.

El acto no tuvo gran solemnidad, porque ni en mi pueblo es costumbre, ni mi tío aficionado á fiestas de aparato.

El padre del novio y un amigo llega



á las nueve á casa. El Sr. Cura y mi tío le recibieron. Entraron después varios amigos de uno y de otro sexo dando enhorabuenas, y en muestras de agradecimiento fueron obsequiados. Todos, ellos y ellas, tuvieron una flor que dirigirme.

—Padre Tobita; porque me leas la *Epistola*.

—Anda, *Santito*; que estoy esperando á que seas cura para confesarme contigo.

—Una copita, que si es pecado, lugar hay de arrepentirse.

—Anda ensayate, chiquillo, y vete acostumbrando; que hoy en día no hay cura que no trinque más que un arrumbador.—¿Eh, pae Manolito?

—Hombre, no digo..... Pero si viene á mano y es una cosa así, pongo por caso, hasta el Arzobispo, como dijo el otro, y salva sea la parte.

—Marearte? Anda, tonto; ¿no ves al señor Cura? Bebe, hombre, bebe. Pues si todavía vas á predicarnos esta noche el sermón de la Magdalena.

—Tobita; esta entre los dos, á la salud de quien me quiere.

Y hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos parece que habían formulado el propósito de embriagar al mísero *Santito*.

Y *Santito* accedió á tomar las primeras copas por falta de energía para negarse á ello, y las segundas y las últimas porque ya se le dió muy poco de todo, y le era indiferente marcarse ó no.

Y bebió cuanto le dieron, y se mostró expansivo y hablador como nunca le habían conocido, y dió bromas á las niñas, y tuvo epigramas para el Sr. Cura, y habló en latin, y descubrió un tesoro de gracias personales que nadie en él había advertido, y tuvo risueña y encantada á la reunión, hasta que..... hasta que.... advierte que la vista se le turba, que el estómago se le revuelve y le suben bascas á la boca, que va á hacer en público una porquería, y con la presteza posible á sus piernas que se doblan, sale sin ver la puerta, guiado del instinto.

—¡Va borracho!..... Se va á caer—oye que gritan.

E intenta volver para sosegarlos al sentir que le siguen, y da una camballada, tropieza en una silla, y cae debajo de una

mesa.... ¡Ay, que no puede levantarse! Las vigas del techo empiezan á dar vueltas, los cuadros de santos se pasean por las paredes, y la luz de la sala y la del corredor se han multiplicado.... Un último esfuerzo para sacudir aquel letargo que empieza á acometerle.... ¡Infeliz! Al movimiento le responden, primero el estómago, que le devuelve avinagradas y pestosas las substancias que en él depositó, y á seguida la cabeza, que pesada como maza de hierro, cae sobre el duro pavimento.

Después ¡qué bien se estaba allí! ¡qué sueño más hermoso! Sin embargo, *Santito* cree sentir que le trasladan, que le acuestan, que le limpian, que le desnudan su tío y un amigo, y que ya colocado en la limpia camita de su cuarto y cubierto su cuerpo con las sábanas, entran á verle casi todos los de la reunión, y le contemplan, y le rien el accidente, y le compadecen con afecto sumo, y al retirarse todos ¡esto sí que fué bueno! su prima Luciana le dió un beso en la frente,

Santito tiene después un sueño bastante original. Parecele que el beso aquel de su bonita prima, no fué beso, sino una chispa

eléctrica que prendió en el estante de sus libros devotos, y empezó á quemarlos. Y ar-
dian y ardian como embreada estopa, y *San-
tito* lo contemplaba embelesado, sin pesar
ni alegría, ni interés. Y el fuego se propaga
á la cómoda inmediata, donde están sus so-
tanas y sobrepellices, sus cuellos, su canoa
y su bonete, y esto sí que le fastidia por el
olor ingrato que despide el combustible;
pero sigue impasible viendo la marcha rápi-
da del fuego, y deseando, ahora así, deseán-
do que cuanto antes lo destruya todo..... ¡Qué
pasadilla más extraña!

Después, lo que era lógico; después tito
Martin viene á ver cómo sigue el enfermo, y
su dolor no tiene límites al reparar en el es-
trago. ¡Qué pena la del pobre viejo! ¡qué con-
tristamiento el de su ánimo! *Santito* quiere
consolarle, y le dice:

—No lo sienta usted, tito Martin. Cuan-
do Dios lo ha permitido, es porque nos con-
viene. Acaso es este, un aviso providencial;
porque.... mire usted, siéntese usted aquí, á
mi lado. Tengo que hacerle una grave confi-
dencia.... Quizá le desagrade; sin duda le de-
sagrada; pero sería un crimen engañarle....

La confidencia es, que á mí no me cautiva el sacerdocio ni me juzgo apto para consagrarme á él.

Tito Martin se queda estático al oírle; pero *Santito* insiste, y hablando de la vocación que dicen que siempre ha demostrado al sacerdocio, dice con calor creciente:

—La vocación..... La vocación.... Precisamente es lo que siempre me ha faltado. Lo que se ha tomado en mí por vocación, no es más que el resultado del medio en que he vivido. Antes de que pensar pudiera, en el sueño mismo de la infancia, se me dijo: «Tú vas á ser cura.» Y me convine á serlo por obediencia, y me convine á serlo porque ser cura era, según ustedes me decían, lo mejor que se puede ser en este mundo. Yo estoy conforme; pero si es lo mejor, no es seguramente lo más fácil, porque además de una virtud que no tengo, se necesitan condiciones de que carezco..... No puedo, no acierto á determinar con precisión cuales sean estas; pero en fin, otro temple de alma que no el mío es necesario, porque sacerdote, ó serlo bueno ó no intentarlo ser.

Tito Martin estaba absorto. Tito Martin

no comprendía que *Santito* estuviese en su cabal juicio al decir todo aquello, y ya una mirada de rugiente cólera animaba su benévola faz, ya contristado se mesaba la cabeza entre ambas manos. Al fin, ó porque la cólera triunfó, ó acaso para intimidar al mísero capellancete, exclamó con brios, poniéndose de pié.

—O cura ó nada.

—Nada, tito Martín—le replicó *Santito* con firmeza.

—Pues á la calle, entonces. No quiero renegados en mi casa.

Y salió.

—A la calle—dijo *Santito* para sí.

Y dispuesto á marchar dió algunas vueltas en busca de su hatillo. Mas considerando que nada le pertenecía, salió de la habitación y de la casa, con las manos vacías.

Triste está la casa cuando la deja; los gorriones pían en los árboles del jardín, y las cigarras en los cardos, los grillos en sus agujeros y las ranas en sus charcos, cantan la soledad en que todo yace sumido. No ha visto á Luciana; ¡sabe Dios si la verá más! ¡qué angustias! En el montículo cercano se despi-

de para siempre de sus lares. La noche empieza á envolver en sus sombras las blanquitas casas del pueblo; aquella es la del tío; en el cuarto de Luciana hay luz; ya la apagó..... ¡Ingrata! ella también le despide... Adiós pueblo, adiós casa, adiós familia, adiós prima del alma.... mi corazón se queda con vosotros..... Yo parto errante..... ¡qué se yó!

Santito marcha á la ventura sin norte ni propósito, abstraído y pesaroso. El lúgubre canto del mochuelo le saca á las veces del sopor medroso que le embarga; un perro que ladra tuerce su camino sin que en ello pare mientes, y como hipnotizado marcha á campo atraviesa, asustando á los pájaros que duermen entre el pasto, y á las liebres que preparan sus correrías á los melonares..... Allá lejos divisan sus ojos una luz, una porción de luces..... Es una ciudad roja, una ciudad que hubiera sido roja si el humo de sus infinitas chimeneas no tuviese embadurnadas las paredes de sus casas, que parecen viviendas provisionales.... Sus moradores se parecen todos por sus trajes, y son idénticos por su género de vida; entran y salen á las mismas horas; todos comen y viven pobre-

mente; nadie mira, nadie se fija ni hace caso nadie del misero *Santito* que, angustiado y triste, se aleja de Villatrabajos y sigue su odisea.

En toda la zona que atraviesa, el tiempo se halla muy metido en agua. Pegajoso lodo cubre los caminos, un recio viento azota las montañas, y lagunas inmensas tienen encharcado el fondo de los valles. No sale el sol, no se vé un sólo pájaro, ni hay en todo cuanto la vista abarca otra señal de vida que la que da aquel otro pueblo, cerca de la cumbre situado y de camino casi inaccesible, que parece, más que vivienda humana, un nido de cigüeñas hecho en una pétrea cavidad. ¿Hallará en él reposo el peregrino?.... Esperanzado en ello se dirige allá pisando guijarros, escarpando rocas y atravesando breñas, que le hieren, le destrozan y le desgarran. Cuando llega arriba, va desfallecido, exánime y calenturiento. La ciudad es una almáciga de palacios sucios y destartados, que forman un conjunto heterogéneo, de todos los cuales parte un ruido de colmena que aturde y mortifica. Aquí un grupo de habitantes con cataduras de dómine, disputa con otros que se

llaman filósofos; y más allá unos que parecen abogados, se agarran de los pelos discutiendo quién interpreta mejor las leyes que más lejos decretan los legisladores á fuerza de puños y de injurias. Nadie se cura del viajero, y si demanda la atención de alguno, exigele su asentimiento, siendo despreciado é injuriado si no lo presta al punto. ¡Qué casa de orates la tal ciudad de Sofogenia, como se enteró que la llamaban!

Dolorido y medroso huye de aquel lugar cual si le persiguiera un hostigado enjambre, é hijadeante llega al llano. Frondosísima alameda huellan pronto sus pies; rumorosa fuente le brinda con sus aguas; linda virgen se la da solícita á beber en las palmas de sus rosadas manos, y deleite singular gustan sus labios al ser humedecidos. Apagada la sed, báñale el cuerpo la misma graciosa jovenzuela, que es rubia como el sol poniente; con sabrosa merienda de sencillos manjares le obsequia después, y cuando la noche se arrebujá en sus oscuros mantos, blando lecho le ofrece en rústico y callado albergue, donde los dos reposan, enlazados sus cuerpos por estrecho abrazo, unidas sus almas en un beso,

y defendidos ambos por un ángel de nevadas alas: el ángel del Amor..... ¡Qué noche! ¡qué cielo! ¡qué luz! ¡qué gloria singular!..... El alba espereza sus cansados miembros; la luz de la mañana, límpida é intensa, le muestra flor marchita la que aspiró su aliento hasta la embriaguez, y el ángel del amor cuyas alas han tomado el color del fuego, le demanda seguirle ofreciéndole delicias más intensas.

Siguele en vertiginoso vuelo, ganoso ya y sediento del placer imaginado, y en noches venturosas de orgias y festines que se suceden rápidas, á goces inefables se entrega por completo, hasta desfallecer, hasta agotar la vida, buscando inútilmente saciar aquella sed devoradora que le pide más, todavía más, siempre más. El ángel cuyas alas se han tornado negras, rie sarcástico cuando hacia él vuelve sus ojos flébiles y opacos, y ya le abandona á los rigores de la fiebre, ya le impulsa á mansiones donde el placer acaba y empiezan el bochorno y los remordimientos..... ¡Qué noches! ¡qué torturas! ¡qué crueles delirios! ¡qué falta de vida! ¡qué anhelos de muerte!.....

Arpía la mujer, filtro el amor, demonio el ángel, huyó de ellos presa de horrible pánico. Pero sus miembros doloridos no le obedecían; su alma, enervada, carecía de fuerzas; sólo su conciencia fustigandole cruel le impulsaba á seguir, y arrastrandose cual misera babosa, y temeroso como ladrón cobarde, y fatigado como un tísico, huye defantasmas fatídicos que le amenazan iracundos con desgarrarle las entrañas. No puede mas. Sus fuerzas se agotaron. Y van á darle alcance. Y desfallece. Y cae. ¡Oh!..... Ecos melodiosos de célicos cantares detienen á la turba que le perseguia; son ecos divinos, sí, salen del templo á cuyas puertas se halla. La noche termina; los religiosos bendicen al Señor, y la compana llama á los fieles para la misa del alba. El pecador llora contrito, pide perdón á Dios, y arrastrando sus débiles miembros por el suelo, entra en el templo y llega hasta cerca del altar. Reza, llora, se acusa, y al elevar la santa hostia el sacerdote, oye una voz dulce que, como á Lázaro le dice: Levantate y anda.... El agradecido, adora en Dios.

IV.

Cuando abrí los ojos, la habitación estaba plenamente inundada por la luz del sol, y tito Martín dandome voces.

—¿No te levantes hoy? Perderás la misa.... Vamos hombre, que apenas sí te queda tiempo; ya Luciana se ha ido.

¡La misa! ¿otra misa?..... ¡Ah! que todo lo pasado fué mentira; todo un sueño. Allí están mis libros, mi sotana encima de una silla; más allá la canoa, en aquella percha los manteos, sobre mi cabeza el Crucifijo, y enfrente, colocado en medio del testero, el retrato del señor Arzobispo, recordando la súplica de mi santa madre moribunda: «Sigue sus pasos, hijo mio»

—¡Vamos, Cristóbal!—repitió Martín— Quiero ir contigo. Levantate y anda.

¡Levantate y anda! Estas palabras que sintetizaban el último episodio de mi sueño, despertaron en mi ánimo los sentimientos

de soldado de Cristo, y diligente me persigné y empecé á vestirme, rezando como todas las mañanas.

Fuí á misa; confesé; recibí la sagrada comunión; oré con más fervor que nunca, y, aunque ya la tenía bien cimentada, consolidé aquel día mi fama de *Santito*.

Desde entonces, si humilde y callado y obediente y mustio había parecido siempre, más lo parecí desde aquel día; si poquita cosa fui hasta entonces, menos parecí ser. Tito Martín tenía delicadezas de madre ó de amante cariñosa para conmigo, y cada vez que recordaba que al empezar el curso yo había de ausentarme, ó que en las primeras órdenes que se anunciasen, yo las recibiría de *Epístola*, lloraba como un niño. Luciana entretanto aprestaba todo su ajuar de boda, y á mi presencia muchos días, bordaba los últimos trapenses y las últimas sábana. El ganapán con quien iba á desposarse, tenía gran prisa, y ¿podreis creer que aquello me irritaba?....

En cuanto nos quedábamos solos, el presunto marido, y el enlace próximo, y la felicidad futura de Luciana, me ofrecían motivo

para enfrascarme en sátiras crueles que mi prima escuchaba entre risueña y pesarosa, compadecida, no sé si de la víctima de ellas ó de mí, que ya lo merecía por el despecho insano y la amargura que me las inspiraban.—¡Tobita, por Dios!—decía reconviniéndome amorosa, cuando mi despiadada lengua tocaba en el agravio. Mas si atenuaba la sarcástica dureza de mis diatribas, veíala esforzarse para sonreír, y muy pronto, vencida por la risa, me ordenaba callar, y como no la obedeciera, me despedía amenazándome con darme de agujazos, y como no bastara, se levantaba súbito para castigarme, y en infantil y juguetona lucha, labor y plática por entonces terminaban.

Llegó ¡que todo llega si desventura trae! llegó el día de la Virgen del Consuelo, prefijado para verificar la boda. La familia del novio no quiso reducirla á los modestos límites que deseara el tío Martín, sino antes bien darla el mayor fausto posible, y pues era una dicha para los contrayentes, solemnizarla con una grande fiesta.

Bien de mañana todavía llegó el coche de Roque á nuestra puerta trayendo al padre

del novio y la madrina, puestos de punta en blanco; á poco subieron al vehículo Luciana, su padre y un amigo, y ¡adiós! á la parroquia y de esta á casa del futuro esposo. ¿Qué diré de cuanto sufrí en aquel momento? El ¡jiah! del cochero restallando el látigo fué grito sepulcral que heló mi sangre, que cegó mis ojos, que me arrancó la vida, dejándome sumido en un completo paroxismo. Y exánime no obstante, oí que me decía:—«Pero Tobita, ven; ¿por qué no vienes?»..... ¡Oh! Es que aún después de muerto, yo la oyera.

En aquel momento sentí impulsos de volar á su lado, no para acompañarla, para retenerla, para cogerla en brazos y tornar con ella á nuestra casa en cuya puerta mi esfuerzo la defendería de ejércitos enteros que viniesen á quitarmela; animado por ellos, dí hacia el coche un paso, dos, tres..... yo no sé cuantos. Y vi su rostro sonriente, plácido, retratando la mayor satisfacción, y otra vez me hallé presa del más terrible desconsuelo, con algo de ira loca... ¡Estúpido de mí que pretendía que la boda aquella la considerase Luciana, cual la consideraba yo, como el naufragio de mi dicha, como la negación de mi ventura,

como la muerte de mis esperanzas y de mis ilusiones todas!

Y en aquella boda, era evidente, no había nada extraordinario, sino mi febril excitación. Ella nació para casarse y se casaba; yo para ser cura, y á serlo iba muy pronto. ¿Por qué no sonreír Luciana, cuando por todo sonreía?..... De mi amor, de aquel amor hecho patente por demás, aunque no en frases, ¿qué pensaba? es decir, ¿pensaba algo?.....

No, no consetí en ir á la iglesia; mustio y contristado torné doliente á casa, y recorriendo desolado sus habitaciones, dí al aire mis lamentos y lloré mi infortunio y pedí á Dios la muerte. El punto de parada fué mi cuarto, mi lecho, en el que revolcándome y llorando estuve largo rato, hasta que cual otras muchas veces, el retrato del señor Arzobispo cuya mirada suplicante y beatífica expresión, tan decisiva influencia ejercían sobre mi espíritu, me recordó á mi santa madre, y su postrera voluntad, y mi destino, en fin.

Vestime los hábitos rezando en alta voz, y encaminéme á la parroquia para asistir á la función del día. La animación en las calles era extraordinaria; el pueblo todo ataviado

con sus trajes de gala, festejaba el día de la patrona del lugar, y aquí y acullá grupos de chicos y de hombres hablaban con regocijo y algazara de la corrida de becerros que por la tarde había de celebrarse ¡Día feliz aquel en que todos gozaban!

Pasáronseme aquel día las horas de la función en imaginar la escena de la boda que no había querido presenciar, y en recorrer con la vista los sitios en que habría estado Luciana. Allí confesaría; en aquella capilla recibiría la Sagrada Forma; ante aquel altar le darian la bendición nupcial ¡Oh, qué hora y media más amarga! Al fin acabó todo, y en traje seglar me dirigí á la boda.

V

La casa del señor Frasquito Díaz, padre de *Morcones*, había sido invadida desde bien temprano por los convidados á la boda, y bajo el entoldado patio, grande y cuadrangular, y en los anchos y ventilados corredores, y en

las salas bajas, rozagantes muchachas limpias y ataviadas con vistosos trajes de colores claros, pañuelos de espuma y flores á montones, charlaban animadamente ya unas con otras, ya con apuestos jóvenes, labradores y artesanos en su mayoría, todos luciendo aquellas prendas que se guardan en el fondo del arca y sólo ven la luz cuando repican gordo. El concurso de personas mayores no es menos numeroso. Señor Frasquito Diaz ha llamado á festejar la boda de su primogénito á todos sus colegas del Ayuntamiento; á todos los socios del casino de la Pipa; á todos sus parientes, amigos y vecinos. Apenas he llegado, y ya son más de ocho los que me han ofrecido copas de los varios vinos que en botellas y en bandejas con vasos, circulan con profusión por todos lados. ¡Ah! Ya sé por experiencia lo que ocasiona la bebida, y no, no acepto más que pizca ó nada de lo que se me ofrece.

En mitad del patio hallo al novio, quien apenas me ha visto y ya me estruja entre sus brazos, más afectuoso y tierno que madre de soldado en Cuba.

—Una copa, Tobita—dijo luego, ciñen-

do aún mi cintura con uno de sus fornidos brazos.

—Gracias; me hace daño.

—¡Tadaí! ¿daño el vino?,.... ¡Chist! Mira, tú, arrima acá esa batea..... Vamos allá. Esta tú, y yo esta otra. Choca ahí. Por nuestro parentesco, y..... porque seas pronto Arzobispo.

—Porque seais felices.

— Estimando. Y á propósito. Si hubieras visto á Luciana en la iglesia..... Lloró y se emocionó de un modo..... ¡vamos! que me hizo á mí si lloro si no lloro.

—No es extraño; el paso más transcendental de la vida..... Lloran muchas.

—¡Digo! ¡Si lo sabré yo eso! Pero..... vaya, vamos á verla.

Entramos, es decir; llegamos á la puerta de la sala del fondo, literalmente llena por gente que escuchaba las candenciosas notas de una canción en voga, arrancadas por experta mano á una guitarra. Pedimos paso, y atravesado el dintel, antes de que mis ojos hubieran encontrado la faz hermosa de mi prima entre aquella almáciga de cabezas, su voz angelical hirió mi oído, empezando una

copla. La vi. ¡Qué bella estaba! Su arrogante busto aprisionado aquel día por el corsé, destacábase elegante y magestuoso en la primera fila del apretado corro, semejando lo mismo apuesta reina recibiendo en corte, que gentilica vestal en la celebración de una pagana fiesta. Habíame visto ya al concluir la copla, y por señas me llamó á su lado, logrando colocarme al punto gracias á la popularidad de que entre las jóvenes gozaba el bueno de Tobita. El marido, reclamado pronto por sus amistades, se retiró á poco.

El tiempo deslizábase en aquella sala bullicioso y alegre, entre coplas cantadas al son de la guitarra, y repartos de bizcochos y otros dulces, alternando con copitas de licor y vino para quien lo quería, como se hacía en el patio y en todas las habitaciones de la casa. ¡Oh! El rumbo del señor Frasquito se manifestaba bien espléndidamente, y no se le debía en escasa parte el hervor de frases, la efusión de afectos, el reir sin tasa, el gozar honesto, la animación creciente, y el calor, el calor tropical que incomodaba ya más de lo necesario. El canto acabó para dar plaza al palique entablado entre novios, amigos,

pretendientes y murmuradores, en los que la siesta, ya vecina, comenzó á hacer claros hasta reducirnos en número á una dozava parte. Ya entonces se pudo transitar de un lado á otro, y revolveirse con alguna holgura, y hablar sin verse interrumpido á cada instante. Ya entonces pude yo explicarme por qué tito Martin y su consuegro y una cuñada de este que con él vivía, no danzaban cual todos los demás parientes, entre los convidados. Ocupábanles los aprestos de la gran comida con que se obsequiaba aquella tarde á los amigos, y del fogaril del patinillo á la cocina, y de ésta á la despensa, los tres andaban dando órdenes y proporcionando á pinches y guisanderos cuanto para el condimento de las ollas puestas á cocer, necesitaban. El novio entretanto, después de haberle propuesto á Luciana hacer *los tres*, ellos y yo, una escapada aquella tarde para ver los novillos, cosa á que mi prima no accedió, empeñose en discusión horrenda con otros camaradas, acerca del respectivo valor taurómico de Mazzantini y *Espartero*, quienes tenían dividido el pueblo entre detractores apasionadísimos y furibundos partidarios, muchos de los cuales,

estoy seguro de ello, no habían visto nunca ni al sevillano ni al eúskaro. En estas circunstancias daba una vuelta distraído, ó mejor dicho, ensimismado, cuando me encontré casualmente á solas con mi prima.

—¡Ah!

—¡Tobita!

Y cruzamos una mirada que fué síntesis de un mundo de afectos, y quedamos ambos como petrificados..... ¿Qué delito le hizo bajar la vista aborbornada? ¿Qué vergüenza ensangrentó mi rostro, ruborizandome?.... Ella, más enérgica, se repuso antes, y avanzando un paso, me dijo con dulzura:

—¿Qué me dices?

—Nada—repuse dirigiéndola dura mirada de reproche—que ya..... te has casado.

—Y no contigo ¿verdad?—añadió cariñosa, posando una de sus manos en mi hombro y acercando al mío su bello rostro hasta que marme con su aliento—¡Cuando digo, Tobita, que eres tonto.....! ¡Casarme contigo! ¿Recordastes á mi padre alguna vez al pensar eso? ¿Te concibes tú mismo sin ser cura?.... Tú, sin hábitos, no serías tú; serías otro, y á ese... yo no le conozco.

—¡Cura! ¡cura?... ¡Oh, qué infortunio el mío! ¡Qué desgraciado soy!

—¡Tobita de mi alma!—exclamó ella tomándome una mano y apretándola entre las suyas—¿Tú, tan sabio, dices eso?... Creía yo que el sacrificio por la persona querida, hacía dichoso.

—¿Luego á conciencia me has sacrificado?

—¡Vete!—exclamó enérgica, soltando mi mano con desdén.—Soy yo quién se ha sacrificado á tu bienestar y á tu ventura.

Y sin esperar réplica escapó ligera como una exhalación. ¡Sacrificada á mí!... ¡Sacrificada!.... Es decir, ¡que me amaba!.... ¡Ah! ¡qué placer! Y en seguida ¡qué afán! y bien pronto ¡qué ira porque no la detuve! Y luego ¡que mortal angustia viéndola perdida para mí y sacrificada voluntariamente á mi destino!

Ansiando verla, necesitando verla, salí de aquella habitación á la inmediata, en donde unas polluelas daban buena cuenta de una batea de dulces, y sin aceptar los que solícitas muchas me ofrecieron ni oír sus palabras, siempre zalameras y tiernas para el *Santito*, llegué al patio y la vi sentada ya junto á su

esposo, y rodeada de su padre, su suegro, el padrino, y no sé si alguien más, todos formando un grupo de familia que charlaba en amena intimidad.

—Adios, Pio Nono—dijo el señor Frasquisto Diaz al divisarme.—Ven acá hombre; y espabilate, que paeces que estás comío por la tiricia. Yo no te pido na, más que por hoy; mañana sigue ya con esa cara de dolor de costao que tienes siempre; pero hoy..... Echele usté un vasito, consuegro..... Aquí, á la vera mía tienes un sitio..... Vaya, ten ahí; celebremos nuestro parentesco, ya que nos han dejado este ratito. ¿Has visto cuanta gente? Toa la villa; no hay más que decir. Por supuesto, yo me lo merezco; es decir, tos nos lo merecemos; porque ¡mía que tu prima!..... ¡Buen ojo el de mi chico! ¿eh? Algunos me han dicho..... yo no les he hecho caso; mas algunos han querío ponerle pero en mi conceuto porque no..... tiene ¿entiendes tú? Pero yo he dicho ¿y qué? Mi chico es un hombre, y basta ¿no es eso? ¡Claro está! Y á propósito: lo que ha é ser luego, ahora; cuándo mejor?

Señor Frasquisto Diaz echó mano á su petaca, y sacando de ella cuatro hermosos ci-

garros, dió uno á tito Martin, otro á mi y otro al novio, diciéndole:

—Toma, hijo mio: tu nuevo estado y mi voluntad te permiten alternar con tu padre en toa reunión de hombres, sin faltarme al respeto debido.

La charla entablada en aquel corro, á cada instante interrumpida por gente que llegaba ó se iba, hizoseme asaz pesada: los recién casados tomaban escasa parte en ella sosteniendo entre sí conversación particular muy afectuosa, y yo apenas si intervenía con monoslabos y palabras sueltas, fija mi atención en Luciana cuya actitud indiferente y un si es no es desdeñosa con respecto á mí, llegó á preocuparme, juntamente con muchas reflexiones é ideas extraordinarias que los acontecimientos del día me habían sugerido.

Acabó la tertulia tras de muchas variaciones en el personal, con la llegada, con la vuelta, mejor dicho, de algunas jóvenes amigas, en pos de las cuales llegaron muchachos, que propusieron, que entablaron un alegre baile de seguidillas, en medio del extenso patio. Creció el jaleo y llegó la algazara y el general contento á todo su esplendor.

Luciana bailó con su marido y otros cuantos; los más finos requiebros, los más apasionados piropos, á ella se dirigian, reconocida como heroína, como reina de la fiesta, más que por ser novia, por su hermosura y gentileza. Era feliz sin duda, pues se la veía completamente satisfecha. ¡Y se decía sacrificada!... ¡bah!

Tan olvidada estaba ya de mí, que en aquella baraunda, que en aquel continuo movimiento que la llevaban ya hacia este, ya hacia el otro lado, ni por casualidad sus ojos se fijaron una vez en mí, ni menos tuvo para el mísero capellancete una de aquellas palabras dulces como el almíbar, una de aquellas amables caricias, que me embelesaban ó me enardecían. Decididamente aquello había pasado ya.

Acametido de mortal nostalgia, aparteme del lugar del baile y vagué por los más apartados rincones de la casa, huyendo de la gente, y forzado en todas partes á otorgar saludos, á fingir sonrisas, á contestar necias preguntas. Cuando al atardecer se interrumpió el baile y empezó el trágico de poner mesas y más mesas para la comida, decidí mar-

charme, escabullirme, No; yo no soportaría que entonces me sentasen cerca de amigos ó entre extraños, y me obligasen á comer succulenta paella, ni pingosa caldereta, ni ninguno de los diferentes guisos en que se habían preparado aquellos seis borregos y aquel cuarto de vaca y aquellos doce pollos y aquel lomo de puerco con que el señor Frasquito Diaz parecía haber pretendido emular las famosas bodas de Camacho.

El piso alto me brindaba con su soledad, y aprovechando un instante en que me encontré solo, subí las escaleras con apresuramiento. Ni allí tampoco estaba mi tranquilidad. Paseé caviloso por sus corredores, discurrí preocupado por sus habitaciones; y á la manera que el preso escucha desde su calabozo los alegres ruidos de la fiesta en que goza el hombre libre, así estuve oyendo aquel rumor de colmena en que á mi llegaban confundidos los chicoleos, las risas y las conversaciones del festin que en el patio se verificaba. Desde uno de los balcones á que me acerqué inconscientemente, ví el aspecto que ofrecía la mesa extendida á lo largo del patio en dos filas que se unían con una ter-

cera formando ángulos rectos. Fuentes y cazuelas llenas y humeantes iban sin cesar de la cocina al patio, y apenas colocadas sobre el blanco mantel, vacías quedaban por los comensales. Unos había que en obsequiar se les pasaba el tiempo; otros que se curaban más del vino que de la comida; quien engullía por siete; quien hablaba por quince; aquí uno tiraba huesos de aceituna á aquel su amigo; allí otro pedía vino; más allá un tercero andaba á voces con el del lado opuesto; y entre los que á cada momento se levantan, los que se van, los que ahora entran y los que ya principian á hacer eses, ni faltan tropezones, ni dejan de derramarse platos, ni de romperse vasos, ni de mancharse trajes, ni de ocasionar todo ello gritos y risotadas que aumentan la general algarabía. Por allí anda Morcones entre sus amigos, gozoso y satisfecho más que un triunfador; allí está Luciana defendiéndose con sonrisas y súplicas de los mil que pretenden deberle la atención de que les acepte una futeza. ¡Ah, Dios mio, Dios mio! Y yo preso en aquella cárcel de mis votos, de mi impotencia y de mis celos.

Me aparté del balcón, y oprimido por un

pesar extremo y presa de una intensa fiebre, me tiré en una butaca que allí había. No recuerdo, no recuerdo ya un punto siquiera de lo que allí pensara, ni cuánto tiempo allí permaneciera. Lo que sí recuerdo ¡oh! ¡cómo no! lo que sí recuerdo es que ya obscurecido, unos ligeros pasos y el roce de un vestido por la estera de juncos que el suelo cubría, me hicieron dar un salto y exclamar:

—¡Luciana!

—¡Ah!—prorrumpió ella en un ahogado grito que revelaba tanta sorpresa como miedo.

—Soy yo—le dije acercándome para que me reconociera.

—¡Tobita!—exclamó solemnemente y con gran dignidad—¿Qué haces aquí?

—Nada. Lloraba.

—¿Llorabas?—dijo con ternura—¿Y por qué, tontina?

—¿Te parece que no tengo motivos? Porque hoy has muerto para mí.

—No, yo no muero para ti, Cristobal. Mueren sólo las delectaciones insensatas que alguna vez hemos sentido; esos ensueños..... en fin, no sé cómo llamarlos; nuestras tonte-

rias, ó las que hasta hoy fueron tonterías. Entretenimientos de muchachos, que es preciso cortar; que están cortados.

—¿Tonterías dices?

—Sí; pero si quieres, llámale nuestro infantil cariño.

—Nuestro amor. Luciana, nuestro amor.

—Como quieras. Ha muerto.

—Y sin embargo, nunca fué en mí más vivo, nunca más ardiente, nunca como hoy me arrebató. ¡Morir! No; vive y vivirá mientras nosotros alentemos.

—¡Tobita!

—Sí, sí—repuse avanzando audaz y tomándole una mano—Tu alma pura y tu conciencia recta se rebelan contra ese amor hoy criminal que ni siquiera has concebido, y cuya revelación en este instante te sorprende. ¡Ah! Eres tan pura como intenso el amor que me devora..... No, no me huyas; soy yo quien va á marcharse; tú subirías para algo; voy á irme ya. ¡Adios! ¡Adios! mi..... ¡Ay! Me ahogo..... ¡Y pensar que te tengo entre mis brazos!..... Cómo habías de huir si yo quisiera!..... Mira, mira si tengo fuerzas; mira si ni ese ni nadie podría llevarte no consintiendo yo; mi,

ra si así, ciñendo yo tu cuello, y tu cintura, y estrechándote así..... así....

Frenético y febril la había abrazado venciendo sus repulsas y despreciando sus palabras de protesta, hasta llegar á una inmunda lucha, en cuyo fragor mis labios ardorosos lograron posarse un breve instante sobre su boca perfumada, 'dándole un comprimido beso. Lanzó al recibirlo agudo grito, se retorció nerviosa, y con la fuerza de un movimiento de epiléptico, me despidió lejos de sí, al mismo tiempo que otro grito sordo, que un rugido casi, resonó hacia la puerta. Yo me sentí entonces perfectamente imbécil; un cercano peligro de que el instinto me avisara agitó mi organismo, y en seguida, no sé: Alguien que me tumba en sus brazos, otro grito desgarrador de Luciana, una columpiada gratisima que da mi cuerpo á través del espacio, una conmoción violenta producida por un impetuoso choque, y..... nada más; sombras, noche, no ser. Ignoro qué fué de mi durante muchos dias.

VI

Cuando pasaron aquellas horribles fiebres que me tuvieron delirando veinte días, me hallé con una pierna entablillada, y sin poder apenas revolverme en el lecho, por la debilidad extrema y los dolores agudísimos que sufría. ¿Qué me había pasado?.....

Después, muchos días después me lo dijeron. El marido de Luciana, aquel torazo de Morcones que me había sorprendido en lucha brutal con su mujer, ciego de ira y por los celos arrastrado, me tiró por el balcón del patio como quien tira un muñeco roto. Vine á caer sobre los morros de un concejal á quien hice hocicar sobre una hermosa fuente de natillas, de la cual servía platos á los comensales que le rodeaban. La sorpresa y la estupefacción que produjera mi vuelo por los aires, podeis imaginarlas. La explicación del hecho..... la explicación del hecho tardó bastante en darse, y hubo ocasión de hilva-

narla, viniendo la casualidad á proteger la honra de los recién casados, evitando que cayese en lenguas desde el primer día. Fué como sigue.

Al reparar en la barbaridad por su marido cometida, Luciana cayó sobre un sofá, presa de un síncope. Su esposo acudió en auxilio de ella, y en los balcones, si alguien miró pasados los instantes del natural atolondramiento, á nadie pudo verse. Mi caída y el desmayo que me ocasionara, el golpe terrible que recibiera el concejal, los salpicones de natilla en cuya honda fuente éste se había bañado toda la cabeza y los chorros de sangre que por las narices derramara, produjeron el susto, los gritos y la rebujina consiguientes, aumentados á poco con las estentóreas voces de Morcones, que desde arriba demandaba socorro para su mujer. Y el muerto ó casi muerto abajo tendido entre los platos de la mesa, las voces de socorro arriba, y la actitud del concejal bañado en sangre y en natillas, produjeron algunos desmayos y pataletas en algunas sensibles señoras, con lo que se aumentó la confusión, y cundió el pánico, y fué teatro la casa de un desorden, una babel

y un escándalo verdaderamente horribles. El deseo de salir fustigó á muchos, creció la vocería llamando cada cual á sus parientes, y en tropel empezaron á marchar hacia la calle al mismo tiempo que de la calle entraban los curiosos, atraídos por el ruido infernal que se había armado. Y unos entrando y otros pugnando por salir, la revolución llegó á su límite y rodaron mesas y se rompieron sillas y se apagaron luces, y hubo pisotones, caídas, atropellos, bofetadas, estacazos, un infierno, ¡Oh, qué relaciones las que de la boda me han contado luego!

Nadie supo aquella noche lo que sucediera, ó por qué había sucedido todo aquello. Pero al siguiente día, ya se explicó todo; si señor. Y se explicaba así:

Aquel *Santito* mísero que tan humilde parecía, no había querido nunca que su prima se casase con Morcones, á quien odiaba con tanto furor como cuidado ponía su condición hipócrita en ocultarlo. Se casó apesar suyo, y ciego de despecho y acaso borracho, había intentado suicidarse tirándose por el balcón. Pasma produciría esta revelación entre mis convecinos; pero no tan grande como

el que en mí produjo cuando me lo contaron. ¿Sería verdad que hasta ese extremo me hubiese llevado mi insensata pasión? Yo de nada me acordaba realmente. ¿Sería verdad que llegué á cometer aquel horrendo crimen?.....

—No; pero ¿y qué?—me contestó tito Martin al fomularle esa pregunta — ¿Es acaso pecado menos grave el que has cometido? Amar á Luciana, atentar á su honor y al de su esposo, olvidando tus votos, ultrajando mis canas, mancillando mi honra y manchando tus hábitos?..... ¡Miserable! Vida infeliz la que Dios te reserva, cuando no ha castigado con la muerte tu delito.

¡Cuanta razón tenía! ¡Qué cierto ha sido lo que profetizará!

Voy á concluir, que hartó abusé ya, lector, de tu paciencia.

Cuando pude abandonar el lecho sirviéndome de muletas para andar, tito Martin murió, víctima de la pena agudísima que mi cojera ya incurable le causara, tanto por la desgracia de la lesión en sí, cuanto porque ella me cerraba las puertas de la Iglesia, esperando hermosa y anhelo el más ferviente de su vida.

El amor á mí de Luciana se borró de su pecho el día de mi arrebató, y no he sabido luego discernir si me compadece si me desprecia. Durante mi enfermedad la ví contadas veces, y siempre delante de testigos. Ni una palabra referente á aquello. ¿Me perdonas? —le dije un día sollozando.—Así Dios te perdone como te he perdonado yo.—Y me dejó.

Y desvanécida la aureola de que en el pueblo yo gozaba, pasando, por virtud de aquel suceso, de ser un ángel en la tierra á ser un miserable hipócrita, envidioso y embustero, ni tuve á quien volver los ojos, ni alcancé apenas lo que nunca faltó á los desgraciados, que es la compasión.

Ahora, vosotros hombres pensadores, hombres de razón y de lógica, direis si merecí tan cruel castigo, ó si en mí se han castigado ajenas culpas. Sabeis cual es mi crimen. Amar, sentir el más intenso y puro amor por una mujer hermosa y digna. Sabeis cual ha sido mi castigo: Vivir sólo en el mundo, lesionado el cuerpo y martirizada el alma por remordimientos voraces y continuos. Pagué culpas ajenas, ¿no es verdad?....

¡Ah, padres míos! ¡Ah idolatrados padres! ¡Yo os perdono de todo corazón vuestro intento no conseguido al fin, de trazar senda á mi vida, y aun doy gracias á Dios que me permite ver honrado y feliz el hogar de Luciana; pues con menos virtud en ella ó más grande maldad en mí, el deshonor y la mancilla hubieran caído sobre él.





LA VENDIMIA

Como el enfermo á quien la sangre falta, se ve á la cepa desfallecida y mustia; el sarmiento ya humilla su empinada gaita hacia la madre tierra, y sus bordadas hojas, amarillentas y resquebrajadas, vuelan á impulsos del cierzo del otoño, y no resguardan ya de los solares rayos al dorado racimo que, como perlas de trasparente ámbar, se ofrece preñado de divino jugo

Vecinas están ya las lluvias del otoño, y en lontananza las heladas del invierno. Hay que salvarle de peligros, y la sazón aprove-

char que pródigo le dió el verano. Vendimadores en ringlera van cortándolo por liños cuidadosamente; y en tinetas lo llevan á la esplanada ó patio de la casa, donde en redores y capachos lo solean para que sus fibras sean luego más dúctiles en el lagar, y la marrana esprima mucho con menor esfuerzo.

Lleno al atardecer se encuentra el patio. Aquel más consumido en que liban abejas á montones, es el cortado ayer; este más coruscante, es el de la tarea del día que termina ahora, cuando los gorriones saltan desde el brocal del pozo al caballete y el aleró, piando y repiando tras de la astuta hembra á quien señala sitio para dormir en las vigas de la cuadra ó entre las ramas del naranjo. Se dió de mano; las tinetas se abandonan hasta el día siguiente; en la pila donde bebió el ganado se lavan las callosas manos; sobre las arcillosas piedras que en sus bordes hay para el efecto, se le dan cuatro pases al cuchillo, y tras de enjugarse en cualquier pico de la chamarreta, se echa el más dulce cigarro de la vida, cantando el mozo puesta la mirada en el azul del cielo, unos preparando los cogollos con que más tarde ha seguir su comenzada

empleita, rascándose otro los zapatos sentado sobre un chopo, hasta que ya la noche enciema, desde el portal grita el casero:

—¡Al ajooo!.....

Y se tira la punta ó tras de la oreja se coloca; y á las alforjas se recurre en busca de chile, de pan y de cucharas.

Humeante barreño sobre una basta mesa colocado, brinda con abundante cena; mígase por varios el untoso caldo que coloreó el rico tomate, y sentados en chopos y angarillas, satisfacen el hambre mordiendo del pimiento tras de cada sopa, y empinando el jarro cuando le trae la rueda.

De la mejor mantua unos racimos, sirven de postres á la cena, y en tanto el viejo cuenta su historieta y el más rendido piensa en hacer la cama, nunca falta un zagal que, echando mano á la guitarra, se acondicione en el portal, y á la fresca mozuela que dejó en el pueblo, dedique músicas y coplas que la luna viene pronto á escuchar, por no ser menos que las hijas del capataz ó del casero, ya deseosas de aquel rato de prima, durante el que pueden estar junto á quien sabel. Si no hay nada formal, una palabra lisonjera siem-

pre se oye con gusto, digala quien la diga, siendo soltero y joven.

Tras de las muchachas llegan todos, formase ruedo en torno al tocador, y en planta la fiesta que animan la confianza y la alegría, fatigas y cansancio son vencidos por aquellos aires, por aquellas notas, por aquella danza.

Como relámpagos fugaces pasan dos ó más horas, y el prudente capataz ó manijero advierte de que la noche escapa y el siguiente dia no tiene menos horas. A dormir, se dice; y el corro se deshace, la guitarra se cuelga, estiéndense las mantas sobre las esteras de junco que arrolladas en un rincón estaban, y á poco no se escucha en la casa otro ruido que la conversación escasa de los pisadores, el mozo de tinas y el casero, quienes pronto se aprestan á empezar su tarea de la mañana.

Media la noche cuando la soleada uva se trasporta al lagar, entonces alumbrado por farolas de aceite; dos fornidos peones vistiendo livianas taleguillas que llegan á mitad del muslo, una blusa sin mangas y unos fuertes zapatos de claveadas suelas, la extienden á paladas; y cuando por igual el suelo está cu-

bierto, empieza el pisoteo pesado y uniforme que revienta el fruto y deja correr el mosto hacia la tina ya dispuesta, en la cual cae viscoso y turbio como agua de avenida, dejando huesecillos y escobajos en el tupido colador de lata que del abierto caño cuelga. Y sigue el pisoteo después de revolverse por las palas repetidas veces, y el incesante chorro llena pronto la tina, de la que en jarras se traslada á la empajuelada bota donde ha de fermentar, y reposarse y convertirse en el divino néctar que por su valía inestimable, sangre de Cristo suele ser llamado.

No es suficiente la repetida pisa á sacar todo el jugo que entre sus capilares vasos guardan avaros los estrujados gránulos, y la incongruente masa informe en que se hallan convertidos, es apilada al rededor del rosqueado husillo, fajándosela luego con una luenga tira de trenzado esparto que la encierra en los moldes de un cono, sobre el que se adosan unas pesadas tablas que aprieta luego la marrana, bajando á vueltas por las roscas.

Escaso esfuerzo cuestan á los pisadores las primeras vueltas, que consiguen á impulsos simultáneos dados hacia adelante; á cada

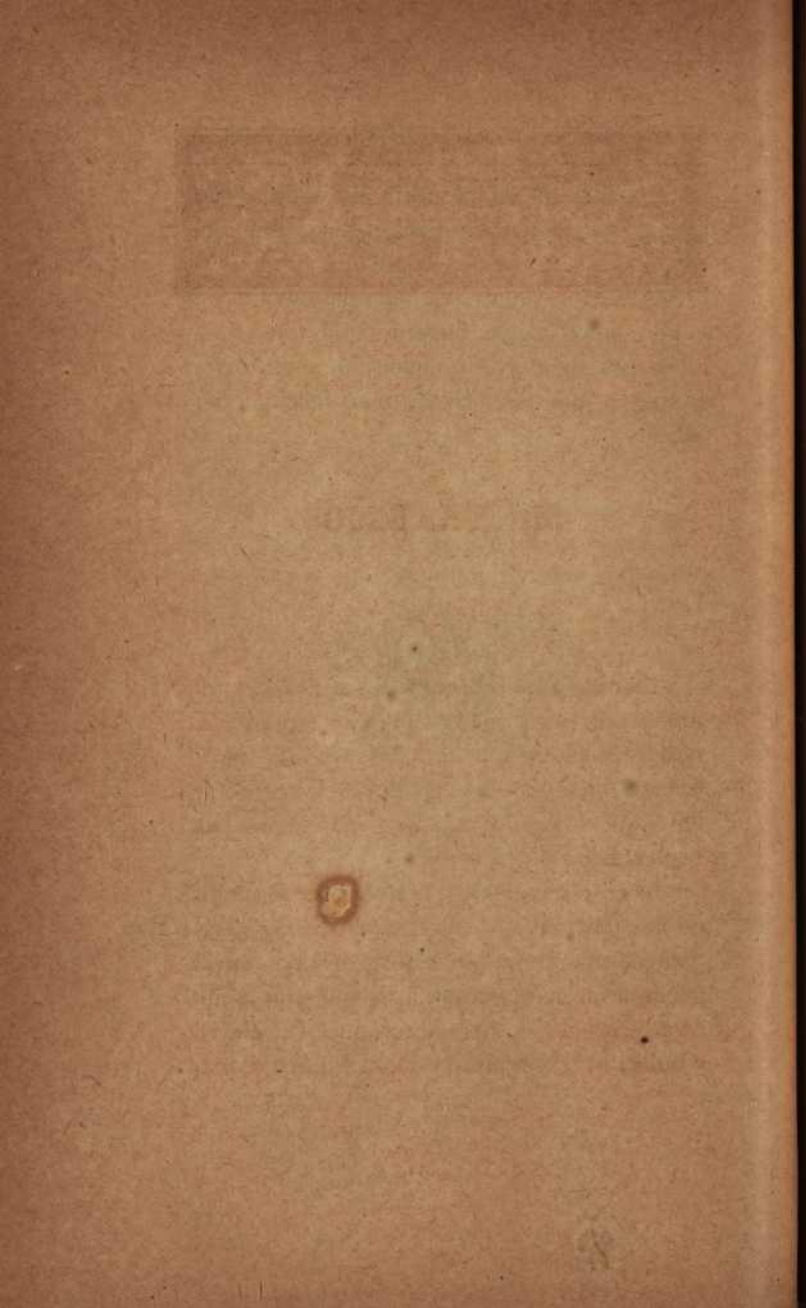
uno de ellos, la masa comprimida suelta el líquido que aun aprisiona, y el esparto suda en abundancia vertiendo raudales por todos sus poros. Después, ya es mayor el trabajo, y los empujes se dan andando hacia su espalda el tirador, porque así es el impulso más violento; y suda que te suda y cada vez más reducido el pié, cuando las luces empiezan á desfallecer y el alba desgarrá los velos de la noche, la estrujada uva se halla convertida en caliente y seco orujo. Un último intervalo de descanso; un último jalón, y arriba la marrana, y fuera los tableros, y á desceñir la faja, y á picar en la compacta y apretada pira, para sacarla fuera y dejar el lagar limpio.

Si el amo es crematístico y aprovechado, del lagar vá el orujo á unas tinajas donde fermenta un poco y vuelve de nuevo á prensarse por este ó por aquel sistema, para sacarle el caldo que es esencia del gazpacho. Si se renuncia á este producto que es lo más corriente, aún sirve el orujo de sabroso pasto á la piara de puerkas y berracos que gruñen ya en la porqueriza, olfateando el esperado pienso.

Y cuando cesan sus gruñidos, se oyen los

trinos de la canora alondra; el febeo disco asoma por oriente; empieza el gargagear y el rebullir de hombres en la gañanía; y al hombro la tineta y dentro de ella la navaja, el vendimiador vuelve diligente á la tarea, comenzando de nuevo la vuelta de esa rueda eterna en que descansa la única felicidad del pobre.







SIN TRABAJO

Cuando aquel lunes, poco después de amanecer, llegaron los trabajadores para reanudar las faenas que el sábado en la tarde habían interrumpido, hallabase el cortijo silencioso, vacío, sin ganados, triste como un cementerio.

Ni en el establo los bueyes, ni los mulos en la cuadra, ni á la puerta los arados, ni las gallinas por aquí y por acullá, ni fuego en la gañanía, ni nada que indicase que con la aurora tornó la vida al recinto aquel, tan alegre y bullicioso de continuo. Los pajares tapia-

dos, cerradas las ventanas, el perro suelto por allí oliscando é inquieto y gruñidor cual si buscase á alguien ó algo le faltara, ¿qué fué de aquel paraje, siempre tan animado por el trajín de la labor, por el cantar de pájaros y hombres, por los relinchos, validos, y rebuznos de los animales que salían ó entraban?...

De allá abajo se vió llegar pronto al casero que traía en las manos un haz de ajos verdes, sin duda acabados de arrancar.

—¿Qué pasa aquí?— le preguntaron.

—Lo peor del mundo, compañeros: que aquí no hay ya trabajo. Nuestro amo tiene su hacienda en las garras del fisco, y no nos necesita ni puede mantenernos. Estamos despedidos.

¡Despedidos antes de acabar la siembra, y aquel año! La impresión que la infausta nueva produjo no pudo ser más general ni ni más intensa y deplorable. Ella significaba el carecer de jornales hasta sabe Dios cuándo, hasta Abril en que se pillasen, si se pillaban, algunas peonadas de escarda; y entre tanto hambre segura á todas horas; hambre que había que engañar buscando espárragos, vendiendo tagarninas, arrancando

palmitos, escamoteando leña, haciendo cisco ó fabricando empleita, faenas todas ellas que no daban ni para el pan de cada día. ¡Buena era!

Y no había más. Aquello era un hecho. El amo en los Madriles; en la ciudad un administrador que sería Dios sabe cómo, y resultado: lo que había pasado; que el día anterior había sido todo recogido y depositado, y hasta allí la historia que el casero sabía.

Sombríos y taciturnos cual si ante si danzasen fantasmas evocados por el temor del hambre, los trabajadores volvieron á emprender el camino del pueblo, como si atrás dejasen en brazos de la muerte un ser querido.

Al cabo de un mes, quizás antes de un mes, la miseria les envolvía en sus redes, les ahogaba con sus dogales, sin tener más consideración con el que había sido menos pobre.

El capataz, el que fué capataz de aquel cortijo, fué quizás el más infeliz de todos ellos. Quiso primero, que nadie voluntariamente renuncia la posición que ha logrado alcanzar por humilde que ella sea, quiso primero bus-

car un acomodo igual al que perdiera; pero corriendo el tiempo sin que lograrse hallarlo, fué bajando en pretensiones á medida que aumentaban sus necesidades, y llegó al punto de ofrecerse en la plaza, en la taberna, en la casa de este y la del otro, para cualquier trabajo aunque fuera el más duro, aunque estuviese mal retribuido. Quería trabajar, nada más que trabajar, y obtener lo necesario para atender á las más perentorias necesidades de su familia.

Inutilmente. No hay quien dé un mal jornal. Lluvias pertinaces y dañinas han paralizado las faenas agrícolas, y ante los temores de que se pierda la cosecha, el labrador se ha retraído, y el hambre y la miseria producen crisis de agonía en las casas de los pobres.

Uno de los días en que le faltó el pan, tomó apenado la escopeta que ya había vendido á un su vecino, y salió de cacería, esperando hallar lenitivo, aunque fuese pasajero, á su mal, en aquella ocupación que otras veces fue de sus diversiones favoritas. Cazó en baldío y cazó en coto, sin hacer caso de acequias ni tablillas; y orgulloso de sí mismo y

recreándose por adelantado con la impresión que en su esposa había de producir verle llegar con nueve piezas que podrían venderse lo menos á peseta cada una, marchaba con apresuramiento de retorno al pueblo, cuando una voz de ¡alto! seca é imperativa, le dejó estático, y estático y pasmado la presencia inmediata de la Guardia civil. ¡Adios los alhagadores ensueños con que su ánimo se recreara! Desde el pináculo de aquella felicidad relativa á que sus nobles sentimientos le elevaran, cayó desplomado, por ejecutores de la ley, en el negro infortunio de dar con sus huesos en la cárcel, á donde la pareja le llevó después de despojarle de escopeta y caza.

¡En la cárcel donde nunca había estado! ¡Qué tristes pensamientos los que en aquella noche le martirizaron, y qué relajación la que en su noble espíritu produjo aquel rigor injusto!

Después, ya le ha sucedido muchas veces salir bien de mañana atolondrado por las voces de sus chiquillos que le pedían pan, y volver ya muy tarde con el bolsillo vacío.

Una noche que se halla en estas circunstancias, discurre intranquilo y desesperado.



por la población, insensible al rigor del frío que le traspasa el astroso vestido de paño burdo y le grietea las carnes, sintiendo como golpeado su cerebro por el recuerdo pertinaz de la voz de sus hijos, y presa su organismo de los mareos y desvanecimientos que produce el hambre. Y discurriendo de aquí para acullá afanoso de hallar algún dinero, cada asalto que dá le proporciona un nuevo desengaño; el amigo le dice que no tiene, y quien no es amigo le dice lo propio, ó redondamente se lo niega. Y va á llegar á su vivienda humilde, y siente miedo y terror ante la escena que su imaginación le finge.

En la puerta de un sucio bodegón cuyo olor de cocina aspira con delicia, ve tras de un alambrado unas viandas mosqueadas y curtidas. Le parecen de mieles, y observando que se halla completamente solo, considera...: considera que con alargar el brazo y escapar, algo le llevaría á sus hijos. ¡El robo! Idea siniestra. Pues es la única que asalta su cerebro. No obstante, sus puros sentimientos, su repugnancia al delito y el temor á la cárcel, le contienen.

A través de los cristales de las ventanas

del Casino, ve á la gente rica, á la que no trabaja nunca, jugando á los naipes distraídamente. Monedas y monedas pasan y vuelven á pasar de una mano á otra, sin que tristeza ni contento se trasluzca en nadie. Aquello con lo cual él tendría para vivir un mes, aquello que terminaría con sus congojas y pesares, allí no es apreciado en nada, y sólo se le estima por el liviano placer que proporciona. ¡Oh, qué burla maldita la de la suerte! ¿Por qué unos han de tener para enviciarse, para encanallarse, y á otros le ha de faltar para vivir?..... Ya entonces no son ideas de robo solamente las que germinan en su cerebro. Robo y asesinato y exterminio son las que le acometen y le fascinan. Y sin embargo, los sentimientos de honradez que abrigó siempre en su alma, le hacen horrorizarse de sus pensamientos y seguir adelante, desesperado y ciego.

Así llega á su casa.

Componen su vivienda, una salilla baja que se encuentra casi desmantelada, y una alcoba interior en cuyo suelo se ven tendidos dos jergones. Echada en uno de ellos, una mujer flaca, pálida y joven, engaña con sus

pechos juntos, lacios y vacíos, el hambre de un niño que no quiere, que no puede dormir. En la salilla, cerca del belón cuya menguada luz vacila soplada por el viento que se cuele por las grietas de la cerrada ventanuca, una niña sentada sobre un desfilachado redorcillo, tiene entre sus rodillas una escoba liada en un pañuelo, figurando ser una muñeca, á la cual muy seriamente dirige su argentina voz en estos términos:

—¡Esú, Dios mío! Te tansada se ponen estas niñas. ¿No te icho ya te á dodmí? Po á hacé nana ¡ea! Pan no hay hasta te papá venga. Tonte vamo á dodmí. A la ni-ni-ni-na-na, te viene ed toto.....

Y amorosa y angelical le arrulla y le canturrea, reproduciendo sin duda con su muñeca, la escena que antes habría pasado entre su madre y ella misma ó uno de sus hermanos.

Al llegar el padre á la puerta, como un fantasma evocado salta la madre del jergón, y con la cara lívida y brillante la mirada, le pregunta si trae alguna cosa.

—¡Nada!—exclama con amargo desconsuelo.

A esta voz, la niña vuelve su rubia cabecita, ve á su padre, y súbito tira la muñeca para saltar á sus brazos.

—¿Me taes pan, papaito?—le dice.

—No lo traigo, alma mía; no he podido traerlo—responde el infeliz.

—Entonces..... ¿Pero tú no ve que voy á morirme de hambe?

El la agarra en sus brazos y la besa, transido de dolor.

—Vamos á costarte, Rufina—le dice la madre.

—¿Cin cená?

—Sin cenar.

Rufina se acuesta sollozando y á duras penas convencida de que debe aguardar al día siguiente para comer.

El hambre ahullenta el sueño de sus ojos, y con ellos abiertos, fijos en la luz, se queda al cabo quieta, quietecita, estática, así como en sus éxtasis deben quedarse los bienaventurados, y en sus meditaciones los filósofos, y en sus adoraciones los querubes. ¿Qué piensa?.....

Piensa que no ha comido, y que se va á morir muy pronto. Y no se asusta, no siente

miedo. ¿Pues quizá no sabe ya ella á donde van los niños cuando mueren?..... Sólo un temor la preocupa; y para desvanecerlo é irse contenta de este mundo, dice sin moverse:

—Mamá.

—¿Qué quieres, vida mía?

—Tú sabes si hay rostras en el cielo?





EL CARRERISTA RURAL

Llegó el otoño reflexivo con sus templados cierzos, y sonó el toque de llamada al trabajo en la gran fábrica de sabios.

De los paternos lares se despide la futura generación, y henchido el ánimo de inmejorables propósitos y nobles planes, uno tras de otro van llegando á dejar inscrito su nombre en el registro de copartícipes de aquella mina de ciencia en explotación, tan afanosos de empezar á descubrir sus hermosos filones, que se les hace perdurable el tiempo que tardan en dar comienzo á la faena, porque el

trabajo, sólo un trabajo asiduo puede calmar los escozores que les causa el recuerdo un si es no es sentimental y bochornoso, del padre que dejó dirigiendo la besana, de los apuros de la madre al prepararle una maleta regularmente surtida, ó del mercenario que le sustituye en el molino, el taller, el lagar ó el mostrador.

Cuando compra los libros, instrumentos de que ha de hacer uso en su trabajo, tiene monólogos íntimos en que hilvana planes hermosos que llegan hasta la realización del ideal. Uno, dos, tres ó cuatro son los libros. Caros le han costado; pero estrechándolos contra su corazón, se promete desentrañar todas sus enseñanzas, y apropiárselas todas haciendo de ellas un tesoro; aprovechar hasta la quinta esencia; en fin..... No faltan más que diez, cinco, tres días para comenzar, los cuales se le hacen más largos á medida que su número decrece, y á la postre le incitan á echar una cana al aire, antes de entregarse de lleno y por completo á la anhelada tarea.

¡Fatalidad! Tras de la cana, se echó insensiblemente un pelo; pero ¿qué se ha perdido? un día? ¡Bah! ¡Apenas si con la grandísi-

ma fuerza de voluntad que le anima y con las aptitudes que se reconoce, le queda tiempo en el curso para estudiarlo todo, para saberlo todo! Descansará aquel día para tener el cuerpo bueno y la cabeza despejada, y al siguiente....

Al siguiente se encuentra con que ya son dos las clases á que ha faltado, y con que le es forzoso faltar á la tercera porque no sabe qué lección se lleva, y no estaría bien empezar dando una mala nota.

No mucho después, la pereza le hace cometer la cuarta; una meretriz aumenta el número, y la desidia y el abandono que empiezan á poseerlo, son causa de que le borren de lista. Quizá por que son muchos los borrados no le parece éste mal grande, y aún se le ocurre que no por ello debe cambiar su vida de bohemio, por la afanosa del que quiere saber aquel fárrago de cosas que los libros contienen, muchas de las cuales son por completo extrañas á la carrera ó profesión que ha de ejercer, ni debe tampoco trocar las horas del café Suizo por las insípidas del cuarto de su casa. Antojasele igualmente que no hay precisión de saber mucho para alcanzar el resul-

tado que, en suma, sus padres pueden exigirle, y, en fin, que aún falta mucho para Junio.

Además reflexiona detenidamente sobre el estado de la clase esta ó de la otra, y las halla atrasadas; bastante atrasadas; los alumnos están todos, poco más, poco menos, á la altura de su ignorancia, y por consiguiente no hay que temer un rigor extremado en los exámenes, puesto que al profesor menos que á nadie convendría el hacer con ellos una hecatombe.

Luego, acerca de los catedráticos, hay que tener en cuenta cierta cosa; y es, que aun cuando algunos saben más que Lepe, otros no han inventado la pólvora ni han estado siquiera á punto de inventarla; él por de pronto, los divide en dos categorías: infelices, y bonachones; esto es, más ó menos asequibles á aprobar, mediante la simpatía ó la recomendación, á la burra de Balaham en forma de estudiante.

Y pasó el curso y llegó el mes de Junio.

El estímulo del ejemplo y el temor de que no obstante sus apreciaciones optimistas, pueda sufrir un fracaso, le deciden, cuando el exámen ya le espera, á pasar cuatro malas

no ches, durante las cuales prende á su magin como con alfileres, algunas ideas sueltas; graba en su memoria cuatro ó seis puntos sobresalientes; ilustra con otros el programa, y allá va nervioso, calenturiento y con ojeras á presentarse al tribunal, confiado más en la torpeza ó la mala fortuna del alumno que en el acto le preceda y en la conmiseración del profesor, que en lo poco y mal que sabe.

No le suspenden. En esto de notabilizar, si la frase vale, y hacer sobresalir á cualquiera, nuestros claustros universitarios son más liberales que Riego y más pródigos que el verano.

El aprovechado joven se apresta gozoso á retornar al pueblo, y ¡oh, qué otro vuelvel

Cierto que siempre había tenido él sus humos de personaje, y que su orgullo subió de punto al verse Bachiller; pero ahora, ahora que estudia Facultad, él mismo no se explica satisfactoriamente cómo cabe en el pueblo. ¡Es aquello tan chico, tan miserable! ¡los hombres tan tozudos, tan bestias! ¡las mujeres tan simples, tan panfilotas! Y si en la calle por esto se está mal, en casa se está peor. Porque ¡qué preguntar tan incesante de lo que

no saben ni pueden comprender! ¡qué temor continuo de que llegue un amigo encopetado con el cual alterna, y vea al hermanillo con los calzones rotos; á la madre cogiendo puntos á los calcetines, y al padre sacando filo á la hoz de podar ó componiéndole el serón al burro! Dígase lo que se quiera, aquello no deja de ser una vergüenza para la persona que tiene que vivir en sociedad; y para no abochornarse de ella, se marcha al café, al casino, al paseo, á cualquier parte en donde pueda departir con quienes le comprendan.

No quisiera él abusar del estado pecuario de la casa, nada desahogado á causa de los gastos que sus estudios en la ciudad vienen ocasionando; pero hay que alternar, entrar y salir en todas partes; la sociedad tiene exigencias; á lo mejor se presenta un compromiso, y..... en fin; ya se le comprarán los zapatos al chico, ó ya estrenará el mantón la hermana; él no puede salir á la calle sin llevar algo en el bolsillo; ¿donde va un hombre sin dinero?

Con treinta ó cuarenta reales para lo que se ocurra y entre aquellas pobres gentes, como quien dice, en país conquistado ¡uff! tira

de espaldas el gesto desdenoso que á su cara imprime, y es augusto el desdén con que trata á media humanidad. Muy rara vez se digna salir de la atmósfera de fatuidad y orgullo que le tiene embriagado; pero si alguna vez lo hace y deja oír su voz autorizada, ya tiene un disonante epíteto en la boca, para aquel que se atreva á disentir de sus palabras ó discrepar de su criterio.

Que rara vez sucede; porque si bien es cierto que él no es ningún Séneca, lo conoce así, y discutiéndose cosa de entidad, toma el buen acuerdo de no abrir sus labios sino ante ciertas y contadas personas.

Ahora, si alguna vez el pez le sale rana, y donde creía ver un ignorante, se encuentran con quien puede confundirle, contrariedad muy grande es; pero ni se inmuta ni se amilana. ¿Qué? ¿Le han dado una contestación que no tiene vuelta de hoja? Pues.....

—Mire usted, no estamos de acuerdo; profesamos principios diferentes; yo sobre esto tengo mis ideas, ideas propias; ¿sabe usted? y..... en fin, lo mejor es dejarlo.

¿Le hacen una pregunta que no acierta á contestar? Pues estampa en su rostro un grá-

fico mohín entre compasivo y desdénso, y con él sale del paso, así como diciendo:

—¡Mira qué infeliz este! Como si yo quisiera confundirle..... ¡Bah! No se puede hablar con cierta gente.

Así y todo, creedlo: el joven estudiante es considerado en su pueblo como un sabio, y el que menos le concede que es joven de talento y de brillante porvenir. Y llegado esto á oídos de los padres, aunque algún año pierda el curso ¿cómo han de desistir de su proyecto de darle una carrera? Hay tanto envidioso en este mundo!.... Adelante, adelante siempre; ya falta menos. Si en tanto sucede que el padre pierde la salud en el campo ó en el taller ¿qué compensación tan grande no es, saber que la voz de su niño es la que sobresale en el casino? Si mientras tanto la familia sufre privaciones sin cuento ¿qué importan todas si el niño va á salir de aquella mísera existencia, y será rico y dichoso en cuanto obtenga el título?....

¡Padres infelices! Ignoran que el noventa y cinco por ciento de sus hijos, convertidos en pobres rábulas ó tristes médicos, serán siempre la encarnación de la necesidad, y me-

nos felices que si mercaderes, industriales ó agricultores hubieran sido.

Abogados sin pleitos, médicos sin visitas, galeotes se hacen que eligen por campo de sus aventuras la política, y poseidos de ambiciones insensatas y ávidos de obtener lucrativos empleos, se convierten en ciudadanos perniciosos.





THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO
1850-1859
1860-1869
1870-1879
1880-1889
1890-1899
1900-1909
1910-1919
1920-1929
1930-1939
1940-1949
1950-1959
1960-1969
1970-1979
1980-1989
1990-1999
2000-2009
2010-2019
2020-2029
2030-2039
2040-2049
2050-2059
2060-2069
2070-2079
2080-2089
2090-2099
2100-2109
2110-2119
2120-2129
2130-2139
2140-2149
2150-2159
2160-2169
2170-2179
2180-2189
2190-2199
2200-2209
2210-2219
2220-2229
2230-2239
2240-2249
2250-2259
2260-2269
2270-2279
2280-2289
2290-2299
2300-2309
2310-2319
2320-2329
2330-2339
2340-2349
2350-2359
2360-2369
2370-2379
2380-2389
2390-2399
2400-2409
2410-2419
2420-2429
2430-2439
2440-2449
2450-2459
2460-2469
2470-2479
2480-2489
2490-2499
2500-2509
2510-2519
2520-2529
2530-2539
2540-2549
2550-2559
2560-2569
2570-2579
2580-2589
2590-2599
2600-2609
2610-2619
2620-2629
2630-2639
2640-2649
2650-2659
2660-2669
2670-2679
2680-2689
2690-2699
2700-2709
2710-2719
2720-2729
2730-2739
2740-2749
2750-2759
2760-2769
2770-2779
2780-2789
2790-2799
2800-2809
2810-2819
2820-2829
2830-2839
2840-2849
2850-2859
2860-2869
2870-2879
2880-2889
2890-2899
2900-2909
2910-2919
2920-2929
2930-2939
2940-2949
2950-2959
2960-2969
2970-2979
2980-2989
2990-2999
3000-3009
3010-3019
3020-3029
3030-3039
3040-3049
3050-3059
3060-3069
3070-3079
3080-3089
3090-3099
3100-3109
3110-3119
3120-3129
3130-3139
3140-3149
3150-3159
3160-3169
3170-3179
3180-3189
3190-3199
3200-3209
3210-3219
3220-3229
3230-3239
3240-3249
3250-3259
3260-3269
3270-3279
3280-3289
3290-3299
3300-3309
3310-3319
3320-3329
3330-3339
3340-3349
3350-3359
3360-3369
3370-3379
3380-3389
3390-3399
3400-3409
3410-3419
3420-3429
3430-3439
3440-3449
3450-3459
3460-3469
3470-3479
3480-3489
3490-3499
3500-3509
3510-3519
3520-3529
3530-3539
3540-3549
3550-3559
3560-3569
3570-3579
3580-3589
3590-3599
3600-3609
3610-3619
3620-3629
3630-3639
3640-3649
3650-3659
3660-3669
3670-3679
3680-3689
3690-3699
3700-3709
3710-3719
3720-3729
3730-3739
3740-3749
3750-3759
3760-3769
3770-3779
3780-3789
3790-3799
3800-3809
3810-3819
3820-3829
3830-3839
3840-3849
3850-3859
3860-3869
3870-3879
3880-3889
3890-3899
3900-3909
3910-3919
3920-3929
3930-3939
3940-3949
3950-3959
3960-3969
3970-3979
3980-3989
3990-3999
4000-4009
4010-4019
4020-4029
4030-4039
4040-4049
4050-4059
4060-4069
4070-4079
4080-4089
4090-4099
4100-4109
4110-4119
4120-4129
4130-4139
4140-4149
4150-4159
4160-4169
4170-4179
4180-4189
4190-4199
4200-4209
4210-4219
4220-4229
4230-4239
4240-4249
4250-4259
4260-4269
4270-4279
4280-4289
4290-4299
4300-4309
4310-4319
4320-4329
4330-4339
4340-4349
4350-4359
4360-4369
4370-4379
4380-4389
4390-4399
4400-4409
4410-4419
4420-4429
4430-4439
4440-4449
4450-4459
4460-4469
4470-4479
4480-4489
4490-4499
4500-4509
4510-4519
4520-4529
4530-4539
4540-4549
4550-4559
4560-4569
4570-4579
4580-4589
4590-4599
4600-4609
4610-4619
4620-4629
4630-4639
4640-4649
4650-4659
4660-4669
4670-4679
4680-4689
4690-4699
4700-4709
4710-4719
4720-4729
4730-4739
4740-4749
4750-4759
4760-4769
4770-4779
4780-4789
4790-4799
4800-4809
4810-4819
4820-4829
4830-4839
4840-4849
4850-4859
4860-4869
4870-4879
4880-4889
4890-4899
4900-4909
4910-4919
4920-4929
4930-4939
4940-4949
4950-4959
4960-4969
4970-4979
4980-4989
4990-4999
5000-5009
5010-5019
5020-5029
5030-5039
5040-5049
5050-5059
5060-5069
5070-5079
5080-5089
5090-5099
5100-5109
5110-5119
5120-5129
5130-5139
5140-5149
5150-5159
5160-5169
5170-5179
5180-5189
5190-5199
5200-5209
5210-5219
5220-5229
5230-5239
5240-5249
5250-5259
5260-5269
5270-5279
5280-5289
5290-5299
5300-5309
5310-5319
5320-5329
5330-5339
5340-5349
5350-5359
5360-5369
5370-5379
5380-5389
5390-5399
5400-5409
5410-5419
5420-5429
5430-5439
5440-5449
5450-5459
5460-5469
5470-5479
5480-5489
5490-5499
5500-5509
5510-5519
5520-5529
5530-5539
5540-5549
5550-5559
5560-5569
5570-5579
5580-5589
5590-5599
5600-5609
5610-5619
5620-5629
5630-5639
5640-5649
5650-5659
5660-5669
5670-5679
5680-5689
5690-5699
5700-5709
5710-5719
5720-5729
5730-5739
5740-5749
5750-5759
5760-5769
5770-5779
5780-5789
5790-5799
5800-5809
5810-5819
5820-5829
5830-5839
5840-5849
5850-5859
5860-5869
5870-5879
5880-5889
5890-5899
5900-5909
5910-5919
5920-5929
5930-5939
5940-5949
5950-5959
5960-5969
5970-5979
5980-5989
5990-5999
6000-6009
6010-6019
6020-6029
6030-6039
6040-6049
6050-6059
6060-6069
6070-6079
6080-6089
6090-6099
6100-6109
6110-6119
6120-6129
6130-6139
6140-6149
6150-6159
6160-6169
6170-6179
6180-6189
6190-6199
6200-6209
6210-6219
6220-6229
6230-6239
6240-6249
6250-6259
6260-6269
6270-6279
6280-6289
6290-6299
6300-6309
6310-6319
6320-6329
6330-6339
6340-6349
6350-6359
6360-6369
6370-6379
6380-6389
6390-6399
6400-6409
6410-6419
6420-6429
6430-6439
6440-6449
6450-6459
6460-6469
6470-6479
6480-6489
6490-6499
6500-6509
6510-6519
6520-6529
6530-6539
6540-6549
6550-6559
6560-6569
6570-6579
6580-6589
6590-6599
6600-6609
6610-6619
6620-6629
6630-6639
6640-6649
6650-6659
6660-6669
6670-6679
6680-6689
6690-6699
6700-6709
6710-6719
6720-6729
6730-6739
6740-6749
6750-6759
6760-6769
6770-6779
6780-6789
6790-6799
6800-6809
6810-6819
6820-6829
6830-6839
6840-6849
6850-6859
6860-6869
6870-6879
6880-6889
6890-6899
6900-6909
6910-6919
6920-6929
6930-6939
6940-6949
6950-6959
6960-6969
6970-6979
6980-6989
6990-6999
7000-7009
7010-7019
7020-7029
7030-7039
7040-7049
7050-7059
7060-7069
7070-7079
7080-7089
7090-7099
7100-7109
7110-7119
7120-7129
7130-7139
7140-7149
7150-7159
7160-7169
7170-7179
7180-7189
7190-7199
7200-7209
7210-7219
7220-7229
7230-7239
7240-7249
7250-7259
7260-7269
7270-7279
7280-7289
7290-7299
7300-7309
7310-7319
7320-7329
7330-7339
7340-7349
7350-7359
7360-7369
7370-7379
7380-7389
7390-7399
7400-7409
7410-7419
7420-7429
7430-7439
7440-7449
7450-7459
7460-7469
7470-7479
7480-7489
7490-7499
7500-7509
7510-7519
7520-7529
7530-7539
7540-7549
7550-7559
7560-7569
7570-7579
7580-7589
7590-7599
7600-7609
7610-7619
7620-7629
7630-7639
7640-7649
7650-7659
7660-7669
7670-7679
7680-7689
7690-7699
7700-7709
7710-7719
7720-7729
7730-7739
7740-7749
7750-7759
7760-7769
7770-7779
7780-7789
7790-7799
7800-7809
7810-7819
7820-7829
7830-7839
7840-7849
7850-7859
7860-7869
7870-7879
7880-7889
7890-7899
7900-7909
7910-7919
7920-7929
7930-7939
7940-7949
7950-7959
7960-7969
7970-7979
7980-7989
7990-7999
8000-8009
8010-8019
8020-8029
8030-8039
8040-8049
8050-8059
8060-8069
8070-8079
8080-8089
8090-8099
8100-8109
8110-8119
8120-8129
8130-8139
8140-8149
8150-8159
8160-8169
8170-8179
8180-8189
8190-8199
8200-8209
8210-8219
8220-8229
8230-8239
8240-8249
8250-8259
8260-8269
8270-8279
8280-8289
8290-8299
8300-8309
8310-8319
8320-8329
8330-8339
8340-8349
8350-8359
8360-8369
8370-8379
8380-8389
8390-8399
8400-8409
8410-8419
8420-8429
8430-8439
8440-8449
8450-8459
8460-8469
8470-8479
8480-8489
8490-8499
8500-8509
8510-8519
8520-8529
8530-8539
8540-8549
8550-8559
8560-8569
8570-8579
8580-8589
8590-8599
8600-8609
8610-8619
8620-8629
8630-8639
8640-8649
8650-8659
8660-8669
8670-8679
8680-8689
8690-8699
8700-8709
8710-8719
8720-8729
8730-8739
8740-8749
8750-8759
8760-8769
8770-8779
8780-8789
8790-8799
8800-8809
8810-8819
8820-8829
8830-8839
8840-8849
8850-8859
8860-8869
8870-8879
8880-8889
8890-8899
8900-8909
8910-8919
8920-8929
8930-8939
8940-8949
8950-8959
8960-8969
8970-8979
8980-8989
8990-8999
9000-9009
9010-9019
9020-9029
9030-9039
9040-9049
9050-9059
9060-9069
9070-9079
9080-9089
9090-9099
9100-9109
9110-9119
9120-9129
9130-9139
9140-9149
9150-9159
9160-9169
9170-9179
9180-9189
9190-9199
9200-9209
9210-9219
9220-9229
9230-9239
9240-9249
9250-9259
9260-9269
9270-9279
9280-9289
9290-9299
9300-9309
9310-9319
9320-9329
9330-9339
9340-9349
9350-9359
9360-9369
9370-9379
9380-9389
9390-9399
9400-9409
9410-9419
9420-9429
9430-9439
9440-9449
9450-9459
9460-9469
9470-9479
9480-9489
9490-9499
9500-9509
9510-9519
9520-9529
9530-9539
9540-9549
9550-9559
9560-9569
9570-9579
9580-9589
9590-9599
9600-9609
9610-9619
9620-9629
9630-9639
9640-9649
9650-9659
9660-9669
9670-9679
9680-9689
9690-9699
9700-9709
9710-9719
9720-9729
9730-9739
9740-9749
9750-9759
9760-9769
9770-9779
9780-9789
9790-9799
9800-9809
9810-9819
9820-9829
9830-9839
9840-9849
9850-9859
9860-9869
9870-9879
9880-9889
9890-9899
9900-9909
9910-9919
9920-9929
9930-9939
9940-9949
9950-9959
9960-9969
9970-9979
9980-9989
9990-9999



EL ROBO DE ELENA

I.

Los gallos del corral vecino anunciaban ya el alba, cuando yo entraba en mi cuarto de soltero satisfecho y feliz, como hombre para quien no existían cuidados ni trabajos. Vací en uno de los cajones de la cómoda los puñados de oro que en el Casino había ganado aquella noche, y disponiéndome á ocupar mi solitario lecho, sorprendieron mis ojos una carta á mi nombre, colocada sobre el velador.

—¡De ella!—exclamé reconociendo por la forma de la letra, á la persona que me la escribía.

Rasgué el sobre sin impaciencia ni temores, y leí en el pliego esta sola línea, escrita con lápiz.

«A las dos de la noche en la puerta de la verja.»

—¡Sopla!—volví á exclamar sacudiéndolos dedos de la mano izquierda. «A las dos de la noche en la puerta de la verja»..... Allí estaré, señora mía; allí estaré dispuesto á cumplir vuestros deseos; es decir, los míos; que soy yo quien os ha propuesto hacerle esta jugarreta al sandio de vuestro marido. ¡Pobre Marcos!..... ¡Ja..... ja..... ja.....!

Me reí lanzando estrepitosa carcajada que provocó en mí el recuerdo de un cómico y no santo episodio, sucedido una cierta noche en cierto sitio, entre este Marcos, su mujer y yo. E hilvanando mentalmente los indispensables preparativos que había de hacer al levantarme para emprender, acompañado de ella, un viaje que podía ser largo, me acosté fumando tranquilamente un cigarrillo, en cuyas espirales de humo, contempladas indo-

lentamente por mis entornados ojos, fui viendo y recreándome en escenas y paisajes de la costa africana, de Italia, de Suiza y Francia, países que en compañía de mi enamorada pensaba recorrer, y en cuya brillante odisea podía tardar un par de años. Sí; ¿quién puede esperar confiadamente que una pasión dure más tiempo, aún cuando la haya inspirado y la mantenga viva una mujer encantadora que debió casarse conmigo y, por caprichos de la suerte, casó con un pobre diablo á quien yo tuve en berlina desde un año después de su enlace? Era tiempo bastante; y sobre todo, me tenía sin cuidado el porvenir, en el que nunca paré mientes.

Tiré la punta del cigarro, apagué la bujía y me dormí pensando en la verdad de los refranes: «Desgraciado en el juego, afortunado en amores» decía uno. Yo tenía mi gabeta llena de oro debido al juego, y esperándome para huir con ella, una hermosísima mujer. Compensación ¡Bah! Descansemos.

Aún embargado el ánimo por las seductoras ideas de una felicidad tan próxima, se duerme á pierna suelta; creedlo sin escrúpulos. Yo al menos, así dormí aquella mañana.

Me levanté á la una; apresté diligente cuanto creí necesario, y á las ocho de la noche, ya estaba en camino de la cercana villa, distante unas tres leguas de la ciudad.

II.

Acariciado por la fresca brisa que el cercano mar regalaba á la campiña, puse á galope mi caballo apenas dejé atrás la última calle, y veloz como liebre perseguida, recorrí el camino que me separaba de la hermosa Elena.

La yerta musa mía se negó siempre á satisfacer las demandas que mi ingenio le hiciera para cantar un hecho heróico, y temeroso de un nuevo desaire, no la invito ahora á que dé tonos épicos á aquella cabalgada, en la que parecía que las ansias de mi ánimo y los latidos de mi corazón daban impulso á mi alazán, según de rápida fué entonces su carrera. Diré yo, ya que la musa calla, que el fogoso animal sudaba por todos los poros de

su cuerpo, cuando al pisar el cerrillo del Ahorcado, ví las mortecinas luces que alumbraban las estrechas calles de Libánica, y distinguí, confusamente envuelto por las sombras, el torreón ó atalaya del castillo que se eleva sobre unas rocas de la playa, á cien pasos del pueblo, y en el cual se hospeda lo selecto ó principal de la colonia veraniega.

Con la presencia del lugar en que moraba ella, calmose mi impaciencia, y refrené la velocidad del bruto que montaba, dejándole marchar á sosegado paso. Poco después entraba en aquél antiguo caserón solariego, bautizado recientemente por un moderno mesonero con el nombre de *Hotel del Castillo*, y, atravesando su empedrado patio, veía en el corredor á Elena con su cortejo acostumbrado de mujeres jóvenes, de caballeros formales, libre de su marido, entregada por completo á las coqueterías, á las flirtaciones que eran su distracción favorita y casi exclusiva. Otro que no la hubiese conocido como yo, acaso habría sentido celos. Yo seguí adelante sin experimentar la más mínina inquietud, y un minuto después me apeaba á la puerta de la cuadra, y echaba á andar hacia el sitio

en donde, reunidos en tertulia, estaban los más de los bañistas.

—¡Hola, Luis!—oí que exclamaba una voz áspera, al mismo tiempo que sentía caer sobre mis hombros dos pesadas manos.—Te esperaba, Luis..... No sé por qué, pero te esperaba esta noche; me alegro mucho de verte.

—Gracias, Marcos—repliqué un tanto contrariado—¿qué quieres?

—Ven á mi cuarto. Quiero hablarte confidencialmente, Luis.

—¿De tu mujer?

—De mi mujer, sí. ¿Sabes?

—Nada; pero hablaremos luego; ahora vamos á verla.

—No, yo no voy. No me presento á ella hasta no haber adoptado una resolución. Una resolución, que quiero que me aconsejes tú, Luis.

—Bien; pues esperame en tu habitación.

—¿Vendrás?

—Sí, confía en ello.

—Pues hasta luego, Luis. Y mucho gusto en verte.

¡Diablo de hombre aque! Aun cuando lo despreciaba profundamente, suscitaba en mi

ser no sé qué género de compasión, que me lo hacía fuertemente simpático. Había sido mi víctima eternamente; víctima de mis travesuras, en el colegio; víctima de mi voracidad pecuniaria y amorosa en nuestros tiempos de estudiante; víctima de mi liviandad en su matrimonio. Aún á las victimas se les profesa afecto.

III.

En la reunión del vestíbulo ó corredor aquel donde los bañistas pasaban la prima de la noche en animada y picotera charla ó en juegos inocentes, Elena descollaba de entre las demás damas, tanto por su hermosura, como por su elegancia y su talento. Envidia y admiración inspiraba á las mujeres; deseos y temores á los hombres; desdén y rasgos de vívora, hombres y mujeres á su excepticismo, que era cruel. Su despreocupación y su amabilidad para con ellos, excitaban los más ardientes celos en el ánimo de

todas; su estudiada frivolidad y su talento, conseguían hacerla perdonar y respetar. Su hermosura y su donaire en la conversación, le hacían ser adorada por los hombres; su trato igualmente coquetón para con todos, la hacían objeto de íntimos rencores, tan pasajeros como era grande su inconstancia. Era, en suma, una mujer escepcional.

Mi llegada produjo despecho en los hombres, que en mí veían un rival preferido, y mentida sensación de rubor en las mujeres que hacían lo posible por que tras de su comedimiento y su finura, se dejase ver que estaban escandalizadas. ¡Hipócritas! Seguro estoy de que echar con cualquiera de ellas aquellos largos y solitarios paseos á que se habían reducido mis amores con Elena, durante su estancia en el balneario, me hubiera costado sólo proponermelo. Pero todo lo que el diablo no aprecia, viste bien de virtud, y fingiendo pudores que estaban muy lejos de sentir, unas tras de otras se fueron retirando poco después que hube llegado. ¡Mujeres! ¡bah! Todo es en ellas relativo, y la mitad de su ser descansa en una negación.

Hablé con Elena dos palabras de amor,

y otras dos de la fuga. En seguida fuíme á cenar, y cuando hube concluido, busqué á Marcos, sin que ni su infelicidad ni mi traición me preocupasen.

IV.

—Siéntate, Luis—me dijo colocando una silla junto á la ventana—Siéntate, que quiero hablarte de un asunto grave; ya te lo figurarás. De Elena—añadió suspirando—¿Quieres aguardiente?

Puso ante mí la mesa que ocupaba el centro del cuarto, colocó en ella una botella y dos vasos que había sobre la cómoda, y escanció sin escuchar mi negativa.

Entre tanto yo procuré hacer acopio de paciencia para soportar una conversación que de fijo iba á ser desagradable para mí. Conocía bien á Marcos, y no ignoraba cual era la causa de que á medida que mejoraban sus negocios, tornárase más pálido, más flaco y más inquieto. Sucedíale como á tantos otros,

que su mujer le hacía purgar antiguas calaveradas. Sin embargo, dejabala en bastante libertad, lo que unos explicaban diciendo que hacía la vista gorda, y otros alegando que su primero y único intento de meterla en cintura no dió otro resultado que un conato de escándalo y una amenaza de ella, que impuso á su marido el silencio del terror. De cualquier modo, Marcos tenía motivos para estar nervioso y beber aguardiente.

—Aquí me tienes, Luis—dijo con amargura, después de vaciar un vaso—Aquí me tienes arrinconado, sufriendo el horrible castigo que mi mujer me ha impuesto, con su conducta artera. Ayer reñimos, y los celos me matan, Luis; reñimos, y aquí me tienes porque el hablar con cualquiera me fastidia y el verla amable y cariñosa con otros me enfurece. ¿No es verdad que hago un papel lucido?

Entonces bebí yo, rehuyendo contestarle.

El apuró un segundo vaso, y apoyando los codos sobre la mesa y ocultando la cara entre las manos, prosiguió:

—Si yo no la amase, Luis, me importaría poco; pero la amo, la amo como no concebía yo que se pudiera amar...., Y ella no, ella no

me ama. ¡Ay! Si no fuera más que eso, si no fuera más que no me amase, que coquetease con todo el mundo, yo lo soportaría; pero, Luis, ama á otro.

—¡A otro!—exclamé fingiendo mal una sorpresa que estaba muy lejos de sentir.

—Sí; de seguro. Desde hace ya dias, desde que aquí vinimos, la vengo observando cuando se halla sola, y anda cavilosa, triste, desasosegada..... Ya no canta, Luis, ya no canta.....

—Bebe—le dije alargándole un tercer vaso.

Marcos bebió.

—Y escribe diariamente—siguió diciendo á poco—No puede ser sino á un amante, ¿verdad?..... ¡Ay, Luis, amigo mio! Luego..... luego.....

Calló, y yo le contemplé con lástima.

—Luego—prosiguió—he visto hoy que ha recogido sus prendas, sus joyas, sus alhajas.... todo lo tiene enmaletado. ¿Para qué? le he preguntado—Como nos marcharemos dentro de dos dias.... me contestó. Pero esto es una excusa; parece una excusa; ¿verdad, Luis?..... Y he llegado á temer..... ¡Ay, Luis!

Crees tú que piense en escapárseme? ¿Me la robará ese amante maldito?

A no hallarse tan hondamente preocupado, aquel pobre marido hubiera visto el salto que dí en mi asiento.

No vió nada.

Incorporose perezosamente, y mirándome con ojos extraviados, me preguntó:

—¿Qué hago, Luis?

—Matar á ese hombre.

—¡Martarle!..... Es verdad.... ¿Con qué gusto lo haría!..... ¿Y quién es, Luis?

—Averigualo — repuse levantándome, fastidiado y molesto ya por la incipiente imbecilidad de mi amigo.

—No te vayas todavía, Luis—dijo suplicante y cogiéndome una mano—¿A donde vas?

Realmente no tenía adonde ir, y me quedé.

Le dí más aguardiente, bebió, y medio borracho se quedó aletargado, compartiendo el peso de su cuerpo entre la silla y la mesa.

V.

Yo, meditabundo á pesar mío, echeme de bruces sobre la ventana y contemplé el mar, tranquilo y apacible, cuyas olas, al romperse en las rocas, producían el único ruido que llegaba hasta mí. La luna, paseando solitaria por un cielo azul y limpio de nubes, envolvía en tintas melancólicas á la cercana villa, entregada ya al reposo augusto de la noche. Corría una fresca brisa que acariciaba mi frente con cariño. Encendí un cigarro y lo fumé pensando en Marcos y en el objeto de mi viaje.

Pasó tiempo, y el próximo reloj del Santo Angel, parroquia de Libánica, dió á los aires las doce graves campanadas que anuncian la media noche. Marcos se despertó.

—¿Estás ahí, Luis?

—Aquí estoy.

—Voy á beber agua.

Levántose con no poco trabajo, y bebió

de una botija de la Rambla, que puesta al fresco estaba.

—¡Bueno! ¿Fumas?—dijo luego.

—No; toma.

Le di un cigarro y encendí yo otro.

—Vamos, Luis—dijo encendiendo el suyo—¿qué me aconsejas?

—¡Consejos!—exclamé encogiéndome de hombros.—Para esos casos no se dan.

—Harías tú algo—prosiguió diciendo—se te ocurre algo que no sea abandonarla ni matarla? Porque esto es imposible, Luis, es imposible.

Siguió hablándome en tanto fumábamos; me contó episodios bien dramáticos de su triste vida de casado; me recordó escenas de nuestra juventud, de su tiempo de novios, de su día de bodas.....

—Tú fuistes nuestro padrino, Luis. Tú lo debías ser también de nuestro primer hijo. ¿Te acuerdas, Luis?

Por toda respuesta me levanté precipitadamente.

—Me voy, Marcos—le dije—Dentro de poco cruzaré en mi caballo esos caminos, y no nos volveremos á ver más. ¿Quieres un

consejo? Es indigno, como mío; pero es el único que puedo darte. Es este. Buscate una amante. En cuanto á Elena, no la consideres como á un ángel, mírala como una mujer, y trátala como hombre. No seas un bestia, Marcos..... Adiós.

Estreché su mano entre las mías, y me dispuse á salir, á tiempo que entraba Elena.

¡Oh! En aquel momento mi valor moral llegaba al heroísmo.

—Señora—le dije con entereza y dignidad.—Dejo á usted en los brazos de un esposo, en vez de dejarla, pasado algún tiempo, en una mancebía ó en un hospital. Obro bien, me parece, cosa rara en mí. Aprécielo como á bien tenga.

Y salí precipitadamente.

Llegué á la cuadra, y al mozo que dormía sobre un costal, le dije dándole un puntapié:

—Mi caballo pronto, animal.

No se hizo repetir la orden, y poco después volví á montar. En el mismo patio del castillo metí espuelas, y partí al tendido galope de mi potro que más veloz corría cuanto más de aquel sitio se alejaba, como si fue-

se dejando en el camino todo el peso del amor criminal que allí me llevara, y el de la perfidia que iba á cometer.





TRAPOS VIEJOS

I.

A influjos del invierno próximo, perdieron ya las noches su templanza y apacible dulzura, y las primeras corrientes del sutil airecillo que patente se hace al salir del teatro y el café, hielan, no el cuerpo, sino el alma del honrado menestral y del pobre empleado, padres de familia, á quienes la imagen del sastre se les representa como un monstruo dispuesto á devorarle.

¡Adiós driles! ¡adiós lanillas catalanas!

¡adiós baratas vestiduras! ¡Concluyó vuestro imperio antes que vuestra vida ya en la senectud, y la jerga y el paño piden plaza en el propio cuerpo y en los de la prole, más crecida que los bienes de fortuna.

El necesita un terno. Su elegante americana de alpaca con la que se venía haciendo la ilusión de que iba vestido á la oficina, se le rie ya por las mangas y aun por otras partes, y hay que pensar en arrumbarla. El estudiante ¡ya lo creo! es ya un hombrecito, y necesita á más del terno consabido, de un gabán. A la niña ¡ay Dios! ya no le sirve ni el vestido rosa que varió de hechura por el Corpus, ni el sombrero que estrenó por la Virgen; necesitará un traje oscuro; querrá una capota; exigirá un abrigo. Y los dos chicos ¡claro está! no han verles las Pascuas vestidos de marineritos con las piernecillas al aire y sin camisa.....

—Necesitamos tres, cuatro ternos—dice para sí en íntimo monólogo: cuatro ternos, y el equipo de la niña ¡Ah! y el gabán del estudiante, y quizá alguna cosilla que le haga falta á la mujer..... ¿Qué podrá costar eso?..... Cuatro, cuarenta, sesenta y cinco..... con cien

duros..... con dos mil reales..... ¡Demonio!
¡qué frío hace! A tantos de Noviembre, y es-
tá el invierno encima..... ¡Cien duros! el ha-
ber de cuatro meses. Es verdad que nos ves-
timos para seis; porque ya hasta feria..... ¿Có-
mo cién duros? Pues ¿y zapatos? ¿y sombre-
ros? ¿y la casa por dentro?..... Son menester
mil reales más. ¡La faga de seis meses!.....
¡Valiente temporal el que se me ha venido
encima!.... En fin..... Don Fulgencio Rastri-
llo, aquel del expediente de pobreza, presta
dinero á módico interés. Cinco por ciento
mensual, obligando el sueldo y una segunda
firma. El hombre se me ofreció cuando yo le
serví. Le pediré dos ó tres pagas, y se re-
currirá á lo más urgente. Después..... ¿Pero y
comer? ¿de qué comeremos entre tanto?.....

Y devanándose los sesos en busca de efi-
caces medios para librarse de las garras de
Necesidad, Usura y Compañía, el bueno del
hombre llega á su hogar humilde, cuyos sue-
los, aun desnudos de esteras, se le antojan
losas sepulcrales, y donde el silencio que ya
reina le huele á cementerio!..... ¡Qué frío! que
horriblemente frío es el invierno para el po-
bre!

II.

También, no el airecillo del teatro; pero sí el resfriado que ya pilló el niño menor, también ha hecho pensar á la amante compañera en las necesidades del invierno, y en los medios que hay que poner en práctica para vestir la prole y cambiar el traje del esposo. Pero ni como relámpago fugaz pasó por sus mientes el suicida pensamiento de recurrir á la horrorosa usura, ni el de tomar pagas por adelantado, ni apelar al crédito, ni ningún otro medio financiero de los que en casos tales pone en práctica el hombre menos hacendista. Humilde y modesta como la golondrina, necesita de poco para la jornada que en perspectiva vé; le basta, como á aquella para obrar su nido, con desechos, casi con desperdicios, y en el fondo del arca, donde los guardó su previsión, busca de éstos para hacer con ellos, á fuerza de arte y de trabajo, lo que el sastre haría por el dinero que no hay....

¡Afuera! afuera todo, en confuso montón. Pase del arca á la banastilla, que ya se repasará prenda por prenda.

Y cuando los chicos duermen y el estudiante aún callejea, á la luz de un quinqué sentadas hija y madre, cortan y transforman aquellas viejas prendas, dándoles su voluntad é ingenio tales artes, que con escasa ayuda de materiales nuevos, niña, chicos y esposos tienen todos vestidos.

Un pantalón deteriorado del marido, se vuelve y arregla para el estudiante; está roto por ambas posaderas, pero se le remienda con el sobrante de los perniles, y como ha de llevar gabán, ni siquiera dejará ver los remiendos.

De la americana del estudiante, en cambio, se le hará un abrigo al chiquitín, y la ropa de éste le estará ya buena, con un facil rreglo, al otro.

Aún hay un chaqué del esposo, ya más antiguo que el andar tunando: se transforma en un abrigo que podrá usar la esposa para aandar por casa.

Y lo que no en esto, en lo otro, todo se aprovecha, para todo se halla aplicación, ha-

ciéndose con aquellos cuatro trapos tales milagros, que el problema económico por el frío ya reinante planteado, no se resuelve en absoluto ¡claro está! pero queda reducido á términos tan pequeños, que con un poco de esas economías inconcebibles para el hombre y que pudieran ser llamadas invenciones femeniles, queda resuelto por completo.

Y se burló á la usura, y no hubo que echar mano de ninguno de los desesperados medios á que pensó el marido recurrir.

III.

Puede sin miedo ya venir Diciembre, el mes de las tristezas y de los apuros; que si contra sus cierzos no fuesen resguardo suficiente aquellos trapos viejos tan primorosamente acomodados por la casta y diligente esposa, el afecto sagrado del hogar, que es sol que irradia intenso fuego, prestará abrigo á la familia, y de las nieves del invierno no quedará otra huella cuando la primavera lle-

gue, que en las cabezas de los padres, algunas canas más, hilos de plata con que se va tejiendo la corona augusta de la ancianidad.

Así la madre, la esposa, la mujer, labra con míseros despojos la dicha del hogar. ¡Bendita sea!





THE
LIBRARY

OF THE
UNIVERSITY OF
CHICAGO
PUBLISHED BY THE
UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
CHICAGO, ILL.
1900



ACEITUNAS

I.

Brilla aún la luna cuando ya en el fogaril chisporrotean y dan llama clarísima las tronchadas rametas sobre las cuales el casero echa palitroques y cepillas que, en tanto se convierten en doradas ascuas, van calentando la ahumada gañanía, en cuyo fondo pronto se empieza á oír garraspear y dar bostezos y encender cigarros á la gente que, sobre esterás de junco y arrebujada en mantas, ha pasado la noche.

—¡Genteeeé.....!—grita el casero—Vamos allá que está ahí el día.

Y sin esperar otras exortaciones, dan todos por terminado el nocturno reposo, y doblan las mantas, y arrollan las esteras, y, quien con las alforjas al brazo, quien con la telera y la navaja, quien con los zapatos en la mano, todos van acercándose á la chimenea y sentándose alrededor del fuego, en chopos, angarillas, cántaros, piedras, ó lo que hallan primero.

Enseguida llegan, desgüeñadas, encogidas y arrebujadas en baratos matoncillos, roto el que no está remendado, mujeres de curtido rostro y manos hombrunas, bastas y uñinegras, quienes piden plaza ó toman puesto en el corro, ávidas de calentarse el cuerpo, entumecido por el frío de la noche. Esta trae ya el pan en la mano, quien le espera de la alforja del marido, aquella ordena traerlo al arrapiazo de su hijo que, legañoso y tiritando se acorruca á sus pies ó en el primer sitio que halla, y dividida la candela en cuatro ó seis ó más montones, empiezan á cortarse de las teleras rebanadas, y á tostarlas cada uno como mejor puede, conseguido lo cual en poco

tiempo, se las empapa en rico aceite, única cosa quedá el amo, aunque medido, y por ello lo hay en abundancia; y restregándole un ajo el que le gusta, y rociándola con sal el que lo quiere, se tiene condimentado el succulento almuerzo con que al llegar el alba, se han regalado ya sus estómagos.

Aún tienen por engullir el último bocado y los dedos pringosos, cuando la voz de la codicia les incita á emprender el camino del tajo, al cual quieren llegar para echar mano al nacer el sol.—Anda, Maolillo; coge tú esa espuerta.—Pepillo, traete la alforjas.—¿Echastes las granás, Riqueta?—Malena, que no te sorbía la taja.—Anda palante, ya con eso.

Y tras de unos minutos de rebujina y voces, *las cogedoras* salen del cortijo llevando en alforjas y esportillas las viandas que han de comer luego. No es encantador ni siquiera vistoso el aspecto que ofrecen á la nascente luz del día. Aunque las presumidas se alisan el pelo con la mano, y los pañolitos que se añudan debajo de la barba ó los que cubren sus hombros, logran colocarselos con cierto aire femenino, sus bajos presentan unos visos machunos, curadores de toda tentación.

Los cortos zagalejos ó enagüetas con que cubren sus piernas hasta poco más de las rodillas, dejan ver los perniles de unos calzoncillos azules ó parduzcos que caen holgados sobre unos viejos borceguíes, barrocos y acuchardados, con los que pisan marcialmente lo mismo el surco que el cardo de la linde, sin los miramientos, sin la cortedad, sin los cuidados verdaderamente femeniles; los caracteres psíquicos del sexo, no se ven en ellas; junto á los compañeros con que se van acollecando, la mujer ha desaparecido; allí sólo hay cogedores machos y cogedores hembras.

El disco solar hiende sus rayos en arroyuelos y lagunas, cuando llegan al olivar en donde quedó el tajo; cada collera se dirige al olivo en que estaba cuando le sorprendió la voz del manijero ordenando dar de mano, y desperdigadas en los distintos liños, las diez ó las veinte ó las treinta parejas, aprestan las esportillas y empinan las escaleras que tendidas quedaron, para empezar diligentes y afanosas la cogida del morado fruto que ya esperan las trojes.

—¡Jesús!—se dice á poco en donde no se canta el *Santo Dios*.

Y con sed, con codicia, con verdaderas ansias empiezan, uno á echar abajo y otra á recojer los granos del desgredado olivo, árbol nada bello ni poético ni delicado; árbol sombrío cuya perenne verdura entristece la campiña; pero árbol generoso como pocos, sufrido como ninguno, que sin gran detrimento en la cosecha dispensa al labrador de todas sus labores en un año, que es duro á las contrariedades que las estaciones acarrean, que nunca exige grandes gastos ni prolijos cuidados, y que mereció la honra de que sus ramas fuesen el símbolo bendito de la paz.

Ellos encaramados á la altura de los más grandes brazos rípiando con las manos ó desgajando á palos, según como lo pague el amo, nada ofrecen de particular; pero ellas abajo, puestas en cuclillas, con la espuerta delante, cogiendo á dos manos con presteza suma sin que puas les contengan ni cardos les retraigan, doblando y extendiendo su cuerpo á veces con la flexibilidad de una culebra, mostrando afán en la mirada, saltando la vista desde el reguero que tienen delante á la esportilla, y de esta á la mayor para ver cuando se llena, cuando hay una media más, parecen

la propia encarnación de la avaricia, y no cantan, ni se distraen con nada, ni apenas si respiran. Para cantar, para que el tajo se convierta en sembrado de parduzcas alondras cuyos trinos duren lo que el día, las cogedoras por tarea, las que el amo paga á jornal; no estas *fanegueras*, que cobran según lo que rebañan, y que guardan sus expansiones para prima noche, para la vuelta á la casuca ó al cortijo. Pero aquellas sí cantan, aquellas son señoronas de á veintiún cuartos al día, y el día se lo pasan de copla en copla, arrullándose y dirigiéndose hombres y mujeres, piropos y chiclelos.

Ella rompe diciendo:

*Siendo yo niña inocente,
mi madre me lo decía:
si quieres ganar la gloria
quiere mucho «al que está arriba.»*

Y arriba está él, que alborozado le responde dando á entender que la indirecta no cayó en barbecho:

*Tú cogiendo aceitunas,
yo vareando;
de ramita en ramita
te estoy mirando.*

Y hay rengues deliciosos en que sentados los dos sobre la chueca del olivo, las ternezas del corazón que saltan á los labios y en las miradas se reflejan, muestran claramente que debajo de aquella corteza y aquella rusticidad, hay afectos intensos, apasionados, fogosos, hijos del caliente sol del Mediodía.

Las fanegueras no tienen tiempo que ocupar en estas dulces bagatelas; no piensan sino en coger mucho, en que nadie se las adelante. Y llenos los grandes esportones en que vacían las esportillas, los llevan al *tajador*, el cual mide por fanegas aquellos lucientes granos recogidos uno á uno, y da recibo al fanegero haciendo ciertas cisuras en *la taja*, palo de blanda corteza partido en dos mitades longitudinales, de las que cada cual conserva una.

Y ya pasado el mediodía, cuando yendo y viniendo esportones, el montón es enorme y expone al sol una brillante superficie obscura salpicada de puntos verdes que parecen granos de esmeraldas, y la pepita pizpireta pica con desvergüenza el estrujado grano, y el alocado mosquilito caza al vuelo de los mil insectillos voladores que al montón acuden,

óyese el cencerro del *liviano*, burro guión de *el acarreo*, que se presenta á poco. Llénanse con presteza los serones y costales que las cabalgaduras traen sobre sus lomos, y allá van á las trojes del molino, llorando lágrimas de tinta, arrancadas á su corazón por la pena de verse violentamente expatriadas, arrancadas de las ramas queridas que les dieron su savia y las columpiaron durante tanto tiempo; quizá presintiendo la trágica muerte que el rulo les reserva, ó envidiosas acaso de la fortuna de aquellas compañeras que quedaron en los pimpollos, ó que saltaron tan allá que no fueron vistas ó fueron despreciadas.

¡Fortuna escasa la de las que allí quedan! Ni ellas ni las de aquellos árboles que fueron respetados, porque son variedades de la especie, se pueden prometer suerte mejor. Aquellas que quedaron en las empinadas rametillas, pasto serán de la voracidad de un estornino; esas otras que quedaron salteadas, las hallará un rebuscador, y pronto se unirán con sus hermanas. Y las *manzanillas*, *verdiales*, *árolas*, *sevillanas*, y demás que ahora no se confunden, gozarán, sí, más tiempo de

la vida; su alcurnia aristocrática, exigirá que se las endulce, que se las adobe, que la sal y el vinagre y el orégano y el tomillo, les den su fortaleza, su sabor y su perfume, para con ellos aliñados, constituir un rico plato digno de ser presentado en las mesas de los ricos. Pero ¿qué es esto sino vanidad de vanidades? ¿qué más da morir aplastada por un rulo que triturada por una dentadura?..... El fin es igual. Al morir como al nacer, no hay diferencia.

Y en cambio esas aceitunas aristócratas no dan el rico aceite que vosotras ni proporcionan vuestro orujo, que, mezclado con afrecho, constituye un succulento pienso para el compañero de San Antón, y seco es un hermoso combustible.

Cesad en vuestras cuitas ¡oh aceitunas moradas, aceitunas vulgares y plebeyas! Sois las menos afortunadas del reino aceitunero, como los plebeyos de todos los reinos son los menos afortunados; pero también como estos proporcionais suma mayor de utilidades.

II.

Era morada como la violeta, y reluciente su orondo cuerpecito más que el espejo de la molinera. Su florida infancia y su verde juventud las había pasado regaladamente en brazos de su madre, quien con ella y con sus demás hermanas, se mecía orgullosa en brazos del vespertino céfiro, y aún llegaba á inclinarse, cuando en la mocedad las tuvo, sobre las chumberas de la cerca, quizá para decirle al caminante. «Mira qué hermosura la que yo he criado.»

Ella creció lozana más que ninguna otra, y antes que otra ninguna sintió deseos vehementes de saber cuál fuera su destino, de ver qué hubiera más allá del horizonte que divisaba, de volar como la alondra cuyos gorgoros oía, y de correr como el conejo que en su casa misma tenía albergue. Y aun cuando nada le faltaba para ser feliz, tanto la obsesio-
nó esta idea de cambiar de suerte, que á las

veces, cuando azotaba el fiero vendabal y el pedrisco hería tallos y frutos, llegó á desear que el primero la arrastrase en su loco torbellino, ó que el segundo cortase la cadena que á sus lares la ataba.

La suerte fué menos cruel que sus deseos, y estos no se vieron cumplidos durante mucho tiempo. Pero llegó un día, no de tempestad, sereno y apacible, en que un sol espléndido evaporaba la escarcha de la noche y devolvía calor y vida á la naturaleza; un día que brindaba sonrisas y dulzuras, y del que menos que de ningún otro podía ella prometerse el desarrollo de aquel drama romántico por el que había de verse en libertad; y de pronto, sí, se vió libre, á cincuenta varas de su madre que cabeceaba de arriba abajo como llamándola ó dándole el postrero adiós, y á distancia también de sus hermanas, que libres como ella, se veían por allí desparramadas. ¡Qué alegría! ¡qué alborozo! La fuerza que hasta allí la impulsara ¿adonde la arrastraría?..... No había sino esperar para saberlo. Esperemos.

Y esperó sonriente, ávida de experimentar otras sensaciones distintas de aquéllas.



estremecimiento de que apenas si se dió cuenta, y se halló á poco violentamente poseida por unas manos toscas á cuyo impuro contacto sintió perder aquella virginal pelícua que, como velo de candor, envolvía su casto cuerpo. ¿Donde había caído? ¿qué le iba á suceder? Miedo y terror agitan su organismo, y por unos momentos siente la ausencia de su madre.

Tiranla á poco, juntamente con otras desdichadas, en un recinto estrecho donde yacen amontonadas y revueltas, estrujándose y constriñéndose. Todas cual ella perdieron la clámide que nada pudo desgarrar mientras permanecieron en el materno regazo. Era pues su suerte la de todas; por lo menos, la de tantas otras; pues si era la de tantas; ¿qué deplorarlo ni sentirlo? Sería ese su destino. Adelante, y á ver qué aventuras se sucedían.

Aquellos dolores que soportara esperanzada en la verificación de sus ensueños de ventura, los ve pronto acabados, y sustituidos por una dicha inmensa; sí, casi la que soñara; la dicha de verse conducida en piés ajenos, como regalada favorita, admirando paisajes diferentes á cada momento, y sintién-

dose acariciada y codiciada por los ojos de cuantos halla al paso. ¡Qué placer! ¡cuanta ventura!..... Ya dejó atrás los campos cuyas soledades la desesperaban. Ya llegó al pueblo cuya empinada torre había tantas veces admirado. Ya está en aquel otro mundo que se había fingido. Empezaba su felicidad.

Y súbito, impensadamente, como suceden las grandes catástrofes, á la voz de «arri-
ma el macho» se siente impelida, lanzada al fondo de una obscura mazmorra, contra cuyo enlosado suelo viene á magullarse, oprimiéndola y estrujándola al mismo tiempo todas aquellas compañeras sobre cuyos cuerpos tan bien lo había pasado durante aquel breve rato que duró su dicha, no amargada ni por la consideración de si por ella, sufrirían las otras. ¡Ay, infeliz! ¡cuánto ahora sufre por aquel rato de placer, no gustado apenas! ¡cuánto deplora la ausencia de la madre, y cómo lamenta que no hubiera sido más fuerte, doblemente fuerte, inquebrantable, la cadena que la sujetaba!

Perdurable fué para ella el tiempo no muy largo que estuvo en aquella lóbrega prisión de la que fué sacada, siempre revuelta con

sus compañeras, siempre en montón informe, y trasladada—por casualidad lo oyó decir—á la torba del molino, en cuyo centro no cayó por dicha, pues la suerte la posó en el punto de unión de ésta y el árbol del rulo.

Y desde allí vió estremecida, un día y otro día, cómo sus compañeras iban cayendo paulatinamente por el ojo de la torba, y formando un circular reguero que el cónico rulo, hecho rodar por una bestia, trituraba, convirtiéndolas en untosa pasta, la cual ya bien molida, depositaban en redondos capachos que llenos, bien llenos con ella, eran luego apilados bajo aquella palanca inmensa de peso incalculable, ó al pié de aquella férrea prensa por cuyo husillo bajan planchas pesadísimas, que esprimen la masa y hacen sudar á los capachos por todos los poros de su espartil contextura.

Y aún parece poco para la completa desangración, y se ayuda la acción de las mazas con agua hirviente que empapa los triturados organismos y les hace desprenderse de la rica savia en sus tegumentos contenida, la cual corre mezclada con lo sobrante de aquella, á grandes tinahones, en donde ese agua ya im-

pura, ese alpechín, es repelido dejándole en el fondo y flotando sobre él en gruesas capas, el líquido preciado que atesoraban sus entrañas.

Nuestra heroína ve al mismo tiempo que esto, cuantas operaciones y cuantas escenas en el molino se suceden; y de noche particularmente, cuando apenas si se oye otro ruido que el acompasado y monotonó de la esquila, que en el pescuezo lleva el mulo amarrado al varal, el crujido quejoso de la rosca del árbol, y el sordo y opaco de los huesos al ser triturados, contempla aquella plácida y sosegada escena que ante el fogón se representa, siendo los actores hasta una docena de personas de uno y de otro sexo y edades diferentes, las cuales escuchan con silencio religioso, á una que cuenta interesante historia. Es esta un espigado viejo, vecino del barrio, que allí busca amparo contra el frío, y que á las cinco de la tarde, apenas el sol puesto ó antes de que se oculte, ya tiene ocupado aquel grasiento sillón de Vitoria, desde el que va echando á la lumbre trozos y más trozos de los terrones que apilados en pedazos como abiertos abanicos, tiene al lado, y salu-

dando á aquel que sale, interpelando á este que llega, allí permanece tranquilo siendo un cosecón poco molesto, hasta que más tarde, cuando la noche retira de la calle á los rapazuelos de los empleados en el molino, llegan estos, también buscando el fuego, con sus carillas amoratadas y mocosas, los dedos inflexibles, y las orejas como carámbanos. Vivo ó no el fuego, no se hallan contentos si no le echan un trozo de terrón, y aún sin reñirse y picotearse por cualquier pretesto. Pone paz el tío Antonio, amagándoles con que no escuchará el cuento quien se malo; y disputando entonces los chiquillos sobre quien recuerda mejor el de la noche antes, sigue con la intervención del viejo la infantil contienda, hasta que á poco llegan también, alguna vieja con espejuelos y calceta, casadas de la vecindad con sus crios en brazos, y chiquillas parientes de este, del otro, ó del de más allá, que arman pronto no poco estruendo con que si fulanita hizo esto en la academia, y si menganita es una sucia, y si el papá de zutanita fué, vino ó tornó: reflejos de las murmuraciones algo más cautelosas que á sus madres oyen.

Hay quien trae consigo la cena de la chivalería, quien allí calienta las migas para el mamoncillo, quien llega solo á pedir unas ascuas; quien entra y sale husmando y oliscando y preguntando más que un juez investigador; mas cuando este tole tole ha concluido y el calor del fogaril ha empezado á ejercer su acción enervadora sobre la sangre inquieta de los rapaces, llega un momento encantador: el de empezar el cuento. Tío Antonio garraspea repetidas veces, espata al fin en la ceniza, y lanza el deseado »pué seño, dicen que tina ve» infalible comienzo de todo cuento que vive á cuenta de la tradición oral.

Los cuentos del tío Antonio, como todos los cuentos populares, son interesantes, románticos, maravillosos; en unos el hechizo y el encantamiento juegan con princesas bellísimas y campeones esforzados, á cuyos patéticos amores se oponen brujas y gigantes, endriagos y conjuros, cuyo poder satánico vence al fin la virtud, el valor, la intercesión de un divino poder; otros son la historia legendaria de un héroe; otros una poética encarnación del tipo genuinamente español ó ge-

nuinamente andaluz: adalid, estorzado, pendenciero, noble, pródigo, quijote. cristiano rancio que no perdonará sacrilegio si á la salud de sus amores interesa, y demócrata campechanote que no pone sus ojos más abajo de la hija de un rey ó de un poderoso príncipe. Variados en su desarrollo, múltiples en sus incidentes, raro es el que no entraña una profunda máxima moral, y ninguno hay que concluya sin que los héroes realicen sus propósitos, con lo que se les deja contentos y felices, quédalo también el auditorio que se había interesado por su suerte; y «colorin colorao, ya mi cuento está acabao.»

Han dado las ánimas. En descanso la atención, regocijado el ánimo por la felicidad de que disfrutan los héroes del cuento, y próxima la hora de dormir, los chiquillos se esperezan, á los mayores se les abre la boca, y empieza el desfile. Poco después, el molinero que ha estado cabeceando y soltando algún que otro ronquido mientras ha durado el cuento, da una voz á los mozos que en el otro extremo del molino y á la luz de un candel juegan al cané, uno da una vuelta á la molienda, otros suben la viga, y empiezan

los preparativos para el acomodamiento de aquella *cabeza* que el mulo tiene poco después suficientemente preparada, por lo que se le suelta y echa á la cuadra, cesando aquel ruido maldito que tiene en un ¡ay! á nuestra aceitunilla, convencida del fin amargo que la espera.

¿Por qué la tienen allí? ¿ni aún sirve su hermosura coruscante para llamar la atención? ¿ni hay un gallo que la pique, cuando de día anda aquello solitario y los alados vípedos por todas partes? Nada; ni aquella belleza llamativa con que se ufanaba, ni la morbidez y exuberancia de formas que la enorgullecían, significan ni valen cosa alguna. Y hoy menos que ayer, y mañana menos aún que hoy, porque se marchita, se consume; porque ya la cubre gruesa capa de polvo; porque nada es, sino para sufrir.

Vuelve á las dos de la mañana la bestia á ser uncida, y empieza á moler la otra cabeza que acaba ya entrada la mañana. Y otra vez el trasiego de la masa, y encapachar, y descargar la viga, y trasegar, y sacar los terrones, y hacer, en fin, las diversas taenas del molino. Hasta que un día....

Eran las doce. Un sol de primavera llegaba con sus rayos hasta el pié del árbol en cuya mediación ella se mantenía arrinconada. El molinero con su gorra y su pipa se había sentado afuera en el patio de las trojes, y por allí no había quedado más ser viviente que un gatazo rubio, el cual dormía tendido cerca de la puerta, dando al sol toda la superficie de su blanca panza. Embístele de pronto un perro forastero, arman ambos una sarracina en que ¡uff! y ¡guaus! se oyen repetidas veces; y ojo avizor y tembloroso aguarda el perro que huya su enemigo para acometerle en la carrera, y espera el gato, uraño y pelitioso, una ocasión para escapar: que no riñe él sino á la fuerza. Elige un momento que creyó de perlas, y ¡zas! ligero como el rayo, salta al alfange, á la torba, y por el árbol arriba, en un periquete está libre sobre aquel travesaño que iba de una á otra pared. En tan precipitada huida, sus uñas desalojaron á la aceitunilla de la pequeña cavidad en que había permanecido tantos días, con lo que aquella tarde pagó al amo su tributo.



EL DOCTOR CHULVY

Todos recordareis aún este nombre; todos hareis memoria todavía de esa lumbrera de la ciencia médica, á quien la fama puso en el cuerno de la luna, por los prodigios que realizó como Galeno. Aquellos elogios y aquellos ditirambos con que á diario lo ensalzaban los periódicos, al consignar las conferencias que daba, y las curaciones que hacía, aún resonarán en vuestros oídos, y acaso conserveis los impresos en que se ponderaban su sabiduría y su actividad. ¡El doctor Chulvy! ¡aquel médico inglés! ¿Pues se re-

cuerda otra cosa?..... ¡Si acaso no faltó quien se creyese estar enfermo por el solo gusto de que el doctor Chulvy le curase!

Y también recordareis ¡qué duda cabe! de su tipo gentil, cuando por las mañanas, apenas acabado de afeitarse, retorciéndose todavía las puntas de su gran bigotazo, rubio como el arquillo de oro de sus lentes, rosadas sus mejillas, el rostro grave animado por una expresión plácida de dulzura y bondad, y sosteniendo entre los dedos de su enguantada mano un hermoso tabaco, montaba en su ligero *coupe* y dirigíase á visitar la numerosa clientela que á su ciencia fiaba la curación de achaques y dolencias.

Pues ese doctor Chulvy, ese famosísimo Galeno, caballero de la real y distinguida orden de Carlos III y de la de Cristo de Portugal, miembro de la Sociedad Nacional de Higiene de Francia, y autor de muy celebrados libros sobre el tratamiento de la sífilis, bajó un día de su coche frente á la casa del barón de Hoyuelos, de aquel mismo barón de Hoyuelos que por entonces veáis con frecuencia revolcándose en las butacas y sofás del Círculo, mascando pastillas de menta ó liquen;

de aquel hombrecillo de color de barro crudo, enclenque y espiritado, que llevaba en su coche á *Salvador* cuando este mataba, y á quien tener una mujer hermosa no impedía estar continuamente de zambra y franca-chela.

La visita del médico no podía llamar á nadie la atención, porque era suceso corriente y ordinario en aquella casa. Con la poca salud de que el barón gozaba, no se podía ser el jaranista intrépido que él era, no se podía merecer justamente aquel dictado de *el destripador* con que le zalameaban sus camaradas, dictado que tenía origen en aquel sempiterno yacer con doncellas de lance y mujeres hermosas, cuyo conocimiento le proporcionaban Celestinas y casamenteras, de las que no había una en la ciudad que no contase al baroncito como predilecto parroquiano. Y si cosa distinta acaeció en otro tiempo, en estos á que nos referimos habiase observado, que á la visita ó entrevista con la buscona, sucedía inmediatamente la del médico, no de otro modo que si aquel depósito de linfa y humores escrufulosos pretendiera curarse por adelantado de los riesgos á que se esponía

ó de las consecuencia desastrosas que, á su constitución raquítica, pudiera la aventura acarrear.

No es eso, sin embargo. Es que el doctor Chulvy le mantiene, le hace vivir con perlas, con las perlas Chulvy, preparado especialísimo y secreto, que dá un brillo raro á sus ojos y un tinte de rubor á sus mejillas. Sin las perlas del doctor Chulvy, el baroncito hubiese muerto, si no de anemia, de una sofoquina ó de una gran vergüenza. Porque..... él lo decía:

—Chulvy, querido Chulvy: ha hecho usted ya milagros por mí. Necesito que haga otro más; el último, si usted quiere; el último, yo se lo prometo; pero es preciso, Chulvy; estoy ya comprometido, y..... me descerraría la tapa de los sesos.

—Acabareis por ahí, querido barón, apesar de mis perlas.

—Sí, bueno; no volveré á abusar; yo se lo prometo. Pero en esta ocasión, Chulvy..... Es una aventura deliciosa, y es preciso que yo esté bueno; ¿comprende usted? Es preciso que yo esté bueno.

Chulvy aconsejaba y advertía y exortaba durante no pocos minutos; pero al fin, com-

padecido, echaba mano á su famoso remedio y el barón de Hoyuelos iba á su aventura contento y satisfecho.

Tornaba de ella..... ¡ay como tornaba!.....

Chulvy no dejaba por ello, al verle nuevamente, de mostrar en su cabeza de apóstol y de sabio aquella sonriza de plácido interés que por sí sola infundía confianza en el más aprensivo, ni suprimía ninguno de aquellos solícitos cuidados que no merecen los enfermos incorregibles. Estos médicos de moda ¡son de lo más amables y mimosos! En el tono más cordial y con el más cariñoso acento, le dirigía cuatro frases de consuelo y esperanzas, en tanto que sus ojos, sus grandes ojos azules, abrasaban en una mirada intensa el blanco peinador ó la holgada y elegante bata que, cubriendo un cuerpo de esculturales formas, veíase en la misma alcoba del enfermo, á dos pasos de él, más cerca á veces.

—¡Al fin! — había exclamado Chulvy aquel día al recibir el aviso de que se le esperaba en casa del barón de Hoyuelos—Gracias á Dios. Temía que es imbécil hiciera demasiado caso de mis palabras, y dejara su vi-

da crapulosa: Dos meses ya. No dejó nunca transcurrir tanto tiempo.

Pero su sorpresa, su disgusto, su rabia no tuvo límites, cuando en la habitación inmediata á la alcoba, vió á Hoyuelos que le salía al encuentro, que agitado le cogía ambos puños, y estrujándoselos con una fuerza que nadie osara suponer en tan enclenque hombre, le decía:

—Chulvy, un milagro. Hoy es cuando necesito de su ciencia un milagro. Hoy es cuando lo exijo, Chulvy. Adela está enferma, y.....

—¡Adela!

—Sí; pase usted.

Era ella, la baronesa, la del peinador ó la bata, una mujer rubia de azules ojos y hechicero rostro, de turgente pecho y de nevado cutis, la que de súbito atacada por una intensa fiebre, por una enfermedad extraña, yacía casi exánime sobre el mullido lecho, y perdía la vida por instantes.

La muerte, enviada sin duda para poner fin á los achaques del barón, había equivocado el camino, y en vez de segar el cardo aquel, ya mustio y seco, se había posado so-

bre la hermosa flor, llena de aroma y de perfumes.

El doctor Chulvy vió la relidad como si fuese la aberración más estupenda, la negación del orden natural, el mayor imposible de este mundo. ¿Cómo, por donde, qué acarreama aquella muerte repentina?

Apenas empieza á reconocer á la enferma, pierde la color y se le heriza el bello al observar la transformación operada en las facciones de aquella hermosa mujer. Hundidos, muy hundidos sus grandes y rasgados ojos, afilada y purpúrea la nariz, los labios contraidos, y salientes los pómulos, su fisonomía casi ha desaparecido detrás de aquella máscara de muerte. Agitan su pecho conmociones violentas y le oprimen angustias mortales, se ahoga de fatiga, padece dolores crueles, muerde la almohada, se retuerce, delira, delira espantosamente.

—Chulvy—dice el barón nervioso y conmovido.—Un milagro, un milagro por ella; que se muere, y yo no quiero que se muera.

Febril, con ansias locas, síguela examinando Chulvy, y súbito, arrancándose de junto al lecho, toma al barón de un brazo, lo

arrastra brutalmente hasta el rincón más apartado de la alcoba, é intimidándolo con su mirada, le dice con furia, con grosería estupenda:

—¿Qué le habeis dado á esa mujer? Decid ¿qué le habeis dado?

—¿Yo?... ..

—Las perlas..... le quedaban algunas y.... ó acaso.....—balbucía el doctor lleno de miedo, como si se quemara la boca al pronunciar.

—¡Ah! ¿Puede ser.....?—pregunta el barón con aire estúpido.

—Las perlas ¡Decid!—repite Chulvy estrujándole el brazo.

—¡Oh! sí, sí; le he dado—responde Hoyuelos confundido.

—¡Miserable! ¡idiota!—ruge el doctor empujándolo contra el muro.

Y sin oir los alaridos, el voto y las interpelaciones del barón, saca la cartera y extiende una receta que él mismo da al criado que se presenta, apenas sonó la campanilla.

Vuelve al lado de la enferma, y allí le sigue el barón, quien ya más temeroso que irritado, le dice:

—¿Me dirá usted.....

—Nada. Sois un bestia.

—¡Vive Dios!,....

—¿Por qué le habeis dado esas perlas?

—¡Oh! Chulvy, mi buen Chulvy, usted no sabe.... Ahora que merced á los consejos de usted, yo le había devuelto mi amor, ella había dejado de amarme. Permanecía impasible y aún repugnaba mis caricias, y..... Todo menos que eso. ¿Nieve impenetrable al fuego de mis apetitos? No; tú me amarás como antes, más que antes. Y le dí perlas, esas perlas que hacen hervir mi sangre y agitan mis nervios y disparan mi espíritu. ¿Le han hecho mal, verdad?..... ¡Bestia de mí..... Pero usted la salvará Chuluy, usted ha de salvarla, ¿no es así?

—¡Dejadme! Ya veremos.

Pasó un rato, vino el criado trayendo una pócima que con dificultad le fué administrada porque, presa de contracciones nerviosas, no pudo abrirsele bien la boca, y se aguardaron sus efectos.

—No mejora, Chulvy—dijo Hoyuelos—
Quiero una junta.

—¡Junta!—repitió temblando el doctor

Chulvy—¡Junta!..... Y bien, sí. ¿Qué me importan el honor, la fama ni la vida? Sálvese ella, ella á quien yo he muerto miserablemente. Sálvese ella, y venga mi ruina. Sálvese ella aunque yo muera.

El doctor Chulvy sentía por ella una pasión ciega, volcánica, monstruosa; una de esas pasiones que acometen al hombre ya maduro y que son tanto más ardientes y voraces, cuanto más obstáculos hallan á su satisfacción.

Y ella no la había satisfecho todavía porque era honrada, ni ya nunca la satisfizo porque se había acudido tarde, y la junta aquella se limitó ordenar la práctica de algunos recursos extremos, que por desgracia no dieron resultado.

Y cuentan crónicas secretas que al terminarse aquella junta y despedirse los doctores de su compañero el que quedaba de médico de cabecera, el viejo doctor Ravé, quedándose el postrero, contestó á la amabilísima salutación de Chulvy, de este modo.

—¿Colega? Yo no soy colega de usted. Yo soy un médico honrado y de conciencia, y usted es un miserable vendedor de arseniatos y cantáridas.



DE MATANZA

Mientras en la casa todos se mueven de arriba para abajo, y apenas ha apuntado el día se enciende la chimenea, suena el carrillo del pozo, en el anafe se tuesta el recado, el almirez repica alegremente, y los lebrillos y sangraderas se han puesto en batería, el heroe de la fiesta duerme tranquilo y sosegado lanzando fuertes resoplidos, sin que la ausencia del rico desayuno le mueva todavía á dejar el abrigado lecho. De pronto interrumpen su augusto reposo, no las cariñosas manos del ama que llega á rascarle para verle des-

cuajaringado de gusto, si no las órdenes molestas de un desconocido que á patadas le arrea impeliéndole á salir de su palacio, sin prestar oídos á sus roncadas voces de protesta.

¡Cómo va! ¡con qué dificultad camina! Sus orondos lomos miden media vara sobrada; palpitante gordura le cubre 'los perniles; su redonda panza se dilata colgona hasta casi tocar el suelo y unirse á una papada que semeja un enorme montón de gelatina, y todo él parece una viviente mole cuya peso calcula quien le hostiga, abarcándolo con una mirada inquisitiva que refleja sañudo regodeo.

Sale del corral y llega á la cocina, donde le reciben casi todos los habitantes de la casa. ¿Por qué honor tanto?.,... ¡Eh, quieto! dícele un jalón de la soguilla. Cuatro hombres le rodean, y sin que le valga poner el grito en el cielo, ni su resistencia le defienda, ni el peso enorme de su cuerpo sea un obstáculo, por las orejas uno, por las manos otro, y dos por el rabo y por las patas, entre todos lo levantan en peso y lo tumban de lomos sobre una fuerte mesa, produciendo esta lucha miedo á los chiquillos que se replegan hacia los últimos rincones, ó se refugian entre las

enaguas de sus madres, asustados de aquellos estentóreos berridos y de la escena de violencia y crueldad que ante ellos se ejecuta.

Un súbito cerrar de ojos como el que el relámpago produce, acusa en sus rostros la feroz puñalada que con ancha y puntiaguda faca dá en el cuello al forzado su verdugo. Brota en grueso caño la sangre hirviente que se hace caer en limpia sangradera y una mujer agita sin cesar para privarla de fibrina. Los gritos del asesinado van siendo cada vez menos agudos, sus estremecimientos menos fuertes, sus sacudidas menos violentas; y al haber brotado por su herida un mar que todavía se aumenta achuchando su panza fuertemente, cesan sus clamores, estira los remos, queda quieto, y muere.

—Vamos, Celipín—dice á un chiquillo el matador, hombre nervudo que por todo abrigo viste á más de los zapatos, una camiseta lista y un pantalón de tela azul—Meneale el rabo para que eche más sangre y haya muchas morcillas.

Pero Celipín no está por ello; antes porque chillaba, y ahora porque lo ve tieso y tendido, su miedo continúa, y á la excitación

aquella sólo contesta sonriéndose y meciéndose el cuerpo agarrado al vestido de su madre.

—¿No quieres?—prosiguió aquel afilando sus facas en un eslabón de hierro en forma de punzón.—Pues déjalo. Ya no te doy la vejiga. ¡Eal Agua aquí, que vamos á lavarle el cuerpo al niño, y á ponerle una camisa limpia.

De la caldera puesta al fuego, sácase hirviente olla que se vierte sobre aquel cuerpo ya insensible: la faca sigue al chorro pelando y descostrando, y olla va y olla viene, rascones por aquí y por acullá, en un periquete la negrura ha desaparecido, y la carne se presenta blanca y sonrosada. Echasele aún más agua para arrollar toda peluza, friegasele la piel con un trozo de ladrillo nuevo si no quedó limpio á satisfacción, y se echa un cigarro descansado, en tanto las mujeres arrollan la basura y limpian ligeramente el suelo, salpicando sin querer á los chiquillos que ya andan por medio mirando aquí, tocando allá, revolucionándolo todo y en todas partes estorbando.

Quedó todo limpio y despejado; el mata-

rife tira la colilla y dándole nuevo pasavolante á su cuchillo, corta las patas y en los extremos de ambos perniles abre boquetes entre el tendón y el hueso para los extremos del camal, ya enganchado en la viga; tiran de la cuerda, y el hermoso animal queda colgado á una altura conveniente, produciendo ya su vista deliciosas sensaciones gastronómicas. A seguida un gran tajo á todo lo largo de su vientre, deja ver los seis dedos de carne que de gordo tiene, y el mondongo se precipita á la abertura, rollizo y humeante.

—¡La vejiga!—exclama uno de los chiquillos, apróximándose ganoso de tenerla,

—No es la vejiga, muchacho; quítate de enmedio—dice el cortador—¡Estos diablillos!.....

Da un cariñoso zosqui al más adelatado, y con el fragor y el entusiasmo de un verdadero artista poseído por la inspiración, aquel hombre, desnudos los brazos y cuchillo en mano, corta, desprende, raja con primor y destreza, sacando presto de aquel hermoso vientre un blanco y abultado mondongo, que deposita en la cercana mesa, y del cual aparta, la hiel cuya bolsa se conserva amarrada y

colgada de un clavo para quitar manchas del paño, y la vejiga que ya esperan impacientes los muchachos.

—Ya está aquí ella!—exclama.

Bátela con golpes repetidos sobre la misma mesa, la infla cuanto puede, y estrujándola luego, le hace despedir el aire, produciendo un ruido indecoroso que hace reír con ganas á los chiquillos. No es esta, sin embargo, la diversión que más puede satisfacer á todos, por lo que muy luego, inflada por el más complaciente padre, le amarran un hilo al cuello, y á modo de pelota, se la tiran, se pegan con ella, corren de un lado para otro empujándose y atropellándose, y armando una bulla y una zurrubanda que hace necesario despedirlos á la calle, puesto que aquel día, claro está, no hay amiga ni escuela.

Entre tanto el matarife ha ido sacando de aquella especie de caja de Pandora, la asadura que ya otro pica en una gran cazuela, para almorzar con ella aquella misma mañana; el hígado que, cocido y asado en parrilla y aliñado luego, constituirá un segundo plato, sabroso y succulento; las pellas que mañana ó más tarde serán derretidas por la más aficio-

nada á chicharrones; y teniéndolo con ello limpio y escueto, luciendo sus cubiertas costillas y sus hermosas magras, atraviesa una caña entre ambos los dos bordes del rajado vientre, á fin de que éste abierto, pueda todo orearse.

Ha concluido la primera parte de su faena. No así las mujeres, de las que unas preparan orzas y lebrillos para cuando empiece el destrozo; otras andan alrededor de los anafes, y otras, las más frescas y más saludables, están cuchillo en mano ante la mesa donde se echó el menudo, vaciando las tripas, que han de servir para los diversos embutidos; cortando las gorduras y filamentos del redaño, los cuales van á parar al lebrillo de la sangre, constituyendo con esta y otros despojos, el migajón de morcilla que se adobará luego con las especias necesarias; vaciando y limpiando el manto que, reducido á trozos y en unión de las mollejas, las pezuñas y las tripillas más estrechas, ha de comerse aquella tarde guisado en pepitoria; y en suma, apartándolo y distribuyéndolo todo convenientemente: que nada hay que se deba desperdiciar, y todo incita al aprovechamiento,

brindando cada cosa con un plato distinto y con un gusto diferente.

¡Oh, el héroe de este día!..... Sólo á última hora y no por completo, viene el hombre á reconocer la injusticia con que le trata durante la mayor parte de su vida, teniendo por vocablo torpe su nombre, que no pronuncia sin añadir en seguida un «con perdón sea dicho;» relegándolo al más inmundo rincón de la casa, y manteniéndolo con toda clase de basuras y desperdicios. No es de extrañar. El hombre ha sido, por regla general, ingrato siempre con sus bienhechores, y ha solido tratar peor á quien más debe. Que es feo y tosco, ha dicho de él un célebre naturalista; que es el más bruto de los irracionales; que sus costumbres son groseras y sus gustos asquerosos. Injusticia notoria y crueldad inaudita, tratarle de ese modo. ¿Feo? No; tiene cuando menos la belleza que lo bueno entraña; su tosquedad es falta de educación, como han probado caprichosos artistas de circos ecuestres, presentándonos á algunos que hacían mil habilidades; sus costumbres son las de tantos otros cuadrúpedos, que las reducen á comer y dormir, cuando otros

apetitos no los encienden; y de sus gustos, no hay que decir sino que á él se debe la trufa, esa rica patata de los aristócratas, la cual supo hallar en el seno de la tierra, siendo el primer gastrónomo que saboreó su exquisito gusto y perfumado aroma. No, no denigremos al ser infortunado que da jamón al sibarita y al anémico; tocino á la puchera del menestral y del obrero; salchichas para almorzar al estudiante y al empleado; *sandwichs* á la elegante dama en los días de gira ó de carreras y en las noches de aristocrático baile; cecina al cazador y la viajante, y rica mesa, en suma, y alimento y holgura durante algunos meses, al pobre campesino que se dignó criarlo. No hablemos mal ni tengamos en poco á quien recibir la muerte más cruenta, paga de aquel modo; reuniendo, ya á las doce del día, en torno de una grande mesa, á toda una familia numerosa, con sus parientes más cercanos, con sus vecinos más queridos, con sus amigos predilectos, y en opíparo banquete donde el vino generoso de la tierra, tan puro como barato, corre en prudente abundancia, los obliga con la merced, los mejora con la gratitud, y los divierte con la alegría que

el vino y el manjar apetecido saben producir.

Levantada la mesa, se vuelve por todos cada cual á su faena, y el matarife, ayudado del amo y cualquier otro, da principio al destrozo, separando el tocino que profusamente graneado con sal ha de ir á las orzas; el lomo que se guisará en blanco y en adobo y será el supremo recurso para casos imprevistos ó dias de apuros; los macizos perniles que serán, en tanto se curan ó acecinan el mejor adorno de la humosa chimenea, y luego el más preciado tesoro de la despensa; las magras con que se han de hacer longanizas y chorizos, y todo, en fin, cuando se condimenta de diverso modo ó tiene distinta aplicación.

A estas alturas en que la chacina anda desparramada por aquí y por acullá, tienen ya invadido todo el ámbito de la casa, los aromas de la canela y el orégano que en los almireces se han molido con el clavo y la pimienta, el culantro y el comino, y la sal y los ajos que sazonan la preferida por Góngora cuando está á punto de reventar en la parrilla, á todos los manjares que en áureo plato

pueda comer un regalado principe; la llama-
da por Baltasar de Alcázar

gran señora

digna de veneración;

la sabrosa morcilla, en suma, que ya están haciendo las dos frescas mujeres del menu-
do, llenando del oloroso bodrio con embudi-
llos de lata, las tripas más gruesas, y ama-
rrando sus extremos con guita, por la que
mañana se ensartarán en larga y gruesa caña.

Y luego se harán salchichas y se harán
longanizas, que para todo da el dios de aquel
día; y una ó dos de ellas sobre un trozo de
carne, se mandarán á las cuñadas para que
no digan, á las amigas para que las prueben,
y al médico y á don Fulano y al señor Cura,
para satisfacer las exigencias de una genero-
sidad innata, aumentada por la abundancia.

Y pasa aquel día de trajín extremado á
que se pone término con una gran comida en
la que el vino corre en abundancia y la feli-
cidad y la alegría los inunda á todos, y pasa
también el día siguiente que en quietud y so-
siego le aventaja poco. Pero al tercero, ya
todo concluido, hay que ver á la esposa cómo
contempla su despensa, llena, atestada con

las orzas de tocino en los rincones, las cazuelas de lomo en las alhacenas, las cañas de longanizas y morcillas tendidas á lo largo de las paredes, los jamones guindados del techo, los chicharrones en diversos platos, y la manteca en otras dos orzas pequeñas, que apenas si hay en donde colocar. Su felicidad es completa; tiene para sus hijos y para su marido, todo aquel tesoro; los rigores y hambres del cruento invierno, no llegarán á castigarlos; ¿qué más pudiera desear?

Y bendice á Dios que le dispensa tanta dicha, y recuerda con dulce sentimiento al sér sacrificado que le proporcionó tanta ventura.

Digo, lector benévolo, que el héroe de este artículo mereció en justicia subir con San Antón á los altares, y que la Academia de la Lengua no hará nada de más el día que honre su nombre, hoy despreciativo, disponiendo que sea sinónimo de útil, reparador, benéfico y humanitario.



LA CHANA

I.

Fué memorable en toda la Cava el día en que dió á luz.

Lavaba tranquila, tan oronda y tan fresca, en la pila situada á un extremo del corral de vecinos en que moraba, cuando repentinamente se sintió indispuesta. Advirtió lo que era, y enjugándose brazos y manos en el delantal, dejó el lavado y dijo para sí:

—Mañana acabaré.

Y echó á andar hacia su habitación que

era un cuarto bajo al que embaldosaban ladrillos insurrectos, y dividido en dos porciones por un mísero tabique sin enlucir, que no levantaba más de vara y media. La parte primera que era la mayor, estaba convertida en herrería, con su fragua enfrente, con su yunque enmedio, y sus tenazas, machos y martillos por allí rodando, más algunos útiles de hierro como trévedes, parrillas y herraduras, colgados en la pared. La otra porción situada á mano izquierda de la puerta, era la alcoba, y había en ella un arcón viejo, dos sillas desvencijadas y una cama pobrísima.

—José,—le dijo á su marido, quien con el aprendiz se hallaba ocupado en remendar el ojo á un escardillo—Llama á la comadre, que está aquí eso.

—¡Yal

—Ya, hijo, ya.

José dejó las tenazas, despidió al chiquillo y se aprestó para salir.

—Oye—gritó su mujer desde la alcoba—Sácame del arca la ropilla, por si acaso; que esto se sale solo.

—Mujé.....—replicó aquel hombre conmovido.

Y no hallando palabras que añadir, se apresuró á hacer lo indicado, y salió inmediatamente.

Cuando volvió con una mujer del barrio que se dedicaba á estas faenas de auxiliar de parturientas como pudiera dedicarse á la nigromancia, en la cama de Chana había ya un nuevo ser.

— ¡Miá su mersé! — exclamó al verlo la comadre — No ha venío ar mundo, y ya se las compone por su cuenta. ¡Ay, que alantao ha síol....

— ¿Es macho ó jembra? — preguntó José.

— Ahora veremos la jerramienta que se trae..... ¡Digo! Macho, comfare. Mielo usted aquí; paese un gatito esollao.

Procedió enseguida á verificar las operaciones necesarias, y no bien las había concluido, cuando los lamentos de la madre la pusieron en guardia, produciéndole la natural sorpresa.

— ¿Qué es eso, comare? — preguntó José asomando la cabeza por entre el quicio de la puerta y la grasienta cortinilla que cubría el hueco.

— ¡Qué ha e sé! Que su mujé se los trae

á pares como los frailes. ¡Que está aquí otro!

— ¡Mardecío! —gritó la parturienta refiriéndose á su esposo—¿Aonde vas con ellos? ¿Piensa reuní un apostolao?

Media hora después nació otro chico, para vestir al cual se recurrió á guñapos. José lo recibió con el mismo enternecimiento que al primero, y su alegría hubiera sido inmensa, si el malestar de la madre no hubiese estado tan de manifiesto; pero los gritos desgarradores de esta continuaban, y de la alcobilla á la herrería, el hombre se paseaba preocupado y decidido ya á llamar á un médico. La partera á quien comunicó este propósito, le dijo que ella se bastaba y que con una taza de tila, aquello concluía.

José salió por ella.

Su mujer estaba verdaderamente mal, Aquel cuerpo destrozado y ensangrentado se retorció convulso y dolorido sobre aquel mal colchón de crin, y á veces parecía que la vida iba á escapársele en una de aquellas contracciones. Aun la misma comadre llegó á alarmarse y á no saber qué sucedía; porque todo aquello, antes, bueno estaba ó era natural; ¡pero después!.....

Procedió á un nuevo reconocimiento.

—¡Comare e mi arma!—exclamó—¿Por qué me trae usted aquí engañá?

—¡Ay!..... ¿Engañá?

—¡Digo! Yo he venío pa asistí á una mujé, y me encuentro con una coneja.

—¿Porqué, comare?

—¿Porqué?..... Ya está ahí er compare..... Porqué está aquí otro.

—¡Otro!—exclamó la paciente—¡Vargame la virgen de la O! ¡Joseee!.... ¡Joseee!

—Aquí estoy, ¿Qué quieres, Chaniya e mi arma?

—¡Gran puñalero! ¿Qué has jecho cormigo?... Dí: ¿Te has traío aquí la Inclusa?

Salió al fin el tercero cómo los anteriores, y á este sí que costó fatigas el poderlo arrebuja en ropas. Mas la merced de los vecinos facilitó algo apenas enterados del suceso, y queriendo todos contribuir á remediar la infelicidad extrema en que aquella pobre familia se encontraba, los tres mellizos se hallaron aquella noche mejor vestidos que lo hubiera estado uno si viene al mundo solo. No faltó algo tampoco para la madre, quien obtuvo varias medias libras de chocolate, puñados

de garbanzos, pedazos de tocino, una gallina, y hasta una camisa.

Para colmo de ventura un torero del barrio, y de ellos, es decir, jitano, regresó al siguiente día, de lidiar en varias plazas, y enterado de lo que todo el mundo traía en lenguas, decidió apadrinar á los chiquillos.

Un banderillero de su cuadrilla se presentó en casa de Juan aquella tarde.

—Dios guarde; y la compañía—dijo al matrimonio que estaba una en la cama, y otro arreglando las ropillas de la cuna.

—Venga usted con Dios.

—Pues yo venía e parte e Currito er Chicharo, lo cuar que soy banderillero e su cuadrilla y habemos venío esta mañana de Valencia, ¿ta usted? Sa enterao ar llegá der suseío este, y como tié tan güen corazón, porque lo tiene; porque ej un hombre, en fin, que tiene un corazón de oro; ¿ta usted? Pues se enteró, y en seguía fué y mé dijo, dice: Mira Porrreta: llégate á su casa y le dice que si no hubía compromiso, yo le echo el agua á esos chorreles.

—¡De verdá, parito?

—¡Digo! Mas verdá que esa es lú.

—¡Ay, Porreta e mi arma! Malos men-
gues me tajelen si Curríto er Chícharo no es
er propio Asistente de Sevilla por lo noble
y por lo rumboso. Premita un divé mate
más toros que clavos machaque yo en mi
vía, y gane torrecitas de onzas que lleguen
ar muñeco e la Giralda..... Chanilla ¿has oído?

—Sí, José—contestó la enferma—Dígale
osté á Curríto, señó Porreta, que en querien-
do él no hay compromiso.

—¡Qué ha de habé! Manque viniera er
mesmo duque e Mompensié á apadriná á mis
chorreles, estando po elante Chicharito e mi
arma..... ¡Ay! Se vea jecho Arzobispo, ó Pa-
pa si lo desea. Ahora mesmito voy allá.....

—No, porque no está en su casa ahora
¿ta usted? Salimos de ella, y ar mitá e la calle
oyó á unas mujeres habló del caso, y..... ¡va-
mos! acompasivo el hombre, vá y me dice
al auto lo del agua, y además, toma: y le das
esto. Tres onzas de oro, que aquí las tiene
usted.

—¡Tres onzas de oro!..... ¡Y pa mí!....
Bendito sea la mare que lo parió, y el Dios
quelo ha criaio..... ¡Ay! dejeme usted que le de
un beso; que e justé el hombre más cabá, y er

mejó torero que ha mataobichos en el mundo.

No hubieran tenido fin las demostraciones de alegría y agradecimiento del jitano, si Porreta no las pone término marchándose, después de ofrecerse repetidas veces. ¡Tres onzas de oro! Ni nunca José las había visto, ni soñó jamás con poseerlas.

Y aun cuando sus aspavientos y sus demostraciones de alborozo pudieron hacer temer que la fortuna ó la alegría le hiciesen perder la razón, consta que empleó aquel dinero muy acertadamente, comenzando por arrendar otra habitación más cómoda y decente, y proporcionarse un modesto ajuar.

II.

Blancas las paredes de la alcoba, blanca la colcha de la cama, blanca la chapona de Holanda que cubre sus brazos, y ella morena y desmedrada, ya lo dijo con gráfica expresión, cuando la ataviaron para recibir á los convidados:

—Muy bien: paezco una mosca caía en un plato e leche.

En la cuna, junto á la cama colocada, están cuadrapeados los chiquitines, ó como ella dice, *la camá*, todos tres con sus gorrillos de encaje, sus chaponcitas y sus mantillas blancas, soñolientos y hartos de leche, pues no ha quedado en la Cava mujer criando, que no se halla creído obligada á dar un chuperretón á los mellizos, sobre todo, desde que se supo que Currito el Chícharo los apadrinaba.

Y la que no tenía leche que ofrecer, iba á verlos, á besuquearlos, á tomarlos en brazo y á mecerlos, á dar el parabién á la parida cuya casa parecía un jubileo, y á satisfacer, en fin, la comezón de hablar del suceso, acaecido que ni por encargo para la índole aparatosa, hiperbólica y noveladora de los jitanos.

La noche del bautizo, se despobló la Cava; mejor diría Triana, y aún faltaríame añadir que á la propia Sevilla se extendió la influencia, pues la popularidad del padrino que era una lumbrera en tauromaquia, llevó á la casa no pequeña porción de sus admiradores de todas las clases sociales, y desde luego no faltó ninguno de toda esa cohorte de pará-

sitos que los toreros llevan siempre consigo.

En la sala, no en la sala, en la casa se hace difícil penetrar, cuando cerca de las ocho, llega la madrina, una castellana de la Alameda Vieja, garrida y gentil, alta y hermosa, á la que acompañan un plantel de mujeres de su barrio, todas vistiendo trajes vistosos con perifollos, lazos y cogidos, que no fingen, ocultan encantos á granel. Detrás de la madrina entra el padrino, mozo de rumbo, culoncete y nutrido, que luce sobre el chaleco una cadena de oro de seis libras de peso, y en la pechera tres brillantes como soles, y en ambas las manos sortijas costosísimas. El, y su cuadrilla y sus amigos de café que llegan juntos, visten de corto, botinas de charol y sombrero de ala ancha. El antiguo de queso, llevóselo á la tumba señor Manuel Dominguez.

Ellas y ellos son recibidos en palmitas, por el padre de las criatnras que el pobre anda hecho una jalea de puro tierno y mantecoso, por los demás vecinos del corral que se han ataviado lo mejor que han podido, y por aquel vivero de jitanas, frescas y bellas unas, amojamadas otras, todas emperegiladas, con

airosos peinados de chongo y caracolillos, con sus vestidos de percal, planchados y lucientes, de colores vivos los de las jóvenes, con sus pañolillos de Manila al cuello, sus collares ó sus cruces con cintillo sobre los escotes, y sus arracadas más ó menos ricas, en las orejas.

Allí están las de la Fábrica, las buñoleras de ferias y veladas, las del eterno lio de ropas con las que hacen cambalaches y ventas, las canastilleras, las que van al campo, las que dicen la buena ventura y *afanan* lo que cae, y las que jamás salieron de la Cava, donde viven y mueren sustraídas en cuanto es posible á toda influencia civilizadora. Su catadura es diversa; su aspecto diferente; no puede confundirse á la hermosa carnicera de terso cutis y cuidadas manos, con la infeliz esportillera, quemada y huesarruda, ni la faz libidinosa de la cigarrera, con la casta sencillez que otros rostros revelan. Pero en todas se ve el sello de raza, en todas se ve fulgor embriagador en la mirada, movimientos del cuerpo que tienen algo de felinos, ocurrencias donosísimas en la conversación, tendencia irresistible al término comparativo, inclina-

ción nativa á la hipérbole, propensión al epigrama que sueltan, que clavan en una sola frase, gusto por las fiestas del hogar, predilección por los colores vivos, por los dijes, por lo que luce y brilla, y un espíritu de fraternidad, común también á ellos, que los hace amigos, que hace de todos una sola familia.

Cuando los padrinos llegan á la sala, alumbrada por grandes belones de Lucena, se interrumpe la conversación, se abre paso hasta la alcoba, y hay su involuntario tacto de codos y sus miradas de inspección á las *gachis*, miradas de celos, de desvío, de resentimientos por agravios de raza, las cuales se hacen más intensas y significadas cuando paran en ella, en la madrina, cuyos méritos é imperfecciones físicas se escudriñan, para aquilatar si merece privarlas de un hombre de su raza.

En la alcoba se permanece poco tiempo: el preciso tan sólo para saludar á la parida y recoger los crios, hecho lo cual, todo el que lo quiere emprende el camino de la Iglesia, adonde van muchos constituyendo larga comitiva cuya animada cháchara va haciendo asomar á puertas y ventanas á desocupados y curiosos, de entre los que suele salir algún

rapaz que en cuatro brincos se incorpora al pelotón que forman los demás del barrio, pelotón danzante y bullanguero que andando, cual los perros, tres veces el camino, ya marcha á la vanguardia, ya forma en el flanco, y en el flanco y en la vanguardia se relame de gusto pensando en la *coca* que á la vuelta recogerá, y á la oreja del compinche más cercano ensaya en baja voz las excitaciones y dicterios que dirigirá al padrino si no es pródigo de ella.

De estos entran pocos en la iglesia; la impaciencia los consume, y á llevar un zosquin del sacristán por no guardar la debida compostura, prefieren esperar en el porche jugando al dale, al toro y á piola, en tanto por adentro permanece la comitiva, que ha invadido ya la sacristía y rodeado los que primero entraron una hermosa y secular mesa de piedra de Estepa, sobre la que el largo y apergaminado sacristán, de flébiles ojos y nariz puntiaguda cuyo color amoratado pregona sus aficiones báquicas, extiende las partidas bautismales. Arroja el padrino tres sonoros duros sobre la mesa al recoger la papeleta en que van escritos los nombres que han de

recibir los chicos con el agua del bautismo, y que son, Francisco de Paula, Sebastián y Milagros, y se pasa al templo donde ya el sacerdote y los acólitos esperan, convenientemente aparejados.

Las ceremonias del primero de los santos sacramentos se verifican sin que cosa ocurra digna de contarse, pues no vale la pena consignar la excitación de una al oficiante cuando aplicaba la sal de la sabiduría á los labios de una de las criaturas, encareciéndole que la prodigase, en estos términos:

—Eche usted, pare, eche usted, que la sá está barata, y si no salen los indinos más repatosos.....

Ni tampoco la interrupción de aquella otra que, habiendo oído decir *volo* al monaguillo cuando se apercibían á los dos niños para recibir el agua, al tocarle á la niña y oír *volo* también, repuso:

—No, hijo, *bola*; que esa es jembra.

Los primeros en acometer al padrino apenas el cura se ha despojado de la capa pluvial y él ha soltado á sus ahijados en manos de las viejas que los han traído arrebujaos en sus mantones, son los monaguillos, que como

bandujo de zamayas, le rodean y todos á una.

—Padrino, padrinito—claman con tono suplicante.—Alguna cosita, padrino; lo que usted quiera..... Un bautizo como este..... Y un padrino como este..... Padrino, alguna cosita.

Con dos pesetas por barba se osea Chicharito aquellas moscas, y poco después sale á la calle donde le recibe una estruendosa vocería entre cuyo rumor confuso se perciben estas palabras.

—¡Echalo! ¡Echalo! Aquí; padrino ruin. Echalo, miá que te lo digo.

Chicharito ordena á Porreta que verifique lo que le tiene dicho, y éste saca un puñado de un pesado saquillo que en las manos lleva, y lo arroja á aquella turba de energúmenos que como por ensalmo acallan sus furoros en cuanto el cobre suena sobre los ladrillos, y frenéticos se echan al suelo, y á gatas bullen y rebullen con manos diligentes, puñada presta y ojo de lince, tratando de sacar lo más posible de aquella rebatiña, en la que un pisotón, un arañazo, una patada, no son causa para distraerse un punto. El que ha-

lló más y el que cogió menos son los primeros en levantarse y correr presurosos tras de la comitiva, hasta adelantársele y esperarla apostados cerca de una farola, ante una tienda, en un zaguán ó en cualquier otro sitio juzgado apropiado, para fustigar otra vez al verbo de ella, con las voces de

—Echalo aquí, padrino ruin. Echalo aquí, aquí..... ¡e-cha-lo! ¡e-cha-lo! ¡e-cha-lo!

Y otra vez Porreta vuelve á echarles un par de puñados de calderilla, y otra vez se describan por coger de las monedas arrojadas, para salir corriendo de seguida presurosamente y volver á pedir más adelante con mayor insistencia. Al final están roncós, caldeados, sudorosos; unos tienen las manos magulladas, otros más rasgadas que antes las camisetillas, quien perdió la gorra en la rebujina, quien lleva un ojo hinchado de un codazo, y casi todos han salido con un recuerdo de este ó del otro género, como soldados valerosos que tornan de campaña. Pero en cambio ¡cuán rico botín! Hay cuatro, seis, ocho, hasta diez y más *perros*; lo suficiente para mercar..... antes que nada, tabaco; un granujilla debe empezar cuando está en fon-

dos, por comprar un paquete: que bueno que se fumen chicotes y colillas cuando se está á dos velas; pero en habiendo *guita*..... Con lo que aún queda hay sobrado para jugar á las chapas ó echar un cané en Puerto Camarone-ro. Luego, con lo que se gane ¡está claro! se comprará una navaja que llevar á la cintura. Y con su cigarrillo en la boca y su navaja en la cintura ¡vengan ratas! que ni el Cid de Valencia puja al más enteco y lambrijón de aquellos héroes, negrucios y atufados.

III

No ha concluido el padrino de dar *coca*, cuando de retorno en la casa de sus nuevos compadres, se ve libre de la turba callejera. En la misma casa, en la sala de la parida á la que ha devuelto ya, con la madrina, los tres crios que se llevaron moros y han traído cristianos, se ve acometido por los primitos de los bautizados, por los hijos de los vecinos, por los chicos de la casa de

junto y los de la de enfrente, por casi toda la patulea, en fin, del contorno que por educación ó por prohibírselo su sexo, no formó en la pandilla turbulenta que llegó á marearle con sus voces.

Despáchalos á todos repartiéndoles monedas de cobre con las que se retiran satisfechos, unos á sus casas, otros á los regazos de sus madres, y á las diez, cuando la primera guitarra suena medrosa en un rincón del patio, sólo quedan en la sala y en el espacioso corredor que limita un costado del patio, personas mayores, jóvenes muchas, las más en buena edad, todas animadas y poseidas de fraternal contento, pronto aumentado por el manzanilla que empieza á circular en cañas á porrillo, juntamente con bandejas de bizcochos y otros dulces, de los que por todos se consume.

Templadas sus cuerdas, la guitarra dejó el rinconcillo en que lanzó á los aires sus primeras notas, y poética y alegre ya está en el principal testero de la sala, dejando escuchar un precioso jaleo que hace bullir precipitadamente la sangre de las hermosas jitanillas, y formar corro junto al tocador, y castañear

los dedos, y batir palmas, y mutuamente excitarse á cantar las unas á las otras, y prelu-
diar la danza. Lanzose la primera copla ento-
nada por una voz fresca y argentina, copla
sentida, apasionada, síntesis de una hermosa
poesía, expresión vigorosa de un arraigado
sentimiento, como las más de las coplas po-
pulares andaluzas, como todas las que cantan
los jitanos.

*Manantial que no se agota,
planta que nunca se seca,
lucecita que no muere.....
ese es mi querer por ella.*

Un curro cualquiera salta al medio del
ruedo; invita á una de las muchachas, que
acepta al punto de buen grado, y, airosa,
gentil y diligente, con el pañuelo amarra-
do á la cintura, cogidos unos pliegues del
holgado vestido de percal en ambas las ca-
deras, al aire los torneados brazos, sobre la
espalda el pelo primorosamente trenzado, la
cabeza ligeramente inclinada, y la faz anima-
da por una graciosísima sonrisa y una mirada
rebosante de voluptuosidad y cariño, la bai-
ladora ofrece un tipo encantador, fuente de



donaire, tesoro de gracias y cúmulo de perfecciones.

—¡Ole, rosita temprana! ¡viva ella! ¡Vamos á quererla!—exclaman aquí y allá los circunstantes.—Venga de ahí, sar molía.

*Echame niña bonita
lágrimas en un pañuelo,
yo las llevaré á Sevilla,
que las engarce un platero.*

Vibran melodiosas las notas de la copla al compás de las múltiples que exhala la guitarra y en armonía con un candencioso y nutrido palmoteo, á cuyos acordes la pareja se retuerce poniendo en juego todas las articulaciones de su cuerpo, taconeando acompasadamente sobre el pavimento, ondulando los brazos en mil giros diversos, acercándose cariñosa como decidida á ofrecerse venturas no soñadas, y retirándose de súbito como ruborizada por haber dejado sorprender ocultos pensamientos; lanzándose frenética á los desordenados movimientos que el placer provoca, ó adormeciéndose gazmoña en la posesión de una ventura realizada; expresando en fin, por medio de giros, evoluciones, conto-

neos, avances y retrocesos, subidas y bajadas de brazos, cimbreos de cinturas y movimientos de cabeza, poemas amorosos en que palpitan celos, deseos, placer, angustia, desvío, ansias, cólera, dicha, cuantos sentimientos agitan nuestra alma, todo lo expresa á maravilla este sencillo baile que ya exige el acompañamiento bullicioso de las palmas, la copla y aun las exclamaciones con que se animan y se excitan, como requiere un silencio sólo interrumpido por unas desmayadas notas de la guitarra, y por el seco resonar de los dedos de la bailadora. Es este su periodo de mayor encanto. Más dulces y suaves los movimientos, más silencioso el recinto, todo respira languidez, incertidumbre, poesía. Poco á poco el radio de acción se va ensanchando, las curvas son más pronunciadas, el taconeo más fuerte, más vivo el movimiento, más apresurados los compases, hasta que de pronto dan los bailadores rápida vuelta, suenan á un tiempo ambos tacones, vuelven las palmas á sonar, truécase en rasgueo el puntear de la guitarra, viene otra copla al punto, se oyen exclamaciones entusiastas, y vuelta á comenzar con nuevas mudanzas,

con diversos giros, con posturas diferentes, plásticas, voluptuosas y arrobadoras más que antes.

En los momentos de descanso y aun sin interrumpirse el baile, el vino continua repartiéndose sin cesar: que ya se sabe que está allí para gastarlo todo, y es un medio sin igual para acercarse á la morena de hechicero rostro que ha gustado, para trabar plática con ella, y aún *pedirle la conversación*, si se está en condiciones y tales sentimientos inspiró.

José está loco de alegría y de felicidad. A la madrina y á las otras castellanas las tiene sobre las niñas de sus ojos, y después de obsequiarlas de lo lindo, no ha quedado gracia ni encanto real ó imaginado en aquellas garridas mozas de rompe y rasga, que él no haya puesto ya cien veces en el cuerno de la luna. ¡Mare e mi arma la que bailó el jaleo! Aquella gachí era la mismísima virgen del Carmen que se había salío e su capillita aquella noche, tan solo pa matá de gusto á la mitá e Triana. ¿Y la que tocaba la guitarra? ¿Y la que bailó un tango? ¡Un divé le farte y su Chana lo orbie por un moro, si él ha visto

nunca mosas más junciales, mañosas y de rumbo, que aquellos ramitos de nardos y claveles que habían honrao su casa.

Pero todavía aquel tan grande honor fué poco, todavía aquella honra fué bastante efímera, comparada con la que poco después se le coló de rondón por las puertas de la sala, y ante la cual quedó confuso, turulato, estático; fué la primera vez que á él le faltó facundia y expresión para corresponder con creces á lo que de su voluntad y buenos deseos se podía exigir.

Y era que aquel diablo de Chicharito, relacionado cual lo estaba con todo lo mejor de la ciudad, había merecido el honor de que quisiera presenciar la fiesta en que papel tan importante él desempeñaba; de que á las once de la noche se hubiera decidido á ir hasta allá, nada menos que don Marcelino, el popular y prestigioso y apreciado don Marcelino, político famoso, diputado á Cortes, encopetado personaje que entre sus innúmeras virtudes tenía la muy preciada de ser entusiasta por los toros, y amigo de las fiestas, y aficionado al vino, y partidario de las *juergas*, y perito de lo que eran unas jaberas bien canta-

das, un polo, un martinete, unas malagueñas, unas *siguirillas* jitanas, un punto, en fin, de calidad, distinguiendo el flamenquismo de lo andaluz neto, aunque gustando de ambas especies.

Astros en tauromaquia y en política, ninguno aparece sino rodeado por sus satélites; y como á Chicharito circundaban aquellos taurófilos, chulillos, banderilleros, picadores y arrastra-panzas, á don Marcelino le rodeaban varios de esos parásitos que á cuenta de adulaciones y servicios recogen los favores que puede dispensar un hombre de mediano viso en la política, como el gobernador á quien nombra cuando mandan los suyos, el diputado provincial á quien votaron sus amigos en la última elección, el director del periódico de su partido en la localidad, el concejal y el empleado en ciernes, el que organiza comités y procesa ayuntamientos adversarios, todos los cuales adoran en don Marcelino, y tienen por célicos sus devaneos, y sus diversiones por augustas, y sus gustos por gustos de los dioses.

El revuelo que se armó en la sala al entrar el diputado y su cohorte, fué completo,

Interrumpióse el baile, cesaron las palmas, calló la guitarra, todo el mundo se puso de pié, y apenas Chicharito lo indicó después de saludar á los recién llegados con dejos de respetuosa confianza, se les ofrecieron más sillas de las que necesitaban, colocadas en el mejor sitio. José fué presentado al representante de la nación, que peripuesto y grave, había avanzado hasta la mitad de la sala, con el acompasado porte de

el animal que á Europa fué tan caro
como llamó al buey uno de los hermanos Argensola.

—Pare—le dijo Chicharito—Aquí tié usted que ha venío á honrar su casa, el señor don Marcelino de Amoscótegui, y la compañía; tos estos señores.

José no se enteró del apellido, mal pronunciado por el matador de toros; no oyó más que «don Marcelino» á quien no conocía ni había oído mentar en su vida. Pero no obstante, le bastó verle, ver la compañía que llevaba y oír el tono solemne con que el torero dijo «don Marcelino» para comprender que se trataba de un alto personaje, principalísimo y egregio punto menos que el rey

de España, y por de contado más poderoso que el arzobispo de Sevilla.

—Sevir á usía, señor—replicó—Na vargo ni na soy; pero..... pué usía mandar.

Por los circunstantes fué corriendo en voz baja el nombre de don Marcelino como enigma con solución al pié, que á nadie embargaba el ánimo, forzándole á meterse en averiguaciones; porque en resumen, don Marcelino era un encopetado señorón, amigo de Chicharito, y aficionado de las fiestas jitanas; no había más que saber para estimarse muy honrados con su presencia, y considerar un deber el complacerle y agradarle.

Circuló pues el vino en mayor abundancia que antes, tornose á cantar y bailar redoblando la bulla de las palmas, ya que la animación no era posible redoblarla por estar en su punto más álgido, y teniendose por justificado todo exceso con la hora avanzada que ya era, el mucho vino que se había embuchado y el deseo de satisfacer á los nuevos y coruscantes huéspedes, el jaleo y el tango y el fandango, bailes todos ellos de grandísima expresión y apropósito más que otro ninguno para aventurarse en el goce de cuantos

placeres puede proporcionar la danza, hicieron que la fiesta adquiriese todo el anacreónico relieve de que es susceptible. Ya las mujeres prescindían de los hombres, en los que es necesario mucho garbo y arte y tener buena figura para no resultar ridículo en este baile de contorsiones, cimbreos, mímica especial y airosos movimientos y posturas, y ellas solas se adelantaban á la mitad del ruedo, bailando unas con otras, á porfía, á ver quién vencía á quién en donaire, gracia y gentileza; ya las coplas no cesaban un punto, pugnando también las cantadoras por sobresalir en dulzura de voz y entonación, en que la letra fuese más intencionada y expresiva que la de la cantada anteriormente; ya todas, en fin, animadas del espíritu servil que las distingue y poseídas del contagio que la alegría como la tristeza ejerce, se hallaban enfrascadas en la agradable empresa para ellas, de demostrar á don Marcelino y su compañía, todos los encantos de una de sus típicas fiestas, que la flamencomanía les ha adulterado, haciendo charro, soez y chavacano, lo que es gracioso, delicado, honesto y placentero.

Entretanto, el padre feliz de aquellos tres

mortales que de algazara tanta y dicha tan completa eran motivo, había corrido junto al lecho de su Chana, y poseído de júbilo sin par le había notificado lo que ya Chana sabía: que había llegado con otros cinco señores, don Marcelino, un archipámpano, un Preste Juan de las Indias, de los que mandan por allá y manejan como palillo de barquillero á los mandones de por acá, pobretes que gastan más fantesía que don Rodrigo en la horca, cuando tienen un don Marcelino que los reduce á la nada más pronto que la vista.

—¿Qué piensas tú de esto, Chanilla e mi arma?

—Que sería una fortuna que ese señó nos orviara antes de pasá er puente.

—En lo que se pué, tratándosele está á cuerpo e rey.

—Sí; pero...., Me se ocurre una cosa.

—¿Qué, mi arma?

—Na. Arcanzame la ropa.

—¿La ropa, chiquilla?..... ¿Y pa qué?

—Anda, esaborío; ya lo verás.

Poco después, la Chana, aquella hermosa primeriza, mujer de unos veinte y tres años, alta, garrida, de un encendido color moreno

un tanto quebrado por las huellas de los recientes dolores; de unos ojos negros, grandes, muy rasgados y circundados de larguísimas pestañas; de una boca pequeña adornada por finísima dentadura; de una barba redonda agraciada por un hoyito delicioso, partes todas de un rostro encantador al que da todavía mayor belleza un pequeño lunar en la mejilla izquierda, se presentó en medio de la sala, luciendo su esbelto talle bajo los pliegues de un rico pañuelo de Manila, sujeta su gran mata de cabello negro con una peineta, cubriendo los demás encantos de su cuerpo con una ceñida bata de color de rosa, y calzando unos finos zapatos de becerro blanco, que dejaban lucir unas medias granate.

El efecto que produjo su presencia fué sorprendente. Como á la entrada de don Marcelino se interrumpió el baile, y su nombre, pronunciado con sorpresa y gusto, salió al mismo tiempo de cien bocas. Hombres y mujeres la admiraron; hombres y mujeres contemplaron su belleza en la que apenas si habían podido causar menoscabo ninguno ni el penoso embarazo ni el parto cruelísimo, y

hombres y mujeres reconocieron en ella, á la famosa Chana, la mujer más bonita del arrabal trianero, la perla de la Cava, la diosa Venus de la jitanería.

Y si impresión grande produjo su inesperada aparición en quienes tantas veces antes la habían visto, mayor aún fué la que causó en quienes entonces la veían por vez primera, en don Marcelino, por ejemplo, que admirado y prendado de su sin par belleza, no pudo menos de exclamar:

—¡Qué mujer más hermosa!

—¡Comare e mi arma!—exclamó Chicharito saliéndole al encuentro—Dios se lo pagué asté.

—¿Qué, señó?.....

—Pos el habé completao la fiesta, porque era osté lo uniquito que fataba?

—¿De verdá?..... Vaya; pos que sea completa.

—¡Ole mi comare! ¿Va osté á sentarse aquí? Sí; ande osté..... Echa vino, muchacho. Escansaremos un poco.

Chana tomó asiento junto á la madrina, y muy próxima á los acompañantes de don Marcelino.

—¿La dueña de la casa?—dijo este al torero.

—Serviora.

—La felicito á usted por el feliz y fecundo parto que ha tenido.

—Gracias, señorito.

—Tres pa jaser bosa.—dijo Chicharito.—
¿Ha visto osté, don Marcelino?

—Ya veo, ya, que es una habilidad que pocas tienen.

—No crea osté, señorito. Er milagro lo ha jecho mi marío, que debe está conchabao con la empresa e consumo, cuando tanto mira por ella.

—¡Ja..... ja! Si así fuera, la esperaba á osté buena.

—¡Digo! Toas como esta que me ha traío la dicha de conocerlo á osté, y de ver en mi casa á tan prencipales señores como los presente, que Dios guarde.

—Estimando, prenda.

—Nosotros hemos tenido mucho gusto en conocer á la mujer más hermosa de Triana.

—Por ahora, y estimando er piropo. Mañana..... tar vé le pese á osté.

—¿Por qué, señora?

—¡Digo! Porque las jitanas semos mu tabardillo. Er día menos pensao le pio yo á osté que sea mi parino.....

—¿No está usted confirmada?

—Y pasá po er registro. Quió decí que er día menos pensao le hace á una farta un güen empeño, y si una cuenta más ó menos con una presona e calía, pues ¿que más quiere?

—Usted puede contar conmigo desde ahora.

—Ya sabe osté, comare—dijo el torero—que don Marcelino es un amigo de mistó. Ecí: que en diciendo amigo, amigo.

—¿No hay bulería, eh?

—¡Quiá!

—Pues vaya una caña por los cabayeros de mistó.

—Bien pensao, comare ¡Venga acá esa batea! Vaya señores, y siga la fiesta. ¿Usted, comare, no se va á cantá alguna cosita?

—Hombre yo..... ¿qué quíé osté que cante esta noche?

—A ve si es verdá lo que me han dicho: Que se cata osté unas siguirillas como el mesmo cielo.

—Como el mismo cielo.

—Na; que es mesté que la escuche á osté don Marcelino.

—¡Uy! ¿Sabe osté, compare, si él tendrá pacencia?

—Y deseo de oirla,—añadió el diputado.

—¿Sí? Pues andando, que pa luego es tarde.

Agruparonse muchos en derredor de Chana y el tocador á quien se colocó junto; otros continuaron donde estaban formando grupos ó parejas que hablaban en voz baja, y en medio de un silencio casi general, la guitarra dió al aire las notas de la seguidilla jítana, que es la completa antítesis de la seguidilla andaluza ó de la sevillana, como se la llama comunmente. Es ésta alegre, retozona, bullanguera; requiere á más de la guitarra, las estruendosas castañuelas, y sus compases y sus notas regocijan el ánimo y sumergen el alma en un placer dulce y honesto.

La seguidilla jítana por el contrario, es melancólica, elegiaca, toca las fibras más sensibles de nuestro corazón, evoca nuestros más tristes recuerdos, habla á nuestra alma con el más tierno y delicado afecto, y cuantos

sentimientos de bondad y dulzura somos capaces de sentir, todos los despierta y los excita saturando nuestra alma de una arrobadora poesía que apasiona y embriaga de puro y sentimental deleite.

*¡....., Ay!
Al hospital me voy;
por Dios compañera,
que no me dejes solito un instante;
quió morí á tu vera.*

Desde la primer nota, desde aquel ¡ay! desgarrador que tanto parece, al hendir el espacio gemido de dolor como grito de gozo producido por el término repetino de una pena inmensa, y que poco á poco va acentuando su luctuoso tono hasta ser el eco de un hondo lamento, la voz hermosa, dulce, clara y suave de la Chana se apoderó de la atención y aún del ánimo del auditorio, haciéndole sentir la pasión entrañable de aquel enamorado moribundo que al ir al hospital adonde lo impulsa su pobreza extrema, su orfandad horrible y su carencia de parientes ó de amigos que pudieran prestarle un lecho en que morir, pide, suplica por Dios á su

compañera, á la amada de su corazón, que no lo deje solo ni un instante, porque en él pudiera escapársele la vida, y él desea y anhela como único goce de que ya puede disfrutar en este mundo, como único remedio para no morir desesperado maldiciendo de su negra suerte,

morir á su vera;

esto es, verla cuando sus ojos vayan á cerrarse para siempre, espirar en la dulce confianza de que ella recogerá amorosa su último suspiro, de que ella cerrará sus parpados, de que acaso dé un beso sobre su helada frente, y mañana regará su tumba con lágrimas de sus hermosos ojos. Todo el sentimiento, todo el tierno afecto, toda la poesía que la copla encierra, lo expresó Chana á maravilla modulando y exhalando con arte sin igual las notas hermosísimas y la singular y encantadora melodía de este sintético poema musical, de poderoso y fascinador encanto, que es hoy y será por mucho tiempo uno de los más estimables tesoros legendarios de la raza gitana.

Y flota en los aires y llena el espacio todavía el sonoro ritmo de aquellas notas cu-

ya sucesión forma gradaciones bellísimas que la imaginación repite cual si verificara esfuerzos por grabarlas en nuestra memoria, y otra vez vuelve la cantadora, interrumpiendo el concierto de exclamaciones, aplausos y requiebros con que todos le demuestran su satisfacción, á entonar una segunda copla.

Penas tié mi mare

penas tengo yo.

*Y tanto yo siento las penitas de ella,
que las mías no.*

¿Quien no aliviaría las penas de la mujer esa, cuando por sentir ella las de su madre amada, cuando por tomar generosa tanta parte en las que afligen á la que le dió el ser, su corazón traspasado no siente las propias, quizá porque éstas nada son comparadas con las que aquellas le producen, quizás porque la materna aflicción la dejó insensible para toda otra?... Siéntese irresistible simpatía por aquel ente imaginario de la copla, á quien animan tan nobles sentimientos; la contemplación de ellos despierta los que en nuestra alma radican, y de aquí el goce y el encanto y el placer suave que en el ánimo produce es-

te cantar, siendo no obstante de vaciarse en los moldes del dolor, inagotable fuente de alegría.

La que supo excitar la Chana con las trascritas y otras coplas que después cantó, fué extremada. El auditorio parecía encantado, y las demostraciones de júbilo que al terminar le hacian, eran estruendosas y entusiasmadas por parte de todos, y manifiestas y evidentes, aunque harto morigeradas, por parte de don Marcelino, quien mirandola con interés desde un principio, había acabado por mirarla extasiado, contemplarla con arrobo, y no apartar los ojos de ella un solo instante. La Chana estaba satisfecha; la Chana irradiaba alegría, porque había conseguido lo que se propuso: agradar á don Marcelino.

Pasaron las horas, y fué necesario levantar el campo. El diputado y su cohorte dejaron sus asientos, y Chana, su marido y el padrino salieron para desperdirlos hasta la puerta de la calle. Al atravesar el patio, uno del séquito vertió disimuladamente en el oído de Chana, estas palabras:

—Tengo que hablarte, hermosa.

La picadura de un aspid no hubiera pro-

ducido en la hermosa jitana tan cruel impresión como aquella brutal demanda. No obstante, con la prontitud y la viveza peculiares de su imaginación, decidió acceder á oírle, más temerosa de haber sido asaltada por un mal pensamiento que poseída de curiosidad por lo que pudiera decirle; y bañándole con una mirada de desafío, que el otro recogió cínico y desvergonzado, le señaló la obscuridad del extenso patio del corral.

Marcháronse los otros, y al volver á la sala, alegando Chana un natural pretexto, fué en busca del que deseaba hablarle, y le hizo señas de que le siguiera hasta la puerta de la calle: que no sabía por qué, barruntaba ella que había de despedirle de mal temple.

—¿Qué se le ofrecía á osté?

—Lo que menos puedes tú imaginarte, Chana. Es decir, me figuro yo que tú no habrás pensado nunca en que te toque la lotería sin echar.

—Yo, no.

—Pues eso es lo que tengo que decirte; que tienes la fortuna en tu casa, y que no te falta sino agacharte y recogerla para ser feliz: que has encontrado..... en fin, lo que me-

recen esos ojos hermosos, y esa cara de cielo y ese palmito retrechero.

—Vaya, señó, osté viene equivocao.

—¡Comol! ¿Pero te figuras que te estoy haciendo el amor?..... Nada de eso. Si es mejor todavía para tí. ¿No te digo.....?

—¿Acabará osté de romper?

—Pues nada; que mañana ó pasado, cuando quieras; por al medio día ó por la noche, cuando se te antoje, vayas á casa de don Marcelino.

—¡Miá que.....! Se vea osté futrao y el agua lejo! ¡So mar gaché! Mala tajá é tosino lo ajogue. ¿Sa creío osté que está dando con mujere de su ralea? Váyase osté de aquí, y un divé premita que muera osté picao e la tarántula.

—Es que.....

—¡Jopo de aquí!

—¿Tú sabes lo que don Marcelino.....?

—Me jago yo siete pares en don Marcelino y en osté, so tío cara e pringue. ¿Cuanto le valen esas medias azules, á usía el arcagüete?..... Jarre allá, mal fin tenga. ¡Er demonio é los chulapillos engomaos.....!

No habrá que decir que el oficioso amigo

había echado á correr antes de que este charrón de improprios hubiera terminado, y que la mitad de él fué un desahogo que la jítana dió á la justa indignación que sentía. Calló al fin su lengua, y con las mejillas despidiendo fuego, un tanto mohina y bastante colérica, tornó á entrar en la sala, donde todo el mundo se aprestaba ya para marcharse. Chana disimuló, despidió con la amabilidad que le fué posible á los convidados, ratificó la expresión más sincera de su agradecimiento á Chicharito, besó á la madrina con afán cariñoso, y cuando todos salieron acompañados de José que quiso despedir al compadre en la puerta, ella quedó sola en la sala.

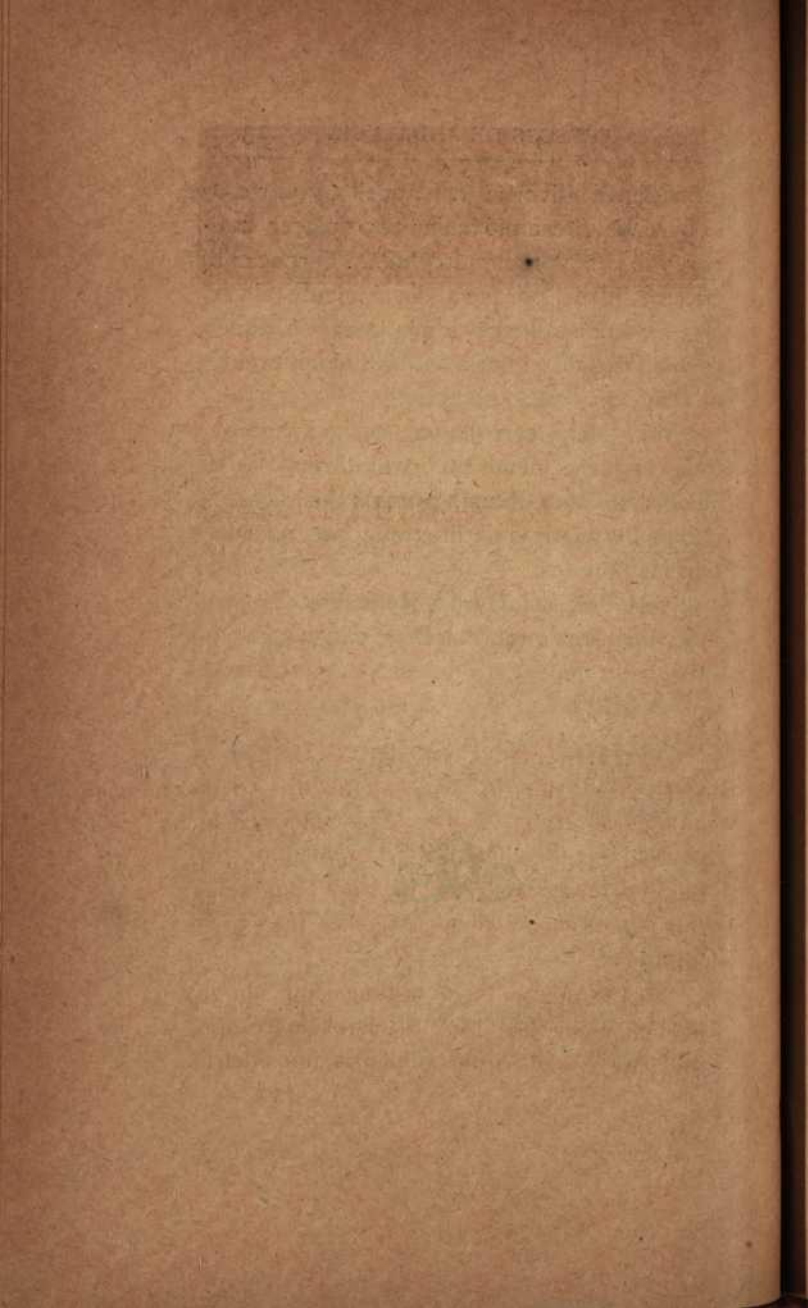
Echase arrebuja en el mantón sobre una silla, y consideró..... consideró cuán loco fué su devaneo al pensar que un *gachó* podía ser bueno, y apreciar en todo su valer el puro afecto que procuró inspirarle, y corresponder á este desinteresado sentimiento con la protección que el poderoso debe tener á gala dispensar al pobre. Se había equivocado. El señorón aquel, como todo el que sale de su esfera, buscaba la satisfacción de un apetito y obraba á impulsos de un egoismo

refinado; se divertía con aquello, y por eso lo buscaba; presumió hallar otro placer mayor, y lo había procurado ¡Puf!..... Porque ella era una infeliz; porque al día siguiente tal vez no tendría pan que llevar á la boca de aquellos pedazos de su corazón, la habían creído mercancía.

José volvió, cerró la puerta, se apagaron todas las luces menos una, y al dirigirse á la alcoba, exclamó Chana, puestos los ojos en uno de los cuadros de litografía que adornaban las paredes:

—Madrecita mia e los Remedios. Si por infelí piensan de mí..... tres de ca ve; que yo sabré valerme.







LA RABONA

I.

Mientras sonaba la media de las ocho en el reloj del Cabildo, la plazoletilla en que la escuela estaba, era teatro de las afanosas luchas en que los chiquillos se engolfaban tratando de ganarse las chucherías ó bagatelas que constituían el aliciente de sus juegos de interés.

Era el tiempo de los botones: que la inconstancia infantil trae sus juegos de trompo, alfileres, botones, romo y billarda, unos detrás

de otros y en época determinada, como viene la fruta. Era el tiempo de los botones, y en todo lo largo del paredón de la escuela se jugaba en partidas de dos y de cuatro, al palmo y al hoyuelo, con la sed y premura consiguientes al deseo de echar muchas manos antes de que el señor maestro llegase con los igualados. La algazara que todos promovían era peculiar. Aquí dos disputan á grito pelado si el palmo cae ó no cae; allí otros riñen por si se dijo ó no se dijo que valía topete, y por tanto, si es ó no válido lo que uno acaba de ganar; más allá otros se hallan á punto de venir á las manos, por si del ochavo sobre cuyo valor uno jugaba, debe á otro cuatro ó cinco tantos; y en la punta de allá que es donde mayor era el silencio por ser más grande el interés de la partida, sucede que de pronto se arma una sarracina de dos mil demonios, y hay votos, apóstrofes, motes, puñadas y amagos de motín.

Fué que un granujote de allá de los Barreros, *la Sirga*, cayendo de improviso sobre el hoyuelo en el momento en que mayor era la apuesta á mano, echó el guante y los dejó á todos burlados, marchándose tan fresco

con el fruto de su rapiña, sin darsele una higa de que los robados le mentasen la madre á voz en grito.

—¿Y así te vas á ir, hijo de la gran tal? —exclamó uno— Vas á ver ahora.

Y presuroso y decidido echó mano á una peladilla que vió cerca, con ella le tiró á *la Sirga*, y tuvo el tino de darle en una pierna.

¡Para cuando son los rayos!

La Sirga se volvió furioso, cogió tres ó cuatro piedras de las que primero hubo á manos, y tiró diligente al montón de escolares que, buscando refugio en los quicios de las puertas cercanas, se diseminó como camada de perdigoncillos husmeada por gozquejo.

Las dos primeras piedras no toparon con blanco; pero la tercera vino á dar en la frente de un pobrete ageno á la contienda, abriéndole una brecha de la que empezó á manar sangre en abundancia. Los gritos del achocado dieron por vengada la ofensa en el ánimo del granuja ladrón, y temeroso de la aparición de los municipales ó de la de un padre ó un hermano de la víctima, dió un par de zapatetas, lanzó sutil esputo por la juntura

de los incisivos, y echó á trotar volviendo la cara con frecuencia.

Entretanto el herido seguía echado en el suelo, restañándose torpemente la sangre con el pañuelo, lloriqueando y llamando á su mamaita, y sin atender á una mujer que solícita se le había acercado y le ofrecía sus auxilios. La tropa estudiantil salió de sus refugios, y todos airados, descontentos y abochornados, se fueron acercando al compañero que tan caramamente había pagado el pato.

Verle ensangrentado les aumentó el coraje que ya les poseía; pere otro disgusto les mortificaba más acerbamente: el de haber huido; el de haberse dejado vencer por uno, siendo ellos diez ó doce: los suficientes para cerrar una calle desplegándose en batería con piedras á la mano; los que habían sostenido cien batallas campales, y de chichones y achocaduras como aquellas podían contar hechas y recibidas. Si lo hubieran pensado..... Si no hubiera sido..... Si cuando aquel le tiró á la Sirga hubieran ellos.....

Todo era convenir en una deficiencia, en que algo les había faltado, aunque sin determinar qué fuera ello.

De pronto retorció la esquina y entró en la plazoleta, *Trompichile*, otro escolar. Llegaba todavía comiendo sosegadamente una gran rebanada con manteca que derretida le corría por los dedos hasta la muñeca; con sus eternas dos velas de mocos asomadas á las ventanillas de la nariz; echado atrás el estropeado sombrerillo, que contaba tres meses de servicio y mayor número de agujeros; con su chaqueta rota por los codos y su pantalón por las rodillas; sueltas las correas de los zapatos y caídas las medias: hecho, como siempre, el más adán de la clase.

—¡Trompichile! ¡Ahí está Trompichile! —clamaron muchos con la alegría que si hubieran hallado lo que echaban de menos— Trompichile: miá lo que le han hecho á Berberito.

—¿Quién lo ha achocao?—preguntó con el mayor interés el recién llegado.

—La Sirga.

—¡La Sirga! ¿Y cómo?

—Jugábamos á los botones, de pronto llegó Sirga y echó zarra, le sacudió aquel un pelotazo, er tiró y..... le dió á ese.

—¡Me jago Dio! ¿Y se fué tan.....

—Corrien do si Dios le daba alas.

—Juyendo el hijo de su mare.

—Temiendo que entre tos le dieramos una *arquillá*.

—La arquillá la lleva si estoy yo aquí. Le tengo más ganas..... ¡Me jago Dio!.....

—¿Vamos á buscarlo?

—Tovía quizá lo que alcanzariamos. Vamos, y hasta jacerle una chocaura más grande que esa, no lo dejamos.

—¡Tadaí!..... Tú no eres capá; ¿á que jabla?

—¿No soy yo capá? De eso, y de darle morcilla perrera.

—¡Perrera! Eso como se ve e diendo ahora mismo.

—Pos diendo ahora mismo. ¡Ay, qué lila!..... Echa mano ya.

—Ya.

—Aguardarse ahí. Vamos allá tos.

—Tos. Tòs. A los Barreros. A los Barre-ros.

—¿Echo mare ar que se quee?

—Echa mare.

—Quita allá, cochino ¡Mentá aquí á las madres!.....

—Güeno. Po er que quiera que venga y er que no que se quee. ¡Me jago Díos!

Guárdase los libros en el seno quien los tiene, y hasta unos nueve siguen á Trompí-chile con mayor brío que si fueran á rescatar doncellas del poder de infieles. Son de lo más maleante de la clase, los más desaplicados, los más cerriles, los más diablillos. Unos llevan gorra, otros sombrero; unos chaquetilla, otros chamarreta; los más prendas remendadas; alguno va descalzo; todos constituyen una patulea, de la que no escapa perro sin pedrada, jiboso sin que le tienten la joroba, borracho á quien no le caigan el sombrero, vieja de quien no se burlen, y reunión de mozuelas á la que no aspavienten. Trompí-chile es el alma de ellos, su capitán, su director, categoría ganada por ser el más travieso, y mantenida porque hasta entonces ninguno de su edad había sido osado á mojarle la oreja.

En un periquete dejaron atrás la Costanilla y se hallaron en los Barreros, barrancón al que miran las casucas del límite del pueblo por el lado aquel. El barrio yacía en su normal reposo. Aquí y en el zaguán de más allá,

unas mujeres remendaban bragas y otras escogían trigo; en el fondo de aquel patio uno hacía empleita, y dos más lejos jugaban al coronó; más adelante, uno, en el umbral de una puerta, esquilaba á un perro de aguas, y en aquel trozo solado, cuatro ó seis chiquillos jugaban á las cartas. La Sirga no parecía por parte alguna.

—Abajo quizá esté—dijo un escolar.

Decidieron bajar al fondo de aquellas hondonadas de donde se sacaba el barro para hacer los ladrillos y tinajas que se fabrican en el pueblo, y echando por accidentada y tortuosa cuesta, se hallaron en lo que es centro y refugio de haraganes, vagos y pilletes, que allí van en busca de sol en el invierno, de sombra en el verano, y de entretenimiento en todo tiempo. Jugabase aquí á las chapas, corriendo el cobre por puñadas; allí se carteaba treinta y una; más allá siete y media; en aquel otro pelotón, brizca; en el de más lejos cané; no faltaban el solo ni el rentoy, y en todos los grupos el interés era tan mezquino como grande el grosero afán con que se jugaba.

Los chiquillos pasaron revista á los diversos grupos y se detuvieron ante uno en

que se chapeaba. El tirador venía echando caras de una manera portentosa; tenía casi arruinado á su contrincante, y muchos de los puntos de por cima habían salido ya pelados en busca de más cuartos.

—¿Tú ve?—dijo Trompíchile sorbiendo sus eternas velas—Si yo tuviá dinero, le gor-bía la suerte.

—Yo tengo un *perro*—exclamó uno.

—¿Tú? Damelo acá. Vamos á echá una vaca.

—¿Una vaca? ¿Y tú er que pone pa ella?

—Yo..... mi suerte ¿te paece poco?

—¡Ya jumate!

—Dámelo ¡me jago Dios! Si vamos á ganá pa un coche.

—La mitá pa ca uno.

—¡Por esta! —exclamó solemnemente Trompíchile, haciendo con sus dedos una cruz y besándola.

Dió aquel la moneda, y Trompíchile metió.

El tirador echó cruces.

—¿Lo has visto?..... Ya ganamos. Vamos á darle tres gorges.

—¿Y la escuela, chiquillo?

—La escuela..... ancá don Policarpo. Déjate hoy de escuela. ¿Pa que vás á di? ¿Pa no sabé er misterio de la Encarnación y que er maestro te arranque las orejas?..... Anda y que se las arranque á su mamaita. Van con usté esos dos perros.

—Van, niño—dijo el jugador que iba á tirar.

Tiró, y echó cruces también.

—Aprende ahí, compare. Ya tenemos cuatro. Ahora otra y son ocho.

—¡Por las que llueven!—exclamó el socio cogiendo el dinero y echando á correr precipitadamente.

—¡Me jago Dio!.....

Trompíchile y todos los demás corrieron tras del fugitivo, á quien no amedrentaron varios terronazos que sus camaradas le tiraron, ni se detuvo hasta llegar á un camino de herradura, á unos cien pasos del pueblo.

Allí hizo alto, y esperó sonriendo.

—Toma tu parte—dijo á Trompichile al llegar este.

—Si no fuera mirando..... Poíamos tené ya lo meno dos reales.

—O haberlo perdío to.

—¡Anda, temeroso! Tengo yo á la chapa más suerte que un quebrao.

Cortose la cuestión en aquel punto, y bajo la presidencia de los adinerados, sentáronse todos en la linde, para decidir en qué se emplearían aquellos veinte céntimos.

La deliberación fué breve; el acuerdo unánime. Aquellos veinte céntimos no podían emplearse en cosa mejor que en un paquete de pitillos. Varios se ofrecieron á ir por él al estanco más próximo, y Trompíchile decidió que fueran dos, dejándoles en prendas las chaquetas, en evitación de malos pensamientos.

Cuando los mandatarios volvieron con los pitillos y un ochavo de mistos de cartón que su buen ingenio decidió robar á la estanquera huyendo sin pagarselo, el consejo había ya decidido qué había de hacer la ilustre pléyade allí congregada. Iría á burcar nidos á los olivares del Palancal y á los álamos de la Glorieta. Y discurriendo qué camino sería el más conveniente y cómo habría de verificarse la jornada, Trompíchile repartió á todos tabaco, se encendieron los cigarros, y fumaron en amor y compañía, los más con el gusto

y perfección que un marinero, algunos con la meticulosidad y los melindres de una damisela.

Sin duda el humo del tabaco hizo reflexionar sobre las contingencias que la empresa en proyecto pudiera acarrear, y al saborearse las colillas, rompióse la unanimidad antes existente, empezando algunos á poner reparos y á señalar inconvenientes á la expedición, y acabando por manifestar que no la harían.

—Po aticuenta—dijo Trompíchile al que en está discrepancia llevó la voz cantante—que quien no quiá vení, jace la farta que los perros en misa. ¡Ea! Er que sea capá que me siga, y er que no que se vaya á cogé coquina.

—¿Quien va po ahí ahora, que hace más caló que la Vijen?

—Yo voy, aunque jaga más que la Hostia. Y voy, ya mismo.

Levantáronse todos; cinco se decidieron á seguir á Trompíchile, y los otros se apresuraron para tornar al pueblo.

II.

A las diez ya pasadas, sin que brisa ninguna mueva la hojilla más leve, y haciendo un solazo que echa chispas, marchan nuestros héroes por el ejido avante, prometiéndoselas felices en aquella empresa de robar sus amados nidos á la mitad de los pájaros del ruedo. De aquellos que encuentren con los huevos claros, tomarán estos para beberse los; despreciarán aquellos otros que tengan gurripatos pelones todavía, y en los que aposenten voladores, será donde hagan la más preciada presa. ¿Día más feliz?..... Avante, avante, que los olivares que allá lejos negrean, las retamas y lentiscos de lindes y vallados, y los álamos y los chaparros á cuyos piés se llegará, brindan con hermosa cacería y abundante botín.

El calor les va haciendo desabrochar botones, y pronto lucen sus pechugas bronceadas que una mano rasca á las veces entrando

cariñosa por las aberturas, y arrollando al salir cochambre remojada por sudor. Y allá van sin que éste les preocupe, dando zapateatas, tirando piedras á los terreros posados en los cardos de los alcaceles ya espigados, tronchando á lapos las tunas más tiernas, y saltando á cada punto las acequias. Quien más se acerca al blanco y tira con más tino, es Trompíchile; quien más salta y más largo, Chirivita; y quien más destroza y más bruto parece, el Cateto, uno chato, picoso de viruelas, cabezón, fornido y desarrapado.

A lo mejor la caminata se interrumpe para dar caza á un lagarto, que si se descuidó y le alcanzaron con un golpe, se queda sin rabo, sin patas ni cabeza, cuyos despojos se tiran los unos á los otros; y si logró refugiarse en un resquicio, es causa de que destrocen la pared de media gavia. Después se prosigue la jornada, y cuando el sudor los empapa, llegan á los primeros olivares, cuyas sombras les incitan á descansar.

—¡Me jago Dió, qué caló jace!—exclama Trompíchile, echándose sobre una chueca.

—Yo tengo más sé que la Pastora—dice Chirivita.

—Echa tabaco—añade Cateto tirándose en el suelo panza abajo.

—¿Tabaco? Júmate er deo. ¡Mardita mare este, qué pión es!

Pero Trompíchile que esto dice, echa no obstante mano á la ya casi mediada cajetilla, y da á cada uno un cigarro, teniendo la crueldad de dejar para último á Cateto, á quien unas se la iban y otras se le venían por echar el guante al que á otro se alargaba. Salió uno con el papel roto, y ofreciéndoselo el que repartía, le dijo:

—Este pa tí; por alantao.

—¡Concho.....! ¿Rompío?

Y allí de los afanes de Cateto buscando en el fondo de los sucios bolsillos de sus calzones, un papel cualquiera en que liar aquel cigarro. No halló ninguno ni nadie se lo dió si lo tenía, y decidió acabarlo de partir y fumarse ambas porciones, una después de otra.

¡Lo que tardó en ello! Encenderlas y darles un par de embestidas que las quitó del mundo, lanzando gruesos chorros de humo por la boca y la nariz, fué todo uno.

Y quedó con ojos que ni un vendedor de yesca, esperando ver quien tiraba la colilla

para lanzarse sobre ella; mas conocida su intención, todos se refan, y apuraban hasta quemarse los dedos y los labios.

—¡Concho.....! Er rompió á mí..... Na jumao na..... Dos chupailla.....

Súbito se animó su faz, y dijo incorporándose.

—Píchile: ¿me da uno ci te, lo quito?

—Cascándote yo pa impeirlo; ¿eh?

—Ci; güeno.

—Mete mano. Aquí están en esta farti-quera.

Despidió Trompíchile la colilla, y esperó, aprestados los puños, la acometida de Cateto. Este cirnió sus lomos, sonrió estúpidamente, alzó los hombros y agachando la cabeza, se abalanzó sobre Trompíchile que le recibió dándole una fuerte puñada en el pecho, á la que siguieron más dadas sobre la espalda. La lúcha fué desde aquel punto empeñadísima, y regocijó grandemente á los espectadores que, sentados en cuchillas ó arrodillados ante los contendientes que se revolcaban en el suelo, los azuzaban exclamando «anda ahí, Cateto güeno» «zurra, Trompíliche» «dos duros por mi gallo» «esa es la tuya, nene» y

otras por el estilo, en tanto que Cateto, tendido encima de Trompíchile y habiendo logrado sugetarle un brazo bajo su rodilla, con ambas manos trataba de coger los pitillos que el otro defendía cerrando con la suya libre el bolsillo y dando rodillazos al que tenía encima, volviéndose ya de un lado ya de otro, y santiguándole un fuerte coquetazo en cuanto podía. Al fin Cateto pilló la faltriquera, metió la mano en ella, y sacó los pitillos no sin desgarrarle la abertura más de media cuarta.

—¡Concho! Aquí están—dijo con aire de triunfo, levantándose.

—¡Bravo, Cateto! No uno, dos cigarros tas ganao.

—Po dos me jumo.

Sacó dos del paquete y arrojó los restantes á Trompíchile que, todavía en el suelo, se metía la camisa en la pretina de los calzones.

¡Vamos! Que no se ha hecho rabona para pasarse allí tendidos la flor de la vida. En marcha otra vez. Y á la vista de un hermoso habar cuyas vainas les encandilan los ojos, dejan el campo y tuercen por la linde que limita la heredad sembrada, con objeto de

coger al paso cuantas se puedan, pues la presencia del amo en la opuesta linde, donde corta las raíces á las plantas de avena que antes arrancara, no les permite entrar á saco. Pero insensiblemente se van internando, ahora un poquito y luego un poco más; una mata cargada los atrae; ver á uno que se harta de coger, excita la codicia de los otros, y todos se han llenado los bolsillos y empiezan á llenarse el seno, cuando una voz del dueño les hace levantar las gaitas y escapar diligentes, viéndole que desalado corre hacia ellos blandiendo una gran vara. El más desvergonzado fué Cateto, quien con el buche lleno y todos ya en huida, aún tuvo la audacia de arrancar varias matas y escapar con ellas, sin temor alguno á las amenazas con que le conminaba el amo.

La carrera fué larga y presurosa hasta que acertaron á desperdigarse, con lo que pudieron dejarla todos menos Cateto, que fué el elegido por el furor del dueño para pagar el pato. Mas el chiquillo, sí, tiró las matas que le embarazaban en su huida, y sufrió la pena de que se le cayesen del pecho algunas vainas; pero corriendo con la agili-

dad de un gamo, desengañó bien pronto á su perseguidor de que podría alcanzarle, ni aun manteniendo la carrera todo el día. Lo dejó por imposible.

Cateto ijadeante, rojo y sudando á mares, esperó unos momentos á que se calmase su fatiga; metióse luego dos dedos en la boca, y lanzó un silbido que sin duda se oyó en una legua á la redonda; contestáronle con otro que conoció ser de Trompíchile, y para el lugar donde este estaba, marchó tan sosegado, comiendo codicioso de las habas.

Todos hacían lo mismo cuando llegó á ellos.

—¿Qué ta pasao, Cateto?—preguntáronle riendo.

—Me iba cogé—replica éste.—¡La ponía su mare!

Atracándose de habas verdes reanudan la marcha..... ¿pero adonde? El camino del Palancal quedó al otro lado. ¿Se va á volver? No. Allí mismo habrá ya nidos. Vamos ojeando los olivos, en dirección á la huerta de tio Geromo, para ver si bebemos agua; porque, lo que dice Chirivita:

—Yo tengo más sé que la Pastora.

Atravesando un eriazó, dió Chirivita con un nido de cogujadas, á los pies de un torbisco fabricado. Cinco huevos tenía, y dos ó tres se los bebieron á la chita callando, sin que nadie más que ellos lo advirtieran.

En seguida Trompichile dió muestras de su fecunda iniciativa, cogiendo el nido vacío y tirándolo al ramo de un olivo, tan empuinado como de difícil acceso. No cayó del modo que hubiera deseado, pero zamarreó un poco las ramas, y ¡bah! para quien no había de discurrir mucho acerca de ello, bien colocado estaba.

—¡Un nío! ¡Un nío! Aquí.....—empezó á gritar.

Acudieron presurosos casi todos, y Trompichile se precipitó á la chueca intentando subir, antes de que llegaran. Pero bien pronto fingió que se le resbalaba un pié del punto de apoyo, causándose grave daño, y dejó el sitio á otro que, creyendo en la verdad del hallazgo, trepó á la cruz con suma diligencia y se halló arriba antes de que llegase Cateto que, al oír las voces, estaba allá en el quinto pino.

Aquel se echó á horcajadas sobre el brazo

que era largo y escueto, y á cortos saltos, que daba apoyándose en las manos, llegó hasta lo más empinado. Allí de los apuros. No alcanzaba al nido que entre las rametas que del tronco pendían, estaba ya más bajo que él. Y se estirazaba é inclinaba el cuerpo cuanto podía, y la falta de apoyo le amagaba con echarlo de cabeza. Los dictados de torpe y de medroso que los impacientes de abajo le lanzaban, metíanlo en ganas de no bajar con las manos vacías; pero de echar un poco más el cuerpo fuera, se rompía el bautismo: era evidente.

—Gorito:—le dijo Trompíchile disimulando sin trabajo la risa que le poseía.—¿Quiés cogerlo?..... Pos mira. Garra unas pocas e rametas, y te dejas caer patas pa bajo; te queas guindando con la mano esa, y con la otra le das al nío que caiga. Loguspué te dejas cae tú, y ya está.

—Y ar caé me rompo una pata y..... ¡ya está!

—¡Anda, melindroso! Acá te recogemos.

—Güeno. Ponerse tos ahí en fila.

—Aquí estamos. Tirate escudiao.

—A la una, á las dos, á las tres.....

Muchos ojos miraban al chiquillo: pero no menos estaban fijos en el nido, mostrando avidez suma por echarle mano. De todos ellos, los más encandilados, los que no pestañeaban, eran los de Cateto.

—A la una, á las dos, á las tres.....

Gorito agarrado á unas frágiles ramas se desmontó del brazo del olivo y se dejó caer echando la mano sobre el nido con tan buen tino, que al doblarse y troncharse las ramillas, él cayó.....sobre los surcos, pues todos se quitaron de debajo al ver que se lanzaba; pero con el nido en la mano. No fué gran cosa el porrazo. Cosa mayor fué su coraje cuando lo vió vacío, y no poco menos grande el desconsuelo de los que no estaban en el ajo.

—Volaores—dijo Trompíchile riendo—este es un nío de arcanzones, que ya han salío á volá.

—¡Por vía é dios Baco y sereno!—exclamó Gorito.—¡Y que me haiga yo rompío los carzones y á por poco escrimao pa esto....!

—¿A ve, concho?—dijo repentinamente Cateto, reconociendo el nido, el cual no había cesado de mirar.—Este jun nío de cujás;

este lo han puesto ahí á mano, porque las cujales no jacen nío en los olivos.

Trompíchile, Chirivita y el otro echaron-se á reir como dementes.

—Píchile lo ha puesto. Miá como se rie.

—Yo no, chiquillo; ¿cuando? ¿ande tengo yo esos níos?

—Te lo haberá jallao en un lantisco, y eso.

—Por vía é dios Baco.....! No siento más que los carzones.

—Amos ya pa la güerta ¡jua!—exclamó Chirivita—Que tengo más sé que la Pastora.

—¡Me jago Dio, con tanto bebé agua! ¿Tú has comío bacalao?

—¡Jua! ¿La habemos probao síquiá una ve?..... Miá allí la güerta, cómo verdeguea.

—Miá los amascòs y manzanos..... Cate-tillo: ¡si mos lo dejaran por nuestra cuenta!

—¡Concho!.... ¡Qué panzá!

—Yo no ma dí sin catarlos.

—Yo los ha probao ya. Y unas peras que hay..... Y unas camuesas de acátum..... Y lechuga..... De to.

—Amo jayá.

Aprietan la marcha hacia la huerta ca-

minando uno en fondo por la veredilla que desde el camino á su portal conduce, la cual dejan pronto para torcer vallado abajo en busca de un portillo, una brecha, un claro ó resquicio cualquiera entre las pitas y las zarzas por donde colarse en ella. No hallan ninguno, porque no lo hay; pero una de aquellas, cuyas pencas anchísimas se han abierto para dar paso holgado al pitón que es su fruto y el cual ya se eleva cosa de dos metros comenzando á lucir sus guitarras, les ofrece para saltar probabilidades que su audancia aumenta hasta dejar la empresa reducida á cosa baladí. Alguno se hirió las manos al coger la penca; otro se desgarró un tanto la ropa; quien echó más tiempo y quien echó menos; pero bien pronto, guardándose el mayor silencio, ojeando este mientras aquel saltaba, y procediéndose con la mayor cautela, se hallaron todos dentro de la heredad, en medio de una almáciga de hermosísimas lechugas que hubieran sido pasto de la voracidad de aquella turba, si los manzanos y albaricoqueros, luciendo á veinte pasos sus hermosos frutos, no les brindasen con más rico botín.

Marcharon hacia ellos en cuclillas, mirando á todas partes; cuidando de no rozarse con las coles ni con los árboles; haciendo alto á cada paso; animándose mutuamente para avanzar un poco más; gateando una vara y tornando á dirigir la vista á todos lados. Y cuando ya los más audaces tocaban las sombras de los ansiados árboles, un ¡*guau!* profundo, rotundísimo, *guau* de mastín seguramente, los puso en precipitada fuga.

¡Ay, para salir! El vallado es por dentro más alto, más escueto, y la escapada muy difícil, para intentarla despacio y con ánimo sereno; imposible con aquel azaramiento, aquella prisa, y aquel no dejarse los unos á los otros.

Y los ladridos del mastín oyéndose cada vez más fuertes.

No tuvieron todos paciencia ni valor para permanecer en la forzada espera á que le obligaban los que hacían esfuerzos por subir, y quien se dió á correr vallado abajo esperando hallar sitio que ofreciese más fácil acceso, quien cogió el tronco de una higuera y se subió á sus ramas, fiando sin duda..... pues fiando en el azar, dios de los muchachos.

Y sucedió que el perro no llegaba, que á nadie se veía, que hubo quien, esperando turno para saltar, aprovechó el tiempo en arrancar lechugas y tirarlas á la parte de afuera, y que unos por allí, otros por otra parte, todos salieron menos los dos que se enca-ramaron en las higueras, los cuales, una vez reconocido el campo y confiados en que estaba libre de enemigos, se dieron á ojear las brevas, por si alguna encontraban ya madura.

Y maduras ó pintonas las comieron y tiraron de ellas á los que ya en salvo, dudaban si compadecerlos si envidiarlos, por el atracón que suponían que se estaban dando.

De la casuca de la huerta salió al fin un hombre; miró y remiró por todos lados, y no viendo á nadie, volvió á meterse dentro. Entonces los de las higueras se echaron abajo, y en huida hacia el sitio por donde habían saltado algunos, robaron alcauciles y perillos verdes, y escaparon.

De allí se encaminan en busca del agua ya por todos ansiada, al arroyo de Mataborricos, que no está muy distante, y corre por entre juncos, zarzamoras y breñales durante

un largo espacio, extendiéndose luego en dilatada laguna que durante el invierno adquiere los honores de lago. No está muy clara su corriente, ni su gusto salobre es grato al paladar; pero de ella beben con ansias y placer, unos llevándosela á la boca con las manos, otros hincando la cabeza cual los asnos.

Y después ¡qué hermosura! Aquella plateada superficie que á su vista se ofrece, les brinda con un nuevo retozo; con el de fanguear, con el de saltar y correr por el agua, cruzándola en todas direcciones, sondeando su profundidad, probando su corriente con cualquier objeto que se mantenga á flote. No lo ha dicho uno, y ya están todos descalzos de pies y piernas, arremangados hasta más arriba de la rodilla, trotando en la laguna, salpicándose los unos á los otros, viendo qué sitio puede ofrecer mayor peligro para desafiarse. Y hay luego tratos y contratos de llevarse á cabrito mutuamente, y por fás ó por nefas, aquello no acaba sin que alguno lleve un chapuzón.



III.

Ahora, higienistas, hablad de insolaciones, de cólicos, de tabardillos, de crup, de difteria y otras plagas; que de todas ellas se rien á mandíbula batiente los chiquillos de mi lugar. Vedlos: hace seis horas que andan al sol de ceca en meca, se han atracado de habas verdes, lechugas, alcauciles, brevas y perillos sin madurar aún; se han mojado después y la ropa se les ha secado sobre el cuerpo; pues sin embargo de ello, tan sanos y campantes vuelven al pueblo, y mañana si se proporciona, y al día siguiente si se ofrece, repetirán la jornada. Decid todavía que aquellas enfermedades causan muchas víctimas; pero certificad al mismo tiempo de que esto no reza con ellos; de que á los chiquillos de mi tierra no los parte un rayo.



SAN JUAN EN MI PUEBLO

I.

A tí, trasnochador, que despreciando las hermosas mañanas del verano en mi tierra, permaneces sobre el caliente lecho después de la hora en que ya el sol ha disipado los celajes de la aurora y luce espléndido y fulgente en medio de un cielo todo azul, te ha de meter en confusiones y, soñoliento y sorprendido, has de preguntarte qué afrodisiaco viejo mereció, al contraer tardías nupcias, aquella estruendosa cencerrada, ó qué mana-

da de cabestros alborota tu calle, cuando bien de mañana te despierten aquellas tropas de chiquillos que corretean por las calles en fila interminable, vestidos de limpio y ataviados con sus trajes domingueros, saltando á cada punto apoyados en fuertes garrotes vaquerizos, y cargados con un cencerro monstruoso ó con un collar de campanillas, cuyos ingratos sones destrozan los oídos y arman un estruendo de dos mil demonios.

¿De qué será reminiscencia ni qué puede significar aquella matutina serenata, encomendada á la grey juvenil y á tales instrumentos?

Dicen las viejas del lugar que es una cerrada dada al Santo, quien tan dormilón era y haragán tan grande, que de no menos desconcertada y estruendosa música necesitaba para decidirse á abandonar el lecho, ni aún en día tan solemne como el suyo, en que la mies, ya en los sobrados ó en las eras, da al labrador holgura y dicha, y en que la siega y otras agrícolas faenas proporcionan al pobre medios para festejar al Santo más popular de la celeste corte.

Me atrevo á creer, *salvo melliore*, que es

ta explicación es por completo gratuita, y que la estruendosa cencerrada con que los chiquillos alborotan las calles, no es más que una diana tocada con los instrumentos que á las manos tienen, para festejar al santo y para esparcir la alegría por todos los ámbitos del lugar, avisando á los vecinos de que es llegado el día en que deben aparejarse para festejar de lo lindo al santo que les abre las puertas del pródigo verano, durante el cual han de recoger los frutos con que la tierra paga las fatigas, sudores y trabajos que en el resto del año se han sufrido.

Así, por lo menos, parece interpretarlo el pueblo, que pronto responde á las excitaciones de los chicos, asomándose á las puertas y paseando las calles, vestidos de nuevo y afeitados ellos, y ellas puestas de veinticinco alfileres.

II.

De los chicos y de las campanillas y cencerros son las mañanas de San Juan, frescas

y hermosas, así como las tardes son de la guitarra y los mozuelos, y las noches de las muchachas casaderas y de los bailes organizados en medio de la calle.

Todo Dios huelga en este día, que es como decir que todo Dios echa una cana al aire, propuesto á divertirse. Diversiones no hay otras que las que ofrece la taberna, y antes y después de la siesta, y durante la siesta, en ella se reunen camaradas y amigos, con ánimos de echar una botella del sabroso vino de la tierra; una, que siempre pasa á ser una de tantas.

*Se sabe por experiencia
que no hay sábado sin sol,
ni procesión sin tarasca,
ni mocita sin amor.*

Y si sabe también por experiencia que en pueblo como el mío que, cual la cigarra, se pasa la vida cantando, pues canta lo mismo sus pesares que sus alegrías, no hay vino sin palmas, cantares y jaleo. Llegada la tercer botella, ya se ha pedido al tabernero, ó se ha traído de la calle, una guitarra, y á sus sones se cantan malagueñas, serranas, pla-

yeras y guajiras, cuyas notas se acompañan golpeando la mesa con los nudillos de la mano ó con los vasos, y se adornan con exclamaciones entusiastas, y se celebran con frecuentes libaciones.

—¡Olé, gracioso!..... Venga vino ahí. Si no hay, que traigan. ¡Mozol (Dos palmadas.) Traete lo mismo..... Traete el doble ¡qué caramba!

Y allí se ensayan, se templan, se meten en calor los zagalones y mozuelos, para allá á la tarde, cuando la fresca brisa, templando la caliginosa atmósfera, brinda á las muchachas con sus halagos y caricias, arrancar la guitarra al barbero de la esquina si alguno de los reunidos no la tiene en casa, y en rondas de seis ú ocho, fumando malos puros, alegres como unas castañuelas, luciendo tan ufanos las prendas estrenadas aquel día, traje completo si ha podido ser, y si no faja y sombrero cuando menos, recorrer las calles en que viven las respectivas novias ó la pretendida por el que no la tiene todavía.

Al doblar la esquina de una de estas calles, se aperciben mutuamente; despléganse en ala, y ocupando toda la acera, uno toca

la guitarra, otro unos diminutos platillos de metal, los otros hacen palmas, y el novio ó pretendiente se da á entonar coplas en que se alude á la muchacha de sus pensamientos, la cual ya con otras sus vecinas, todas muy peinadas y emperegiladas, con sus vestidos de percal muy limpios y planchados la que no tuvo para comprarlo nuevo, luciendo claveles y rosas en la cabeza y en el pecho, formando, sentadas en las puertas, grupos vistosísimos ó á las ventanas asomadas, escucha con tierno regocijo aquellas coplas con cuya letra se la requiebra de lo lindo, y se le ensalza y se le pondera el cariño que ha sabido inspirar.

*Al entrar por tu calle
cara de rosa,
en tí reconocemos
la más hermosa.
¡Ole salero!
Fulanita se llama
la que yo quiero.*

Y si los ojos del galán enamorado no han logrado verla al pasar, en la segunda vuelta se le canta:

*Asómate á la ventana,
cara de hermoso clavel,
y escucha el hondo lamento
que me arranca tu querer.*

Una dulce mirada es la respuesta si se piensa por ella en darla favorable; y ya en la fiesta de la noche, no hay sino reservarle al galán el primer baile, para que este pueda considerarse autorizado para hacer una formal declaración.

—¡Si usted me quisiera á mí, serrana!

—Hombre yo, nunca le he tenido mala voluntad.

—¿Y se diría usted á quererme con las fatiguitas que yo la estoy queriendo?

—Eso ya..... es menester tratarlo más despacio..

Que es como decir:

—Con el tiempo..... Por ahora, establezcamos entre ambos, si usted quiere, ese trato íntimo y afectuoso á que se ha dado el caprichoso nombre de pelar la pava.

III.

Decidido por varias vecinas hacer aquella noche fiesta, no queda en la calle talador ú olivadero á quien no se le pidan unos leños, ni las muchachas dejan de rebuscar por sus casas y recoger el cajón arrumbado, la silla ya inservible, y todo cuanto pueda contribuir á mantener viva la hoguera con que se ha de alumbrar el corro, durante las horas que la fiesta dure. Ayúdales en su tarea dándoles las barricas de manteca que vació el invierno y las de sardinas que la cuaresma ha consumido, el montañés de la esquina, interesado más que nadie en que la fiesta se organice y y dure las más horas posibles, porque su hacienda es de tal laya, que más engorda en una noche de jarana que en una semana de trabajo.

Facilítale igualmente, si bien confiándolas á la inmediata custodia de un vecino, dos ó tres ó más bancas; y encendida la candela después de las nueve de la noche, cuando se

han acostado ya los crios, en aquellas bancas y en sillas que se sacan de las casas más próximas, se sienta el vecindario formando á un lado de la pira, un ruedo de radio suficiente para que en él se pueda bailar holgadamente; y á los alegres sonos de la guitarra, la pandereta y los palillos, comienza la fiesta, cantándose por quien hacerlo sabe con primor y gracia, unas alegres y regocijadas seguidillas, á cuyos compases baila una pareja. Suelen formarla uno de la ronda volandera que durante la tarde pasó por la calle varias veces, y alguna de las frescas muchachas á quien se dirigieron las amorosas endechas del galán. Y entonces, la cantadora, amiga compasiva y nada envidiosa, pone ó intenta poner su piedrecita en el edificio amoroso que se está levantando, cantando coplas como ésta:

*Un clavel y una rosa
están bailando;
la rosa es encarnada
y el clavel blanco.
¡Ay, salerito!
miren qué matrimonio
tan igualito.*

Siete ó cuando menos cinco, son las coplas que tienen mudanzas diferentes, y el compromiso no se considera satisfecho hasta que todas se han bailado. De modo que aunque el rubor colore las mejillas de la bailadora al ver que se divulga un sentimiento que ella quisiera mantener oculto todavía, aún tiene que oír otras más significadas y alusivas. Pero con ellas goza, como gozan las del ruedo, que en esta noche más que en las demás fiestas del año, extreman su candorosa coquetería, y hacen esfuerzos y ponen un marcado empeño por enamorar de sus palmitos á los zampabollos que les hacen la rueda, ganosas de cogerlos en la amorosa red de sus hechizos, pues tienen por seguro ó poco menos, que los noviazgos aquella noche comenzados, paran antes del año en casamiento.

Y en alas de aquel interesado anhelo, y animadas del júbilo que en la fiesta reina, irradian de sí placidez y contento, y nunca se las encuentra más amables y más hermosas. Vestidas con sus trajes de color de rosa ó blancos ó pintarraqueados, sencillos y elegantes, luciendo sobre el turgente seno y entre las trenzas del cabello, rosas y claveles á

montones; apuestas y garridas, como lo son todas; frescas y lozanas; rebosando salud por todos los poros del fornido cuerpo; con las mejillas encendidas por la agitación de la danza y por el calor que la hoguera despide; con los ojos brillantes por la dicha con que sueñan ó por la chispita de licor con que les ha obsequiado el pariente ó el amigo, están realmente encantadoras, y por hablar con ellas y bailar con ellas, no hay quien no dé gustoso un ojo de la cara.

Así que el mozuelo á quien una gustó más que las otras, saca á bailar á la elegida; durante la primera copla la requiebra; se le declara á la segunda; quedan conformes antes de media hora; otro baile después, y luego á la taberna de la esquina por una botella de lo caro. Es costumbre celebrar el triunfo, y hay esplendidez, y hasta derroche: Que no sólo entonces que se está en plena recolección, se ha cobrado aquel día y todos tienen dinero; sino en las épocas de más estrechez y pobreza, es siempre el andaluz pródigo, liberal y generoso.

De aquella botella se le dan á la amada las primicias; obsequiase después á los ami-

gos, y ¿qué más hace falta para mantener con la moza dulce plática, durante las horas que la fiesta dura todavía?...,,

Después se la acompaña hasta la puerta de su casa, y adiós Carmen, ó Concha, ó Magdalena: Hasta el sábado.

Porque hasta el sábado no dan un nuevo asueto la era ó el cortijo.





EL MÚSICO NEGRO

Por tenerle á su devoción y por oírle en su patio ó su ventana la noche que lo quiera, comprendo que haya corazón sensible y alma compasiva que se gocen con tenerle encerrado en reducida cárcel, sin que tan inaudita crueldad con un ser inofensivo les causen el menor remordimiento, ni cuidado les den las quejas que pudiera formular el sedentario y pacífico vecino, al ver perturbado su reposo por la interminable serenata con que le obsequia el prisionero. Una pasión lo explica todo, y quien como él recibe con músicas de

agradecimiento á las resueñas brisas de la tarde y á las primeras sombras de la noche, cuando apenas sepultado el sol, llegan refrescando la atmósfera que aquel dejara enrarecida, á dar vida y alegría á los fatigados organismos, puede tener y tiene apasionados.

Porque sus músicas pueden no ser muy dulces al oído; pero su artistico entusiasmo, es imponderable. Su repertorio no será muy variado; pero su constancia es tan grande, que raya en lo sublime. Nació para cantar, y canta sus amores, canta sus infortunios, canta su ventura, y cantando se pasa la vida.

Si esto no es bastante, parad mientes en lo que sus canciones significan y en los motivos de inspiración que elige para ejercitar sus facultades, y hallareis por demás justificado el afecto que inspira.

Juzgadlo si no, por este hecho.

Ha pasado un día en que, trabajándose desde que apuntó el alba, á las ocho de la mañana ya partía de la era el acarreo para casa del amo, llevándole en costales el grano de una parva; á las nueve cargaban las carretas por segunda vez, del balaguero; á las

diez ya estaban dos gañanes cada cual en el centro de un ruedo, hartos de dar trallazos á las hermosas cobras que, dando vueltas á su alrededor, tronzaban la greña que se había de aventar aquella tarde; á las doce los trille-ros, sentados en la silla del cortante armatos-te que las yeguas arrastran, habían ya em-pezado su faena bajo un sol que echaba chi-ribitas, cantando quizás para consuelo de ri-gor tan extremado:

*A la hija del amo
¡quién la tuviera
para toda la vida
por compañera!*

Al apuntar la marea, ya el sol camino de oc-cidente, se había reunido la mies descuarti-zada y empezado el avento que echa allá la paja, reúne allí las granzas, y recoge aquí el trigo en montón rubicundo que da gloria el mirarlo; más tarde se habían llenado los cos-tales, desuncido los bueyes, recogido los bieldos, despachado otra vez el acarreo, y al ocultarse el sol, todo se hallaba listo. Había pasado un día tan bien y tan hermosamente aprovechado, y era llegada la hora del asueto.

Del sombrero contiguo al otro menos tupido y más extenso en que pacen los cansados bueyes, salen los gañanes y boyeros con la navaja todavía en la mano, y en la boca parte del último chumbo de los de un lebrillo que el zagal les cogió aquella tarde en el vallado próximo. Yace la era en completo reposo, libre de las gallinas que ya se han recogido á los palos y estacas sobre que hacen noche, y de las yeguas que se han soltado en los rastrojos. Allí están las carretas que, lanzando lamentos, perezosamente y como á duras penas, han traído la greña y llevado la paja; cerca de ellas, como colinas envueltas por la bruma, el balaguero y los montones de greña, que se extienden hasta el último rueda. El perro está echado á la puerta del sombrero; rumian los bueyes en la estancia, y de cuando en cuando se oyen á lo lejos, el fatídico *¡mihu!* del mochuelo, el relinchar de una yegua, y la voz de uno que pasa por el camino próximo. Ha oscurecido por completo; la atmósfera conserva el tibio calor de una alcoba, lucen á miriadas las estrellas, y las luciérnagas ostentan su oscilante brillo, que parece reflejo de la luna sobre una

lluvia de diamantes por allí esparcida. Nuestro músico entonces, haciendo honor á esta hemorsura de la Naturaleza, coge su instrumento y canta.

Y canta al verano que sazonó los frutos; á la plácida noche que refrescó el ambiente; á la compañera de su amor que le acaricia junto, y sobre todo, canta en loor del hombre alabando su vida laboriosa, ensalzando su virtud, é incitándole á dormir satisfecho del trabajo del día, con arrullos que no cesan un punto.

Esto es de agradecer y de estimar.

Pero todavía hace más nuestro músico.

Concluida la cena que es frugalísima y se despacha pronto, aquellos honrados y sufridos trabajadores, se tumban en cualquier lado para esperar la hora del sueño, charlando amigablemente. Se fuma; se canturrea por algún enamorado; los más salientes sucesos del lugar se comentan muy variadamente; hay contradicciones y distingos, y bien pronto polémica ó disputa entre los de más verbosidad. A lo mejor suena cercano un eco dulce; la conversación cesa inmediatamente, y restablecido el silencio, una guitarra, ese

corazón del andaluz, preludia una canción cualquiera, dulce, meláncolica, sencilla, arrobadora. Una voz la acompaña bien pronto, y como un suspiro prolongado, como un hondo lamento de un corazón que ama y llora ausencias, se oye exclamar:

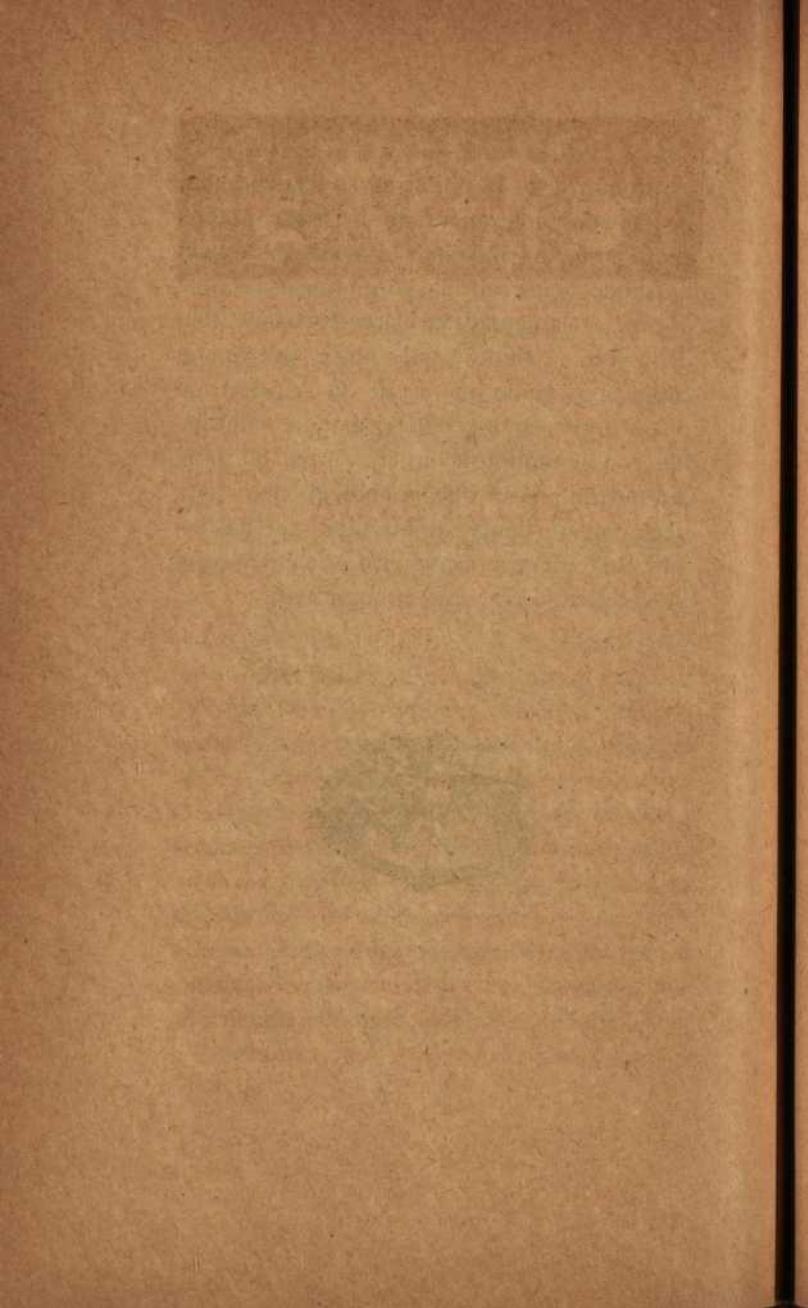
*Por tí,
las horitas de la noche
me las paso sin dormir*

Otras siguen á esta: que no es sólo el insomnio el mal que aqueja al cantor enamorado, ni dejan otros de sentir afectos semejantes, y necesidad imperiosa de expresarlos en inspiradas coplas, de las que no hay temor que el andaluz carezca, porque tiene tantas como el cielo estrellas, porque tiene una para cada momento de su vida.

Vienen tras de las meláncolicas, las notas alegres y regocijadas; cántanse coplas picarescas, saturadas de sal; espontáneas risas las celebran; amena conversación las interrumpe; bulliciosas palmas, por fin, las acompañan, y la alegría y el contento reinan en la reunión, mientras la noche avanza lentamente.

Poco á poco la guitarra va desmayando, las coplas empiezan á faltar, y los cansados cuerpos se van rindiendo al sueño. La luna ha salido, y las cabrillas dicen que es hora de dormir. A la cama. Hácela cada cual en donde quiere, y algo después no se oye en el campo otro ruido que el de la canción de nuestro músico que sigue constante, infatigable, con su monotonó cri-cri, al que no pondrá término hasta que apunte el alba, para decir con su silencio al labrador, que ha llegado la hora de poner punto á su descanso y de volver al duro y redentor trabajo.







FRUTA BASTA

Será inútil que mondados del todo ó raspadas sus puas solamente, los presenteis en las mesas de rango, confiados en que el sabor exquisito que le habeis hallado en las pródigas nopaleras, pueda hacerle privar entre la gente fina. De cualquier modo, presentados en bruto ó pulimentados, le serán siempre antipáticos á la aristocracia, que ve en ellos la caricatura más vulgar y ordinaria de sus blasones nobiliarios y de sus coruscantes distintivos. ¿Qué puede valer ni qué significar una corona cuando la tiene un higo chumbo?

Esa fruta se creó para deleite de los anarquistas, á quienes sin duda refocila y embriaga de placer verlos en brazos de sus madres, unas reverendísimas tunas, luciendo enfáticos sus testas coronadas, y desafiando al mundo entero con un poder basado en bayonetas, como el de los tiranos. Y poderlos agarrar uno por uno, y segar, despiadado, sus cabezas, y abrirlos en canal, y destriparlos con los dientes, y echar, sañudo aún, los restos á un puerco cualquiera, (que, con perdón, así se llaman) sin duda es la figurada realización del ensueño acariciado en las horas de febril delirio que deben de sufrir los que anhelan el desquiciamiento universal.

Para ellos, y para algunas otras gentes, ninguna de alta prosapia ni de ringorrango, son únicamente la dulzura y la utilidad del nopalero. Extenderlas á otras no se verifica sino á costa de grandes sacrificios; de los mismos sacrificios que al hombre cuesta llegar desde el estado natural al de cultura; del sacrificio de su fuerza y de su virilidad, las cuales se truecan en desabrimientos y alifafes.

No del todo pulidos; nada más que un poco acicalados, cual los ponen, los dueños

de esos puestos portátiles que suelen verse en los paseos públicos; colocados cuidadosamente en fila, llenando escaparates adornados con macetillas de albahaca, colgantes bolas de metal bruñido y tallas de la Rambla, ya no satisfacen.

Donde hay que verlos y comerlos es en los suburbios ó desahogos de las plazas de abastos, cuando sobre redores y capachos forman grandes almiarés bañados por la fresca agua con que se les rocía para lavarlos de polvo y domeñar un tanto la rudeza de sus puas, y los anuncian con musicales pregones, tozudos campesinos en blanqueta, remangados los puños, ceñida la cintura por ancha faja colorada en la que guardan el pañuelo, la petaca y la bolsa de los avíos de encender; con una navaja abierta en la derecha mano, y en la otra un higo partido que sobre la cáscara ofrecen al que pasa.

—Como asuca ¡qué ricos! Vamos allá. A rial el ciento, y á mota la jartá. Esto es mejó que er merengue.

O bien:

—Frescos y gordos yo los tengo ¡ay qué jigos! Jiguitos durce como la propia armiba.

Llegar por la mañana, antes que el sol caliente, una rueda de amigos, á un montón de estos; ordenarle que parta sin contar á quien los vende, y tomarlos de la misma cáscara, frescos y dulcísimos, es saborear una fruta exquisita y tomar un desayuno higiénico y barato, que es al mismo tiempo un refresco substancioso, como el gazpacho á medio día, y como por las noches el melón de agua.

Menos urbanizados todavía, en su estado rústico, en el vallado que forman las higueras de Indias, el chumbo no es ya solo fruta que agrada más ó menos; es también remedio de necesidades; hartura para hambrientos; providencia no siempre merecida, de infelices, de pobres diablos y gente maleante.

Es el recurso á que acude el cómico de afición y vago de oficio que se aventura durante los veranos á peregrinar por los pueblos, constituyendo con otros compañías dramáticas que los jueves y domingos representan comedias en cualquier corralón destercolado, hecho que da origen á discurrir sobre la influencia del higo chumbo en el arte de Talía, la cual influencia podrá ser más limitada ó más extensa; pero indudable, porque

acaso, y sin acaso no se arriesgaría aquel infortunado Máiquez á estas empresas, si no contase de antemano, como fiador de la taquilla, con los vallados de chumberas, cabe los cuales busca desayuno, postres, cena, y algunas veces también, toda otra comida: que en lo de abandonar la taberna por el teatro, siempre se mostró perezoso el respetable público.

Esa trashumante taifa de zagalones de curtido rostro, largos y desgreñados tufos, y pantalón de ceñidas posaderas, que, formando cuadrillas, acuden á los pueblos en los días de ferias y santos tutelares, para lidiar bueyes carretos, ó lisiados novillos, ó lo que les suelten, pues no hay cartel para pedir cotufas ni exigir requilorios, más cuenta con un vallado hermoso donde apagar la sed, rellenar el estómago, y echar una siesta, que con las ganancias de la lidia, casi nunca bastantes para cenar caliente aquella noche, tomar una copa en el café, y comprar unas media para la próxima corrida.

Y esos ranchos de jitanos desvarilladores y canastilleros que se pasan los meses enteros sin ir al lugar, que duermen bajo los ár-

boles, se lavan en los arroyos, y hacen vida nómada durante el estio, gracias al nopal viven como los pajaros, sin sentirse grandemente hostigados por el hambre, comiendo en donde la comida se les ofrece, durmiendo en donde les sorprendió la noche, al abrigo de un árbol, de un pajar, de un vallado.

Si estas no son utilidades, si estos no son títulos para considerar fruta estimable al chumbo no obstante de su indole plebeya y su naturaleza basta, aún puedo recordaros que constituye un muypreciado pienso del compañero de San Antón.





EL NIÑO DE BRENES

I.

Ella y él se encontraron una noche, después de no verse en mucho tiempo.

Ella era una chica de la Alameda Vieja, de esas de mantón en los hombros, y pañolito al cuello; de chuletas untadas y colorete en las mejillas; fornida, buena moza, muy chulona; hembra corrida y deslenguada, que ni se desdeñaba de encender un cigarro. ni dejaba de gustar de un vaso de aguardiente.

El era una uva, un mozo encanallado, va-

go de oficio, ratero de ocasión, delgaducho, eo, de color cobrizo, vestido como todos los de su laya, con chaquetita corta, pantalón ceñido y sombrero de ala ancha.

—¿Aonde vas, criatura?—le dijo él interceptándole el paso en un trozo de calle Lumberras, cuyas lumbres no pueden ser siempre más escasas.

—¡Tú!—exclamó ella—¡Mar fin tenga! Esaborio, infundioso. ¿Qué te importa aonde vaya?

—¡No ma importá! Estando aquí yo..... no hay naide más que yo. ¿Te enteras, guasona?

—¡Ay! ¿De verdá, moreno?—repuso ella en tono irónico, después de recapacitar un breve instante—Me paese á mí que no.

—Me paese á mí que sí.

—De mó, que tú dejas á una, ahí, como quien dice, tirá á los perro, y cuando te se antoja..... No, Niño, no; la hija e mi mare no ha queao pa eso.

—Si he estao juera, corazón.

—Juera, y noches pasás distes un avance en er Baratillo; juera y tú juistes er de la faena e calle Pajarito; juera y..... amos hombre:

anda y pélate: que está ya una mu arvertía pa tragá er paquete.

—Si ya se yo, que tú no pues pasá un día sin mí á tu vera.

—¿Yo?... Hombres como tú los quió yo pa esto.

Y escupió.

—¡Mala puñalá te den!—exclamó él dándole en el hombro un empellón.—No te doy una mascá que te parta esa cochina cara, por no ensuciarme.

—Una mascá..... ¡Jesús, qué mieo! ¡Pos no güerbes tú poco valiente! Hombre, si no es verdá, no me asustes por tu salú: que me dan convulsiones.

—No te chulees..... no te*chulees.

—Miá, Niño: lo que te digo es eso; Que si has presumío que yo te güerbo á jase cara, te engañas. Tobía, gracias á Dios, hay quien la mire á una, y una.....

—¡Ya! Trompeta.

—Pos ese; Trompeta.

—Aticuenta que no me las traigo yo con ese mozo.... no hace na e tiempo ¡Apeniya!

—Pos mañana voy con el á la feria. Buscalo.

—Mañana ¡qué has e dí tú! Y él, meno.

—¡Meno! Se lo va á comé cruo este José Maria de arfenique, que porque ha jecho ahí una muertecilla sabe Dios cómo.....

—¡Chiquilla! No sea insurtaora, que te vas mu pronto de la muy.

—¿Pos te quiés dí ya?

—Amonos. Tú cormigo.

—¿Contigo?..... ¡Por aquí!

E hizo un ademán indecente.

—¡Mardita sea tu estampa!—exclamó el Niño, dándole una tremenda bofetada, y echándole á seguida mano al cuello, donde clavó sus uñas.

Ella rugió como una bestia al recibir el golpe, y con nerviosa furia le agarró ambos brazos, logrando presto verse libre, aun cuando no impedir que le diese su amigo en el vientre un rodillazo.

Lo de palabrotas, insultos, vituperios y maldiciones que salieron entonces de la boca de aquella mujer, vociferándolos á grito herido, no son para estampados en caracteres de ninguna clase. Ellos llamaron la atención de las vecinas de la calle, entre las cuales no faltó alguna que se diera á dar gritos y á de-

mandar socorro, con lo que comenzó un escándalo al que por casualidad ocurrió á tiempo el sereno del barrio.

—Ahí, á ese chulapillo aporreo—gritó una—Cójalo osté preso.

—¿Qué es lo que pasa?—exclamó el agente de la autoridad, volviéndose afanoso á todos lados, y agitando hacia aquí y hacia acullá su chuzo y su farol.

—Ahí, ese mala sombra....

El chulo que sin prestar la más grande atención á cuanto en derredor suyo pasaba, seguía recriminando y discutiendo con la chula que se había echado en la acera y lloraba furiosa, la dejó al fin dándole un puntapié; vió el cerco en cuyo centro estaba; vió al sereno que ya venía hacia él; súbito dió un salto atrás echándose mano al bolsillo interior de la chaqueta del cual sacó una larga navaja que abrió más pronto que la vista, y empalmándola y encogiéndose como gato que va á saltar, exclamó trazando con ella un semicírculo en el aire:

—¡Paso to Dios al Niño é Brenes!

Y enmudecieron todos, y le abrieron paso, y el Niño de Brenes se perdió entre las

sombras de la calle, sin que á nadie, y menos al sereno, se le ocurriera el perseguirlo. Los que querían verle preso, no lo habían conocido.

II.

Cuando se lo dijeron á Trómpeta, un mozo también de pelo en pecho, licenciado por Ceuta y concurrente asiduo al billarillo del *Pelao*, se puso echo una furia y dijo que si él no le metía una bala en el cuerpo al Niño de Brenes, por la leche que le dieron á mamar, que se cortaba el pescuezo; que él iba á librar á Sevilla de aquel rateruelo de mala muerte, á quien los mandrias de la policía dejaban campar por sus respetos, y robar á todas horas, y meter á los tontos más miedo que Candelas, cuando el tal cara de cuaresma no tenía una mala bofetada; que á la feria iba él con Carmelilla; ¡pues no había él de ir á la feria! y que no quería más en el mundo que toparse con el Niño, ó con cualquiera de su cuadrilla, la cual ni era cuadrilla ni era nada, ó con todos á la vez; que si no corria la sangre por el prado de San Sebastián al encon-

trarse con ellos, mala puñalada le dieran de la que lo dejaran tieso.

Y no fué todo farándula. A la noche siguiente pudo vérselo en compañía de la aporreada Carmencilla, y de otra y de otro que formaban también amorosa pareja, llegar muy ufanos á la plaza de San Francisco y montar en uno de los *breacks* que solícitos y vociferadores cocheros ofrecen hasta importunar.

Mucha bulla, mucha animación, refleja la hermosa capital de Andalucía en noche de feria, aun cuando esta á que ahora vamos, no es su famosa de Abril, tan cantada por los poetas, sino la de Septiembre, una segunda creada por su Municipio en los tiempos precisamente en que las ferias van camino de una inevitable decadencia, porque va desapareciendo su necesidad; porque empiezan á carecer de otro arraigo que el que les prestan la tradición y la costumbre; porque las facilidades de que hoy goza el comercio las van haciendo inútiles, y las nuevas costumbres le van dando los ridículos tintes que el tiempo á un figurín. Residuos de una ramplona aristocracia y adinerados negociantes que se pa-

sean en coches o pasan un rato en la churri-gueresca tienda de campaña á que llaman casilla; las de Perez, las de Martinez, las de Lopez y las de Aguadillo, familias de quiero y no puedo que se imponen privaciones por estrenar un traje y tirar cinco duros durante estos días; y señoritos inútiles, estudiantes atrevidos, mujeres que se dan á partido, mozos de tufo y faca, encandilados menstrales, chiquillos y soldados: he aquí lo que las ferias suelen ofrecer, no contando el pestoso zahumerio de las buñolerías, la vocería y el tufo aguardientoso de los tenduchos de lienzo, donde se liba caro, pero sucio; los reflejos que despiden los brillantes objetos de la quincalla y la bisurería; los indispensables fuegos de artificio, y las voces con que se anuncian vistas de muñecos ó deformidades, y se pregonan turrone, avellanas, dátiles, y otras chucherías.

Sin embargo: quien dijo Sevilla dijo maravilla, y en ella la feria es fiesta hermosa, grande, original, con caracteres propios, con rasgos distintivos, con notas peculiares.

Al salir por la Puerta Nueva y dar en el prado de San Sebastian, motín sorprendente

de luces, ruidos y colores que á cada punto cambian, que á cada paso ofrecen diversa perspectiva, si una brillante y risueña, otra encantadora y admirable, cautiva los sentidos, para el ánimo, y sumerge en delicioso éxtasis, del que las variedades contenidas en aquella hermosa unidad ó conjunto, van poco á poco haciendo despertar, y exigiendo, apoderándose de toda nuestra atención, requerida y solicitada por la belleza y originalidad que tiene cada accidente, cada tipo, cada paisaje, cada grupo. Allí la airosa maja de calada mantilla blanca, y peina de carey; de ajustado corpiño y fina enagua corta adornada con malla de madroños; de zapato escotado, breve como la dicha, cuyas cintas le cruzan el arranque de la pierna, que luce al andar con un garbo y un porte, solo propio de ellas. Allí la otra hermosa mujer que baja de la Macarena ó viene de San Bernardo, abriendo paso, haciendo calle, como avalancha impetuosa, entre los que antes de llegar, parece como que la presienten, y por instinto ó por fatalidad vuelven los ojos para verla, y antes de pasar y al pasar y después de haber pasado, no la miran, la admiran gentil y

donosísima, luciendo aquel florido pañolón de Manila, cuyos flecos larguísimos van besando el suelo, y cuyos pliegues dejan adivinar mórbidos contornos de un cuerpo escultural que, como complemento de su sin par belleza, corona una gran mata de cabello negro, entre cuyas trenzas hallan hermoso búcaro, rosas y claveles. Allí aquella otra que bajó de la sierra onubense, y es el tipo más interesante que soñarse puede; tipo de un atractivo poderoso porque á sus naturales encantos suma el perfume campestre que de su tierra trajo; perfume de tomillos, de alhucema y romero, que parece emanar de los pliegues de aquella sencilla enagua azul, redonda por abajo, corta hasta dejar al descubierto un delicado pié que calzan fino zapato de becerro y media azul y blanca formando menudísima mezclilla; de los de aquel delantal negro con un ribete grana; de los de aquella mantilla de lisa seda negra que como al desgaire lleva sobre los hombros y no baja más allá de la cintura; de aquel ajustado corpiño negro que ciñe el turgente seno; prendas todas que adornan un cuerpo esbeltísimo, que pisa firme, que se mueve airoso, y que hace presu-

mir una cara tan bella como lo es generalmente; cara de nariz afilada y boca chica siempre; de azules ojos de expresión de cielo, si el cabello es rubio; del color de la endrina si este es negro, y cara en que no se han posado polvos de tocador ni á la cual disfrazan dengues, flequillos ó como se llamen los perifollos esos que con el pelo forman hoy las mujeres para adornar su frente. El pelo de la sin par serrana va todo atrás, lisamente peinado, y sobre la nuca se recoge en ancha trenza formando hermoso chongo que le roza la mantilla.

Y estos tres tipos, y el de la señora principal que aquel día ha dejado el sombrero por la mantilla blanca; el de la jitana, tan llamativo y saleroso; y el de la chula, incitante y desenvuelto, son, con el del majó y el torero, el del rural achaparrado y el del frío inglesote que parece haberse tragado la vara de medir según va de tieso y espetado, los que se destacan de aquella muchedumbre en que todas las clases y todas las edades se revuelven, bullen y se agitan, ocupando las dilatadas avenidas por donde se pasea; las casillas en donde se baila; los tenduchos en que se

bebe; los puestos de buñuelos; las barracas en que se hacen pantomimas, se exhiben curiosidades ó se enseñan panoramas; cuanto lugar ó espacio fue cercado y el que dejó de serlo, se hallan convertidos en un inmenso colmenar, cuyas músicas y voces, más vivas aquí y allá más apagadas, se confunden y se resuelven en un vago preludio que recrea el ánimo, y excita al esparcimiento, y convida á gustar de los placeres que á la vista se ofrecen. No hay seguramente hipocondría que ante tan grande animación, peculiar algazara y rebo-sante vida, no ceda y se eclipse por completo.

III.

—A no perderse—dijo Trompeta á sus acompañantes en cuanto bajaron del vehículo.

—No te pierdas tú.....—dijo la Carmen—Aunque escudía, que no te perderá. No ma apartan esta noche de tu vera ni.....¡quién diré yo!

—Ni er Niño é Brene—añadió el otro

mozo interrumpiéndola. — ¿Nordá, Carmelilla.

— ¡No me lo miente!—exclamó Trompeta, parándose en firme y llevando su mano izquierda á la altura de la cabeza—No me lo miente, á no se pa decirme «mialo ahí.» Que entonce, yontiendo: iba á ve en la feria jollin.

— ¡Tadaí!—exclamó Carmen dándole á Trompeta con el codo— ¿Crees tú que se había atrevé á presentarse en la feria, tan perseguío como está? Por eso yo he venío; que si no.....

— Po si no viene, eso se jaya; porque si yo lo endico, lo que es esta, se la envaino en er corazón.

— Sa mesté que venga solo—dijo su amigo—porque Carlillo y er Ramito y Caratún, me lo llevan siempre ascortao.

— Catalaí. Los cobardes, en pandilla siempre. ¡Y que un hombre, me jago tira, que no es capá é presentarse elante otro hombre cara á cara, meta er ruío que está metiendo er Niño e Brene.....! ¡Vamos!

— Eso digo yo—dijo la compañera de la Carmen—Vamos. ¿Y ande vamos?..... ¿Queis dejá ya ar Niño?

—Tíes razón. Vamos á la tienda e Currito; tomaremos allí..... lo que nos pia er cuerpo.

Una pareja tras de la otra atravesaron parte del Real en dirección á la estacion del ferro-carril, y luego torcieron por una avenida paralela al mûro de los jardines del Alcazar, en busca de una de las tiendas de bebidas que se instalan cerca de los puestos de buñuelos. Ante uno de los más distantes y apartados, los detuvo breve tiempo un cómico incidente que hizo al amigo de Trompeta no perder la noche.

Marchaba un inglés más largo que una tralla haciendo eses desde los anafes de las buñoleras á la cuneta de los árboles que limitaban el paseo, y una jitana joven, frescota y buena moza, con su vestido de percal color de rosa muy ancho y muy almidonado, su pañuelo de espumas en los hombros, y sus torneados y rollizos brazos al aire, le salió al encuentro, le cogió por un brazo, y acariciándolo con sus ojos gachones y su tono dulzón y zalamero, comenzó á decirle:

—Mira, gachosito, cara e sor poniente: ¿va á mercarme una librita?...., Anda, salero-

so, entra y verás lo que es canela. Pruebalo, por tu salud, pa que yebes á tu tierra recuerdo e la gloria.

Mirabala el inglés beodo de hito en hito, no comprendiendo sin duda lo que le decía; pero sintiéndose halagado por la presencia y las insinuaciones de aquella mujer que casi lo abrazaba, costándole ello no poca fuerza de equilibrio, porque él no podía tenerse, y las camballadas con que se mecía, no eran nada suaves.

—*I love you*—decía confusamente.

—¿No diquelas, jermoso?—siguió diciéndolo la jítana—¡Ay, que inglés más esaborío! Anda, musió, un buñolito. Poco moni; ¿te enteras?..... Entra, salao, que te vas á chupá los deos de gusto.

—*Very faire: I love you.*

—¡Malos mengues te jamen, petate!—exclamó al fin la jítana enfadada, desprendiéndose de las manos que él había echado á uno de sus brazos, y dándole un empellón que las mal seguras piernas del inglés no fueron fuertes á resistir, y le hizo caer cuan largo era sobre la cuneta de los árboles.

La escena había sido presenciada por

otras jitanas de los puestos próximos, por nuestros conocidos, y por alguna más gente que se había parado á contemplarla. Y toda ella estaba en el momento de íntimo regocijo precursor de la risa que produce siempre ver á uno que se cae, cuando la voz aguda de una de las jitanas freidoras, se dejó oír diciendo con solemnidad:

—María, mujé: apaga la lú, que se ha acostao er señorito.

Las risas estallaron estruendosas en boca de todos los circunstantes, menos en la de uno: menos en la del compañero del Trompeta, que, más compasivo al parecer, se acercó diligente al caído, y solícito y misericordioso le ayudó á levantarse, prodigándole palabras de afecto.

—Vaya musiú—le dijo—que haiga alivio. Y se unió á su gente.

—Vámono; vámono antes que caiga.

—¿Qué ha sío?—le preguntó su cuya empuñando el camino.

—El reló. ¿qué había é se?

—¡Ejem!—tosió la Carmen —Yá está acá.

—Si no te se ocurta, mujé.

IV.

Poco después entraban los cuatro en una tienda de bebidas, mejor dicho, en un espacioso cuadrilatero señalado por dos paredes de tabla, una frente de otra, cubierto el espacio entre ambas comprendido por lienzos de lona renegrida. De los otros dos testeros, uno servía de entrada, y el otro lo ocupaba, aunque no por completo, un estante en cuya parte baja se veían barriles empotrados, y la superior cargada de botellas. Delante del estante había un pequeño mostrador forrado de zinc, y bastas mesas de madera y bancas sin pintar, unas y otras en fila colocadas, ocupaban el espacio restante.

Al rededor de cada mesa se veían agrupados, bebiendo y charlando, hombres y mujeres de los barrios, trabajadores, campesinos, marineros, cigarreras, mozas de rumbo, y celestinas.

—¿Qué va ser?—dice un muchachote de arremangados brazos, fornido, en blanqueta

y destocado, pasando un trapo sucio por la mesa que han elegido ó que han hallado Trompeta y su compañía.

—¿Qué quereis? Di tú.

—Hijo yo, cualesquier cosa.

—Traete dos ochenas e cañas.

Más pronto que la luz están allí las *cañas*, vasos de cristal estrechos y cilíndricos cuya cavidad no baja sino á las tres cuartas partes de su hondura, y los cuales no se llenan por completo, á menos de perder el nombre y tomar el de *bolos*; se presentan en bateas de dos tapas, horadada la superior y metidos en las horadaciones.

Trasegados los primeros, se charla y se fuma como en las demás mesas, cada grupo haciendo abstracción completa de cuanto en derredor sucede, á menos de que este tipo ó el otro de aquí ó de más allá no sea objeto de burlas, ó de murmuraciones, ó alabanzas.

Entre el ruido ensordecedor que las conversaciones producen, una voz aguda que ha sonado lejos, logra apoderarse de la atención de algunos que demandan silencio, y pronuncian un nombre que tiene el privilegio de excitar en todos viva curiosidad. Merced á

esto la voz se oye más clara, dejando conocer que se aproxima.

—Cinco céntimos—grita—la hoja suerta con el encuentro que han tenido las fuerzas de seguridad y el Niño de Brenes y su partía. Trae todos los detalles y pormenores, con los muertos y heridos, que acaba de salir ahora.

El astroso rapaz que así pregona se presenta á poco, y varios se adelantan á comprarle de las hojas impresas, las cuales en seguida se empiezan á leer en alta voz, quien para su grupo, y quien entusiasmado, para todos, interrumpiéndose y siendo interrumpido con frecuencia, por exclamaciones de ponderación, de aplauso, de simpatía y aun de enternecimiento, por la lectura provocadas.

Reza el impreso cómo aquella mañana, estando el famoso malhechor conocido por *El Niño de Brenes* en una taberna próxima á la plaza de la Encarnación, llegaron á prenderle varios agentes de policía á las ordenes de un inspector, y cómo el Niño, auxiliado solo por su compañero *el Ramito*, había abofeteado al funcionario, quitándole el revólver, y escapadose con él, no sin haber antes tam-

bién injuriado y confundido á los agentes, que silbados y apostrofados por el público, habian tenido que marcharse corridos y avergonzados.

—¡Olé ahí los valientes!

—¡Ese es un moso cruo!

—¡Viva la mare que lo parió!

—¡Mardita arma, qué agallas tiene!

Y otras exclamaciones por el estilo, son las que aquí y allá se oyen, no sin que dejen de importunar á algunos que parecen tener pendiente la vida del relato, y que anhelantes excitan al lector á que lo continúe.

Tan inaudito hecho realizado á la faz del día y á cuatro pasos de un mercado tan concurridísimo, había producido la mayor indignación—decía la hoja—en el honrado vecindario. El gobernador civil, irritadísimo y decidido á conseguir la captura de tan tremendo criminal, había recurrido á la guardia civil; y destacamentos de esta fuerza por los alrededores de la ciudad, y patrullas de agentes de policía y de orden público en su interior, habían estado dando caza durante todo el día á la cuadrilla de malhechores, viniendo al fin á dar con ellos, próximo ya el obscurecer,

en la puerta de la Carne, cerca de la quinta de la Florida. Siete eran los agentes y cuatro los bandidos. A la voz de ¡alto! dada por los primeros, el Niño de Brenes había contestado descerrajando los dos tiros de una de sus pistolas, y lo mismo, poco más ó menos, hicieron sus acompañantes contestando á la lluvia de tiros de revólvers que los agentes descargaron sobre ellos. El fuego duró unos tres minutos; las víctimas fueron dos agentes heridos, y muerto el malhechor José Marin, alias *Chivita*, que estaba reclamado por varios jueces de instrucción. Hay fundados motivos para creer—añadía el cronista del suceso—que el Niño de Brenes está herido, así como es indudable que las sombras de la noche protegieron en su huida á los criminales, los cuales, sin esta circunstancia, hubieran caído en poder de los agentes.

—¡Caían!—vuelve á exclamar uno.

—Siempre ha de habé un achaque. ¡Las sombras e la nochel ¡Me jace gracia! Y por la mañana la lú der so.

—¡Infundios! Di tu que ar Niño e Brenes no lo coge, ni..... ¡quien diré yo! ni er cólera morbo.

—¡Es un moso!

—Lo que tiene es más arma que San Arcadio er de Osuna.

—Po aluego e un infeliz. Con más reaños que una vaca, y tié un corazón de oro. No tie na suyó nunca. Tira los inero como la sá y..... en fin: vaya esta caña por la salú der Niño é Brenes.

—Venga de ahí.

—Y porque se jaga un saco en la policía, y en to lo güela á uniforme.

Y se brinda y se bebe á la salud del Niño de Brenes, comenzando á seguida la fogosa imaginación á adornar el suceso con invenciones inauditas que tienden todas á convertir los hechos por el criminal realizados, en hazañas heroicas dignas de eterna remembranza.

¿Es la perversión del sentimiento causa de que se encomie una punible fechoría, y de que se admire á sus autores?..... Es que no se analiza el hecho, y en él no se vé más que al hombre perseguido por un poder infinitamente superior, al cual desafía osado y arrogante, y diestro y valiente sabe triunfar de él, teniendo en poco la vida que se juega á cada

momento. Es que el pueblo andaluz necesita de encarnar en seres reales las ficciones poéticas que crea incesantemente su imaginación, con especialidad aquellas que subliman la nobleza, el valor, la generosidad, y otras cualidades distintivas de su carácter, y verifica estas encarnaciones en lo más adecuado que halla á manos. Dadles un héroe verdadero, y él no los hará de los bandidos; mas careciendo de él, tened por inconcuso que los inventa, que los forja, que los hace de aquellas personas en quienes ve algo extraordinario, aún cuando sea tan poco como lo que en realidad les ofrece el Niño de Brenes nuestro héroe, quien resultaría un pobre diablo si se le comparase con los Corrientes y José Maria, con los Juan Palomos y los Caballeros, y con los demás heroes del bandolerismo andaluz, el cual es de tal índole, que no obstante y á despecho de sus horrores y maldades, ha sido y sigue siendo para el pueblo fuertemente simpático.

El Niño de Brenes, realmente, no puede ser menos. Un hombre sin educación moral ni religiosa, que un día está en una taberna, y por causa de mujeres tiene á lo mejor una re-



yerta de la que sale dando una puñalada que acaba con un infortunado; un hombre que, para eludir la acción de la justicia, rueda durante algún tiempo por los más apartados tugurios de la ciudad, y á quien una noche el hambre y el ejemplo le deciden á desbaliar al pacífico transeunte de la hacienda que lleva sobre sí; un hombre á quien por la repetición de estos hechos se hace objeto de una activa persecución que él sabe eludir teniendo cómplices y espías, y que al verse fieramente hostigado y hallándose convencido de que el fin que le aguarda es desastroso, considera su vida perdida, y está siempre dispuesto á morir matando, lo cual le da una audacia loca, y le priva de toda prudencia. En resumen, bien poco ó nada para un héroe.

Pues sin embargo, ello es lo suficiente para que el pueblo, la muchedumbre, esa entidad anónima, simpatice con él y le favorezca gustosísima si ocasión de ello se le ofrece.

V.

—¡Hasta Dios está loco!—dijo Trompeta en son de protesta contra aquellos encomios de su rival.

—Chiquillo, tú.....—repuso su acompañante—¿A tí qué? Que er Niño es un barbi; que tocante á reños le echa la pata á Cristo Pare. Güeno; po di tú ar tanto: Cataquí un home que deja asina á ese filomeno. ¿Quién? Este cura..... Y es la chipén. Poque tú las quitao la jembra; tú las esafiao..... ¡Cicatero barco! ¿Qué más pué jacé un home pa ofendé á otro?

—Sí; pero..... no te creas tú, Perdone, —dijo la Carmen—que er Niño sa queao tan así. ¡Ni pensarlo! Ese mardita arma se las trae. Creeme tú á mí.

—¡Er Dios que lo crió!—exclamó Trompeta.

—Po miá tú;—dijo dirigiéndose á Trompeta la otra chula—No corro yo contigo, ni tengo na que vé; pero si yo estuviá en tu pe-

llejo..... ¡amos hombre! por estas que son cruces, que á ese le cortaba yo la cara. Na más que por fantasmón.

—¡Si es lo que yo digo! Tú quiés á una mujé, pongo por caso, y yo voy y te la quito; ¿oyes tú? Po si ensegúa no te arrancas y me buscas, ¿ande tiés tú er cuti ni lo que tien los hombres?

—Eso es lo que yo digo, mayormente—añadió Perdone. —En fin, Trompeta:—prosiguió—; Tú quiés creerme lo que te viá á icí?..... Pos que no pienses más en ese sarmentillo ensuca, que paese un sarmentillo, y na ma. Que te lo encuentras; lo ensarta. Que se ocurta; lo espresia. Y á la quinta, arbañiles, que dió la una. ¡Ea! Venga otra ose-na é cañas y á bebérmolas en el inte; que hay que da una güerta po allá abajo. Digo; si tú.....

—Hombre, si; llama.

Hizo palmas Perdone, y acudió el sirviente, á quien se ordenó traer otra batea. Mientras vino, la Carmencilla se entretuvo en hacer carantoñas á Trompeta que seguía disgustado; los otros, por no ser menos, se rozaron el cuerpo uno con otro, dirigiéndose

miradas tiernas, y el mozo, al llegar con el vino, interrumpió un naciente idilio.

—Vaya, serrana—dijo Perdonés alargando á la Carmen una caña—A las salusita e los cuatro.

—¡Eh, pare!—exclamó un desconocido sujetándole el brazo.—Pare usted la jaca. A esa mujé me corresponde á mí orsequiarla.

—¡José!—exclamó Carmencilla dando un grito, y abrazando á su amante como aterrizada.

—¡Niño!

—¡Voto va á Dios!—dijo Trompeta.

Y pronto como el rayo, viosele de pie, pistola en mano.

El Niño se encogió como para avalanzarse con ímpetu, y antes de que aquel pudiera amartillar el arma, echaba á su adversario un brazo al cuello y otro á la muñeca, entablándose entre ambos una fiera lucha que agitó como corriente eléctrica á los concurrentes al café. Gritaron las mujeres, se tumbaron bancas, se rompieron botellas, todo en menos tiempo del empleado para referirlo, y no habian intervenido los que estaban más próximos apenas pasada la sorpresa que

aquella súbita cuestión produjo, cuando los contendientes, desciñéndose uno de otro merced á un esfuerzo violento que Trompeta hizo, con el cual salió rodando la pistola, se hallaban ya en la puerta de la tienda, ambos con larguísimas navajas empalmadas, tirándose golpes, hurtando el cuerpo á ellos, y enfrascados en este duelo rufianesco, susceptible de aprendizaje, susceptible de reglas como toda otra esgrima, y no sé por qué más detestado que el que con espada ó florete se mantiene. Ambos son duchos, ambos manejan con pericia el arma que empuñan, y ambos se dan los más fieros asaltos, avanzando éste en impetuosa acometida, y retrocediendo el otro como ardilla diligente para tomar al punto la revancha cargando sobre el provocador, que á su vez se hurta retirándose veloz y poniéndose inmediatamente en guardia. Y en estos saltos y pasos hacia atrás y hacia adelante; la pierna izquierda siempre adelantada, para fiarle el peso del cuerpo al atacar, y detrás la derecha que es punto de apoyo para retroceder; enarcado el izquierdo brazo que sirve á modo de rodela para defender el pecho y la ca-

beza, y el otro en perpétuo juego, amagando aquí para tirar allá, las navajas brillan á las veces y despiden siniestros reflejos, que conmueven, que causan súbito estremecimiento en los espectadores de la escena, de los cuales unos han huido, otros apenas si se han podido aún dar cuenta de lo que sucede, quien desea intervenir y no se atreve, y quien, como Perdonés, vociferando, moviéndose desacompasadamente, torciendo y ondulando el cuerpo, con simulada prisa, deseando llamar la atención y que hicieran por contenerlo como á viva fuerza, sacaba también una *viva mi dueño!* de siete dientes en el muelle, y se disponía á castigar la audacia de quien acometió á su amigo.

Mas apenas manejando sus brazos á manera de remos, se abrió calle, y dió algunos pasos siguiendo astuto una línea curva para herir al Niño de Brenes por la espalda, otro más vil, charrán más consumado y traidor más cobarde, le asestó entre la sexta y séptima costilla tremenda puñalada que, llegándole al corazón, le hizo caer en tierra moribundo, exhalando un grito de dolor. Viéndole caer, Trompeta, que había ya logrado

mojar dos ó tres veces y seguía sereno, descuidose un momento, y su contendiente le alcanzó con un tajo en el cuello, produciéndole dolor agudísimo y bañándole en sangre, que surtió de la herida en copiosísimo raudal.

Las hembras de uno de otro que, á muy poca distancia, sedientas, afanosas, reflejando en la mirada deseos de exterminio, estaban presenciando la cruel contienda, exhalaron agudísimos gritos al observar la suerte de sus hombres, y frenéticos corrieron hacia ellos, al mismo tiempo que los más decididos avanzaban también, y se daban voces y se originaba una confusión y un tumulto espantosos, en medio del cual, el Niño de Brenes, herido también en una mano y en un muslo, salpicado de sangre, colérico, rabioso, despidiendo fuego por los ojos, apretando los dientes con furor, presa de una ira loca, se llegó á la Carmen quien con una rodilla en tierra sostenía en sus faldas la cabeza del herido Trompeta, y cogiéndola brutalmente por el pelo, le dió un corte en la mejilla y la despidió con violencia.

En seguida se escabulló entre los que, atraídos por los gritos, llegaban al lugar de

la escena, junto con otros dos en cuya presencia nadie había apenas reparado, uno de los cuales fué quien mató á Perdonés.

VI.

¡Si no se presentó la policía! Sí, señor. ¿No había de presentarse?

A los cinco minutos se hallaban allí serenos, municipales, guardias de seguridad, agentes de orden público, fuerza suficiente para prender á medio mundo.

Y se tomaron acertadísimas disposiciones por los mandarines ó jefes que entre ellos se contaban. Unos fueron enviados con partes de lo acaecido al alcalde y al gobernador; otros á llevar los heridos á la casa de socorros y los muertos al hospital; otros quedaron allí apuntando en cartera nombres y más nombres, y los restantes salieron en persecución del osado criminal.

—¿Quién conoce bien, bien, á la legua, á ese bandido?—preguntó el jefe de aquella improvisada ronda.

Momentos de silencio embarazoso.

—Yo como conocerle..... le conozgo; pero bien, bien, que se diga bien.....

Este sabía como los otros, que el Niño de Brenes era alto, no mucho; delgado, no extremadamente; moreno, sin barbas, con tufos..... señas mortales.

Entre tanto, por la feria circulaba la noticia de que el Niño de Brenes había matado á dos hombres, y herido á una señora; de que había robado el reloj y el portamonedas á un lord inglés; todo en el espacio de un cuarto de hora. Cuanto en la feria había ocurrido de anormal, se le atribuyó á aquel hombre extraordinario, porque ¡es claro! ¿quién sí no él podía hacer tanto?

Y la policía aprehende la parte psíquica del hecho, y en lo sucesivo, cuantos delitos persigue sin alcanzar satisfactorio resultado, al Niño de Brenes se los cuelga.

Y aquel á quien, en cualquiera encrucijada, robó un desconocido rateruelo, dice después muy convencido de ello, que el Niño de Brenes y otros de su cuadrilla, fueron los que le despojaron de su hacienda.

Y las deficiencias de los unos, el amor

propio de los otros, y la impresionabilidad y ligereza de juicio de todos, contribuye por modo poderoso á crear una densa y consistente atmósfera de novelorías, ficciones y misterios en torno de estos hombres que han salido de la vida legal, si puede así decirse, en la cual atmósfera, concepto popular ó fama, tienen el escudo que mejor les defiende de la persecución de la justicia.





UNA NOCHE EN CUBABANC



El día de hoy, 10 de mayo de 1900, he
firmado en la ciudad de La Habana, a las
veinte y tres horas, el presente documento
que contiene el texto de la obra titulada
"Una noche en Cubabanc", de la cual
yo soy el autor, y que he depositado en
la Biblioteca Nacional de la Habana, para
que sea inscrita en el Registro de la
Propiedad Intelectual.



UNA NOCHE EN CUÉRBANO

I.

El tiempo estaba muy metido en agua. Un fuerte huracán que había arrancado de cuajo muchos árboles seguía batiendo con incesantes rachas, y la lluvia caía formando con la tierra ángulo tan agudo, que la capucha de mi capotón de hule apenas si bastaba á defenderme el rostro.

Mi pobre *Garbina* había llegado á despedirla á chorros por sus patas abajo, y como impaciente y muermosa, ya torcía su cuello

azarada y sufrida, ya levantaba arrogante su cabeza y sacudía el freno y piafaba, dirigiendo sus ojos iracunda hacia aquel cielo obscuro que se mostraba como empeñado en confundirlo y envolverlo todo entre sus densos mantos de tinieblas. Durante la jornada, ya de horas, por aquel resentido arrecifuelo que parecía ajorca de plata puesta á los cerros y las cumbres para retenerlos prisioneros de la tierra, habíale hecho caminar á todos los pasos, desde el galope, veloz y tendido como el viento, en el cual hacía alardes de su sangre inglesa, hasta el apuesto trote y el paso estético y marcial. Rendíanlos el cansancio; nuestros cuerpos, zurrados por aquel vendaval y aquel diluvio, veían ya con horror los rugientes arroyos que, recogiendo las aguas de las gaviás y los surcos, se precipitaban estruendosos por los ojos de las puentes; tiritaban al contemplar las extensas lagunas que cubrían los macilentos y parduzcos prados, y requerían febriles y dolientes un asilo en donde refugiarse y descansar.

¿Donde estaba Cuérbano?.....

Allá, allá lejos todavía. Más allá del estrecho horizonte que las nubes limitaban; en

sitio á que no podríamos llegar sino al través de las negruras de la noche que pronto se interpondría en nuestro camino. Corre, *Garbina*, corre, que la tarde escapa, y la preñez de esas plomizas nubes empieza á producirles vértigos, y á hacerlas pelear unas con otras, y á rugir iracundas y desesperadas. Escucha, escucha cómo se tiran los trastos á la cabeza, y cómo enronquecidas vociferan. Mira, mira cómo no saciadas con tronar, se disparan flámígeras saetas cuya siniestra luz hiere nuestra retina. ¡Qué tormental! ¡qué cielo! ¡que noche la que viene! Corre, *Garbina*, corre, que el anhelado asilo no puede tardar..... Lo ves?..... Ya se divisa; aquellos puntos blancos lo señalan. Son cuatro casucas que viven como malos vecinos, y se han retirado cada una á su heredad, desde cuyas cercas se miran de reojo. Una, aquella de los más largos bardales costera al arrecite, es la vendeja en que hemos de hacer noche. ¿Oyes?..... Un mastín que ha ladrado; no te asustes; el ladrido del perro es nuncio de un hogar; en él tendremos luz, cena, abrigo y compañía: cuanto nos hace falta..... Tuerce; entra por ese abierto portalón: hemos llegado.

II.

Una mujer en zagalejo, y con un desarropado chipelín en brazos, al cual daba á mamar uno de sus pechos, salió del cuarto que cerca de la puerta estaba, al sentir los pasos de la jaca sobre el empedrado suelo de la venta.

—Dios la guarde. ¿Hay posada?

—Venga usted con Dios. La que usted quiera. Y alzando la voz, dijo:

—Pare.

Del fondo del soportal que había á la izquierda, extenso y de paredes renegridas, solo alumbrado entonces por la luz de unas brasas que en la chimenea se consumían, salió un «allá voy» de timbre asaz desagradable. Dirigí allá vista, y á los reflejos de una llama tenue que lamía con trabajos una cepa, ví estirazarse una sombra que sobre la pared tomó una forma extraña, fatídica y medrosa. ¡Diablo! ¡Qué mala impresión!

Era la sombra de un hombre corpulento,

ya en edad provecta, pero todavía fuerte, el cual se adelantó á tomar del diestro á mi caballo. Vestía una basta camisa de hilo crudo, sobre un chaleco emblanco rameado, el cual llevaba suelto, luciendo sus desfilachadas trencillas; pantalón corto de burdo paño de Tarrasa, cerrados sus perniles en la línea de la cadera abajo, por largo rosario de metálicos botones de muletilla, y botines ya viejos y embarrados. Su cabeza la cubría un pañuelo encarnado, sugeto por un nudo debajo de la nuca, y encima de él llevaba un astroso sombrero de catite: ¡Diablo! ¡Qué mala impresión! Aquella figura estaba pidiendo á voces un trabuco.

—¿Le dareis buen pienso?

—Lo merece—me contestó muy convencido, después de examinar mi calgadura con una mirada inteligente.—Es una buena pieza.

—Sin duda; y ha hecho una jornada penosísima.

—Mejor que usté lo ha de pasar.

¡Dlablo! ¡rediablo! Aquello no sería una amenaza; pero era desde luego un augurio siniestro de que me esperaba mala cena y peor cama.

—¿Tendrá usted de cenar?—pregunté á la mujer.

—Bacalao y huevos tengo en la alacena, y gallinas hay en el corral; puede usted elegir.

—Una gallina. ¿Y vino?

—De la tierra.

—Bueno. ¿Pan tierno?

—Del miércole; de antié, que es er día que lo amasamos pa los gañanes del cortijo é junto.

—Bien. Pues cuanto antes se halle todo listo, mejor. He almorzado temprano, y tengo hambre.

—En seguida.

Sobre unas mugrientas enjalmas que arriadas á la pared y cerca del fogaril estaban, echó aquella mujer al mamoncillo ya dormido; encendió un candil que en uno de los pilares que dividían la estancia, tenía el agujero de su macho; arrimó al pilar una mugrienta mesa cuyas patas estaban amarradas por tomizas, y sobre ella puso un fosco jarro vidriado conteniendo vino, y un vaso pequeño.

—Por si se le antoja—me dijo.—Ahora avivaré el fuego pa que se seque si viene usted mojao.

No lo estaba; tirado mi capote y habiéndome enjugado las manos y el rostro, no tuve sobre mí más agua que la que todavía mojaba mis botas de ante. Pero dejé hacer recreándome en lo solícito y diligente de aquella campesina, todavía joven y algo hermosa, aunque desmedrada por la crianza, y curtida por los aires del campo.

—¿Es su padre ese hombre?—le dije ganoso de entablar conversación.

—Mi suegro.

—¿No tiene usted más familia?

—Mi marío que está en el lugá.

—¿Algún corto viaje? ¿Viene pronto?

—Esta madrugá lo espero.

—¿Es el amo de esto?

—Mi suegro es el amo.

—¿Y produce mucho?

—A naide le peimos na.

—¿Pero da para vivir?

—Con miseria.

Temí ser importuno, y dejé de preguntarle viendo que, aunque atenta, no salía de ceñir sus palabras á mis preguntas.

Parecía triste; parecía enferma. Inclínada cerca del fogaril ya con llamas suficientes á

alumbrar la estancia, observé su rostro, y ví en él profundas huellas de dolor y sufrimiento. Sus mejillas estaban pálidas; surcos violáceos partían de sus lacrimales, y el descote que formaba el pañolillo que tenía sobre los hombros, dejaba ver una garganta descarnada y el nacimiento de un pecho deprimido.

Viendo vivo el fuego y con sobrada leña, marchó hacia la cuadra. Yo bebi del vino que me había servido, y consintiéndome en una noche aburrida, en una noche eterna, saqué la petaca y encendí un cigarro, oyendo zumbiar todavía el viento y caer el agua de las canales del tejado.

Volvió el viejo.

—Ya tiene su pienso—me dijo—La he echao una manta po encima, porque el animalito ha suao con gana.

—Muchas gracias, buen hombre. ¿Quiere usted un buche?

—Sirva e salú.

—Vamos allá.

—Home.....

Limpióse la boca con el dorso de la mano, apuró el vaso, tornósela á limpiar del mismo modo y la mano después en la trasera de los

calzones, y tomando asiento en un chopo de encina junto al fuego colocado, continuó en la tarea de rípiar cogollos, que antes le ocupaba.

El suegro, por lo visto, era tan poco comunicativo como la nuera, aunque sí más curioso, á juzgar por las furtivas miradas de inspección á mi persona, que pude sorprenderle.

Yo no le observé menos, aun cuando desde que ví su rostro á los reflejos de la blanca llama que la candela despedía, formulé juicio. Tenía una catadura bien antipática. Bajo los matorrales de unas cejas puosas de color de ceniza, unos ojos grises, chicos y redondos, verdaderos ojos de gato, despedían un fulgor bastante vivo; la nariz era grande, la boca extensa, y dos gruesas arrugas descendían desde las mejillas hasta ocultar en sus senos las comisuras de los labios, que eran delgados y descoloridos.

—¡Buena historia tendrás, padre abuelo! —dije para mí.—Tu historia será la historia de esta venta, mejor dicho, de una de aquellas famosas ventas de los campos de Andalucía, las cuales ya no existen.

Tornó la mujer trayendo una gallina, y las operaciones de matarla, desplumarla, partirla y preparar su condimento, verificadas por nuera y suegro con presteza y primor queregonaban que eran duchos en el oficio, me entretuvieron distraidamente un rato, durante el cual la conversación fué poco menos lánguida que hasta entonces. Cuando estuvo puesta á cocer, él volvió á rípiar cogollos, ella preparó la mesa poniendo sobre la tapa una pequeña servilleta, un rodete de ristra de ajos, una cuchara de cuerno, una navaja, el jarro del vino, el vaso, y una luenga y custrida telera de moreno pan. Bien. No era aquello un banquete, ni prometía siquiera la succulencia de mis cenas del Círculo; pero..... menos aún llegué á temer que hubiera.

El sonido opaco del hervor de la olla llegó á ser en muchos intervalos el único ruido que se oía en la venta; aquello era desesperante, y empezaba á ponerme de un humor de todos los diablos. Cantuarreando aquello

*tranquila está la venta
no se oye ni un mosquito,*

de fui, con licencia de los patronos, á ver mi jaca.

El cobertizo en donde estábamos, daba á un patio, como él empedrado, que tenía en su centro un pozo y una pila; era cuadrado y lo limitaban por dos lados pilares que sostenían arcos sobre los cuales se apoyaba un corredor. Inmediatamente después estaban las cuadras.

Encendí al llegar á ellas el candil que antes de salir al patio me había apagado el viento, y después de colocarlo en adecuado sitio, empecé á examinarlas.

¡Diablo! Parecían las de un cuartel de caballería. ¡Qué largas, y cuánto animal en ellas! *Garbina*, era cierto, lo pasaba mejor que yo, entre aquella numerosa compañía, que rumiaba y pateaba con la mayor tranquilidad.

Once bichos conté. Los cuatro primeros, cuártagos de fatiga, eran á juzgar por los jaeces que detrás tenían, puestos sobre espigones clavados en la pared, e ltiro de refresco de la diligencia que con rumbo á Arcos, por allí pasaba. Las siguientes eran dos mulas de trabajo. Junto á ellas estaba una panzona

burra blanca; después mi jaca, y en el rincón, un tanto apartados, tres caballos que parecían buenos, á juzgar por la planta. No habiendo otro viajero que yo en la venta, ¿de quien ó quienes podían ser aquellos animales? Gente que con tal estrechez vivía ¿podía tenerlos ni como negocio ni para recreo?.....

Ocurriome sospechar si serían robados; si aquel tio de los botines sería un cuatrero; si me hallaría entre ladrones. Y en alas de esta sospecha que no me cuidé de reflexionar si sería fundada, la imaginación excitada por la vaga penumbra en que la mezquina luz del candil dejaba á la cuadra, representóme una de aquellas relevantes escenas de la vida de los antiguos caballistas, de aquellas dramáticas figuras dueñas de la Tierra Baja hasta los comienzos del presente siglo, terror del viajero, sueño y ocupación de los justicias, consocios de los escribanos, ahijados de muchos poderosos, providencia de muchos desvalidos, carne de horca 'al finiquito, merced á los cuales, apenas si quien allende Despeñaperros vino al mundo, concibe al andaluz sin vestimenta de alamares, ni á la andaluza sin navaja en la liga.

¡Diablo! ¡diablo!..... Mi sempiterno buen humor se iba eclipsando por momentos, y apoderándose de mi ánimo una vaga inquietud que, no por abochonarme de ella y rechazarla con corage, dejaba de molestarme menos.

La cena fué bien aburrida. Había llegado á preocuparme la situación en que me hallaba, y no fui yo quien hizo cosa alguna por animarla en lo más mínimo. De mis patronos, la una sólo se curaba de servirme, el otro seguía con sus cogollos sin levantar cabeza más que cuando yo le ofrecía vino, lo que verificaba con frecuencia. Seguía empeñado en hacerle hablar.

—¿Hace mucho, abuelo, que tiene usted esta venta?—le pregunté al dejar la mesa.

—Lo que tengo de vía; sesenta y dos años.

—¡Sesenta y dos años!..... Ya habrá usted visto desfilar viajeros.

—Hombre..... no he dejao e verlos; porque una venta no ha sido siempre lo que ahora; refugio pa un percance. Han tenido sus tiempos; los tiempos en que er probe vivía.

—Pues qué ¿los pobres no viven ahora?

¿los progresos del siglo no les favorecen como á todos?

—Home..... yo no entiendo e liturgia, porque nunca fui leío ni escrebí, y eso der pogreso, no me suena. Pero sé decirle á osté que ante, tos comíamos; el jarriero con su re-cua; el mayoral con su diligencia, el carrero con su carromato.... había cincuenta mil trajines que ahora con er cerro-carrí, tos andan muerto.

—Bien; pero los hombres antes dedicados á esas faenas, hoy se ocupan en otras.

—Verbo y gracia: en ripiá cojollo; ¿le paece á osté?

—Su industria de usted—dije sonriéndome,—es verdad; ha venido muy á menos. En otros tiempos un establecimiento de estos produciría.....

—Montones é oro;—interrumpió con viveza—porque ¿osté sabe lo que era una venta?..... Este que pasa; el otro que juye; uno que busca; otro..... en fin.

—Sí, sí—repuse después de esperar inutilmente que continuara—Aquí hallaba refugio todo el mundo, y todo el mundo dejaría algo. Únicamente se corría el peligro de que

reunidos cuatro cuartos, lo husmaran las partidas de ladrones que entonces pululaban por los campos, y se los llevaran.

—¡Los ladrones! Si los ladrones de entonces respetaban al probe como á su pare; ¿qué habían de robá á un infeli? Arrebé: lo que uñateaban al que lo tenía e sobra, lo repartían con ellos, y más otavía; porque de ningún ladrón de mis tiempos sa poío decí que muriá con dos motas, á no ser que fuera e la gente é golilla; á no sé fuera escribano, oído, asistente ó còsa parecía.

—¿Y usted ha conocido á muchos?

—¡Toma! Yo..... á tos los e por aquí.

Estaba comprobado. Aquel hombre había sido uno de tantos.

—Y ya no se ven por los campos á esos malhechores; ¿verdad?

—Ya no. Ya ni siquiá se roba cara á cara. Ahora se roba, ó dando una ajogailla á la escudía, ó como roba er Gobierno; con papeles.

—He oido hablar, no se donde, de que en estos contornos se ha cometido un crimen horrendo no hace mucho.

—Por aquí..... Como no sea arguno de los secuestros..... Pero eso es una indiniá; eso

no son ladrones; eso son..... no crea osté: hasta cabayeros; porque es una compañía mu grande que tiene sus pájaros gordos en las capitales y tó su cuento. A mí eso..... no seño; á mí pa robá, y esto es un poné, deme usté un hombre con carzones bastante pa plantarse en un camino ¿oye usté? y venga lo que venga, echarse la escopeta á la cara y decí: *¡la borsa ó la vía!* Secuestraores y eso..... cataí usté una gente que yo ajorcaba.

No me pesaba al llegar á este punto, haberme empeñado en sonsacar á aquel hombre y haberle hecho hablar á fuerza de vino y de preguntas repetidas; pero el tema á que vino rodando la conversación; el lugar en que estaba; la presencia de aquel superviviente de los antiguos caballistas andaluces; el mismo vino obrando en mi cerebro, y la electricidad de la atmósfera que seguía en revolución, influyeron sobre mí de tal suerte, que un tanto aletargado por las caricias del cercano fuego y el cansancio de la jornada, la imaginación llegó á fingirme tipos de bandidos, escenas de robos, repartos de botín, sangrientas peripecias, luctuosos encuentros, cárceles; hopas, justicias, verdugos, cuerpos des-

cuartizados, cuervos picando en ellos, cuadros de horrores, pavorosos y repugnantes. Ello acabó por causarme enojo; no sé si también algo más; pero yo lo creí sólo enojo, y decidí acostarme.

Llevome la mujer á un cuarto de arriba, pequeño, desmantelado, con una ventana al corral cuya grietada y carcomida puerta no osaba impedir que el viento hasta allí entrase, y en el cual solo había un catre con un colchón, una almohada y una manta.

—¿Y no hay nada mejor?—le pregunté.

—¡Qué va á haber! Otro catre igual en otro cuarto. Si quíe usted que ajunte los corchones.....

—No estará de más.

Hizose así, y poco después me hallaba solo en la estancia, alumbrada por una velilla de pestoso cebo.

¡Diablo! La puerta, que quise cerrar, era tan endeble, que un mal puntapié sería bastante á echarla abajo. ¡Bah! ¿Quien había de intentarlo? ¿Pues no se me ocurrían tomar precauciones cual si tuviera miedo? ¿Que vergüenza! ¿para qué tenía allí aquel revólver?..... A dormir..... A dormir.....

III.

Mi fatigado cuerpo se acondicionó pronto sobre aquel mal potro, y la modorra entabló á seguida contienda con la imaginación á quien recuerdos de antaño y las recientes impresiones, traían noveladora y desasosegada. Diose al fin, á partido y me dormí.

Poco después oí que daban en mitad del campo un silbido prolongado, el cual por su cambio de tonos parecía ser una señal convenida, y otro al poco tiempo lanzado en la puerta de la venta, cual si con él se contestase á aquel. Fueron ambos precursores del ruido que cinco briosos caballos, montados por apuestos ginetes, hacían al trotar por la carretera en dirección á la venta, por la que entraron como Pedro por su casa.

—Alabao sea Dios —dijeron unos.

—Por siempre—le contestó el ventero, teniendo por el diestro al potro de quién entró delante.

—Naide ¿verdá?

—Ni un arma. ¿Qué? ¿hay noveá?

—Argo habrá cuando venimos — dijo echando pié á tierra aquel hombre que era apuesto, gallardo, moreno, con patillas de boca hacha, y vestía el mismo traje que el ventero, aunque más rico y flamante.—De cená ¿tié usted?

—Pa tí y pa tu gente ya sabe que lo hay siempre..... Quico, Bastián..... Ya estais oyendo.

Llevaronse los caballos á la cuadra, cerrose la puerta de la venta, y poco después, rodeando una mesa en la que se había puesto una ensarta de chorizos, pan, vino, queso y aceitunas, los recién llegados comían sosteniendo familiar conversación con los de la venta, cual si de antiguo se conocieran, se trataran y se quisieran.... Hacía diez días que no habían hecho cosa de substancia. Volvían de la sierra de Ubrique de dar un golpe en vago, y en poco estuvo que por confidencias mal dadas, no se les fuese lo que se prometían de aquella noche. Antes de amanecer había de pasar por allí el administrador del duque de Osuna, siendo portador de una gran cantidad; le acompañaban cuatro hombres arma-

dos y de probado temple; pero no obstante, estaba decidido dar el golpe. Cinco contra cinco; ¿se iba á dejar?..... Pareciple al ventero expuesto el lance, y propuso, mejordicho, dió por hecho que su hijo y su yerno los acompañasen. Con ellos ya variaba la cuestión; eran siete, número virtuoso ó cabalístico, con el que tenía experimentado que nada salía mal. Discutiose un poco, pero al fin, así quedó convenido.

Terminado el refrigerio, todos sacaron á relucir gruesas tomizas de hoja de tabaco, picaron de ellas con hermosas navajas puntia-gudas, y cuál en pipa, cuál en papelillo, empezaron á fumar, corriendo el jarro del vino por el rueda á cortos intervalos, y hablando este, canturreando aquel, y el otro echado sobre una enjalma ó un serón, todos parecieron tan tranquilos y tan satisfechos.

—Si arguno quíe dormí un rato.....—dijo el capitan de la cuadrilla— Hasta las dos no salimos. Yo voy á jacelo. ¿Ta mi cama, señó Curro?

—¡No ha está, chiquillo!

El capitán entró en el cuarto del ventero y ocupó su cama, y de los otros, unos se

fueron á los cuartos de arriba, otros se acomodaron lechos allí mismo.

Poco después no se oía en la venta más que algún que otro ronquido y los pasos de señó Curro que iba de un lado para otro, guardando este chisme, poniendo allí el otro, y colocándolo todo en un estudiado orden. Pusose luego á picar tabaco de una gran torcida que sacó de su cuarto; guardó la picadura en la petaca después de orearla, y cuando ronquido va y esperezo viene, había pasado un largo rato, asomose al patio, observó las estrellas, y exclamó para sí:

—Media hora falta.

Fué á la cuadra, dió agua á los caballos en la pila, y volviendo á donde la gente estaba, las despertó á voces, así como también al pitán.

Todos menos este fueron á enjaezar las cabalgaduras, y poco después, montaban en ellas, á la puerta de la venta, y echaban á correr por la carretera abajo.

La venta se cerró cuando señó Curro los hubo despedido, y todo volvió á quedar en silencio.

¿Qué pasó luego?..... Luego pasó que á

la puerta de la venta se dieron aldabonazos que se oyeron en diez leguas á la redonda; que el ventero, asomando su faz á la ventana del cuarto en que dormía, preguntó de mal talante quién á aquella hora alborotaba de tal modo, y que de fuera le dijeron:

—¡Abrid por Dios! Viene con nosotros un hombre herido.

—¡A la paz é Dios! Voy en seguía.

Abrió inmediatamente con efecto, y tres hombres de los cuatro que á la escasa luz de las estrellas pudo ver, sacaron de la litera que consigo sin duda habían traído, el cuerpo desmayado de otro, y lo trasladaron á la misma cama del ventero, quien apenas le vió, muy solícito é interesado, quiso saber la causa de aquel accidente, y se ofreció á verificarle la cura más apremiante, si alguna era posible..... ¿Lo que había sido? Un encuentro con una partida de bandoleros. Traía él, el que hablaba, mil trescientos ducados que su señor el gran duque de Osuna le había ordenado entregar en Sevilla; acompañabanlo para resguardo propio y del dinero aquellos cuatro hombres, y de pronto, media hora antes, á trescientos pasos de aquel sitio, yendo él en

el carruaje, dos en el pescaute, y dos á caballo á un lado y otro del vehiculo, habían caído sobre ellos los ladrones poniéndoles sus enormes trabucos á media vara de la frente; hizo la sorpresa que todos se rindieran, menos el herido que guiaba el tiro, y que imprudente pretendió escapar atropellando á uno, lo que le costó recibir una descarga, de la que había salvado por milagro, con un hombre hecho polvo.

—¡Y naide murió de los ladrones!—preguntó el ventero con un interés el más patetico.

—¡Qué había de morir, si la sorpresa fué inaudita?

—¡Y se llevaron el dinero!

—¡Digo!

—¡Ay, maresita mía en Consolación, que ese hombre me pierde! ¡Ay maresita mía, que esgracia más grande! ¿No habrá una bala perdía que lo jaga porvo?

—¿Qué dice usted, ventero del demonio! ¿qué letanía es esa?

—Señó, yo sé lo que me digo. ¿Le paece á usté que es chica perdición pa mí er que ese Gallero, ese mala sangre, haiga escogio

estos terrenos pa jasé de las suyas?..... En mi oficio, como en tos, hay muchos charranes; compañeros tengo, según dicen, que ocurtan á los caballistas, que son sus espías, que los tapan..... ¡qué se yol..... Er día menos pensao me dice un sargento é miguelete «preso vamos» y catustai perdío pa ciento y un año, á un hombre cabá como lo es uno, que le teme más á esa mardita gente que á la ira e Dios.

—No hay que extremar las cosas. La justicia al fin.....

—¡La justicia! Catustai er temó más grande de los hombres honrao. Mas mejó quere-mos que mos coja un toro del Barbero, que no que esa señora lo entrepille á uno por su cuenta. Porque anque sea mala comparanza, to en este mundo es una ruea que pa que ande bien, sa mesté sebo, y si no, no anda. Er que junta, güeno; pero er que no.....

En tanto mantenía esta maliciosa plática aquel ladino ventero, él y los otros bajo su dirección, habian desnudado de medio cuerpo arriba al herido, limpiádole de sangre, y lavádole la parte lesionada con salmuera, fajándosela después con tiras cortadas de la misma sábana.

Dejáronle á seguida en el lecho, revolviéndose dolorido y febril, bajo la vigilancia de uno, y el mayordomo y los otros criados salieron al cobertizo, en donde hallaron ya á otros dos hombres: el hijo y el yerno del ventero, que se ocupaban en los aprestos de un amasijo, calentando agua, echando harina en una grande artesa, y disponiendo tablas y mantas para colocar luego y arropar las telas hasta la liudez.

¡Qué actividad! qué cosas! ¿Quién hubiera conocido en aquellos hombres á dos de los bandidos que poco antes dieran aquel golpe?..... Y en la cama donde el herido reposaba, habían estado, uno después de otro, el ventero, el capitán de los ladrones y la víctima. Tal vez fué herido por el hijo el que curaba el padre.....

Nadie quiso dormir. Habiales impresionado vivamente el suceso; al mayordomo no le saldría el susto del cuerpo en mucho tiempo, según confesión propia, y al rededor del fogaril y presenciando el amasijo, se dispusieron á pasar la noche.

A la madrugada llegaron dos arrieros de aceite, con quienes, apenas descargadas las

vacías corambres que sus mulos traían, se mantuvo conversación acerca del encuentro. ¡Buen susto habían llevado! Ellos oyeron el tiro en el silencio de la noche, y quietos y medrosos les pareció distinguir poco después que algunos hombres á caballo dejaban la carretera y se metían en los pinares. Aquello les había salvado; porque de seguir por el camino real, se hubieran topado con ellos; y aunque no eran gran cosa los doscientos y pico de pesos de la venta realizada en Villalinda, se los hubieran llevado.

—¡Pero esta gente.....!—exclamó señó Curro—¿Quién se aventura hoy con guita encima po esos campos e Dios!..... Y cuando menos, los ineros no se llevan sobre uno mismo; se esconden aonde ni Dios se lo piense. Ostés seguramente..... ¿aonde lo llevan ostés?

—Van bien guardaos, mi amo—le contestó uno.

—¡Pos eso es! En el aparejo más malo de la peor bestia se lleva si ha mesté; y si no en la mesma colambre. ¿Eh? qué les paece ó ostés? ¿digo argún isparate?

Desde que había sabido que aquellos trajinantes llevaban dinero, la picardía de señó

Curro se aplicó sin descanso á saber en donde lo ocultaban, quizá por vicio, quizá siguiendo impulsos de un instinto rapiego allí avivado por una atmósfera preñada con los ecos de constantes robos, pues sería aventurado suponer que tratase realmente de robarlos, y que por unos cuantos ducados se comprometiera de modo tan ineludible.

¡Y aquella era la vida del trajinante honrado! ¡Tales las contingencias á que su pobre hacienda estaba expuesta! Escapar de un peligro y caer en otro. Librarse de una cuadrilla de ladrones, y dar en manos de uno que se ocultaba bajo el disfraz de mesonero. ¡Pobre comercio! ¡pobre industria! ¿Cómo vuestros centros y vuestras fábricas habían de lograr el desarrollo de que eran susceptibles, si con tales dificultades tropezaba la propagación de sus productos?.....

¡Y aquella otra, la que patentizaban los criados del duque, era la seguridad de la hacienda y de la vida?..... ¡Pobre sociedad la que tan poco sabe guardarse de la violencia y de la fuerza, de la perversión del sentido moral y del delito.

¡Ah! ¿Pero qué detenerme en inútiles re.

flexiones? Yo que aquello habia visto, iba á desenmascarar al punto á aquella tropa de bandidos, y á entregarlos yo mismo á la justicia. La humanidad me lo agradecería. ¡Buena cuelga, diablo! ¡buen racimo el que iban á formar colgando de una horca aquellos pícaros!

Ardiendo en ganas de coger al señó Curro por las orejas y decirle cuanto al caso venía, eché muy decidido á andar recreándome por adelantado con su estupefacción y su impotente cólera, y..... me caí del catre abajo, despertándome atolondrado y casi imbécil de aquella pesadilla.

IV.

Habia amanecido, y el sol se presentaba brioso y como decidido á vengar las injurias que el dia antes le habian inferido las señoras nubes, no dejándole lucir sus rubicundos rayos por la haz de la tierra. No ha llegado apenas, y ya traba con ellas colosal combate, disparando sobre las más próximas saetas

que les incendian sus vaporosas vestiduras, barriendo denodado su soplo abrasador á las pequeñas, y amenazando á las más lejanas de tal modo, que huyen despavoridas luciendo en su precipitada fuga, ésta una palidez mortal, aquella un rojo viólaceo, la otra un color plumizo.

¡Hermosa mañana la que se ofrecia á mis ojos desde la ventanuca de la venta! En calma completa el aire fiero que tanto zumbó durante la pasada noche; brillando el sol y despejado de toda mancha oscura el azul purísimo del cielo; tibia la atmósfera saturada de vivificador oxígeno, las tristezas y las melancolias propias del otoño no se hacían patentes sino contemplando la campiña negruzca y desnuda en las laderas, empantañada en los valles, sin otra verdura todavía que la de una hierbecilla corta y la tristona de los desgrefñados olivos y los escuetos pinos que se distinguen á lo lejos. Las pitas del vallado de enfrente, conservan todavía en sus pencas el agua de la lluvia; desde las desnudas higueras de la huerta, saltan los gorrones bullidores y alegres á las lindes del arrecife, y pican en la basura que dejó la co-

riente entre la grama; pizpiretas *pepitas* danzan sin cuidado sobre el montón de estiércol que á la puerta del próximo caserío se ve; buchones palomos se arrullan y se espurgan posados sobre el tejado vecino, en tanto que otros vuelan serenos en ondulantes giros; piaras de gallinas escarban y rebuscan por todos lados, acudiendo diligentes al llamamiento del gallo que suele regalarlas con el hallazgo de cualquier gusanillo y de cuando en cuando da muy arrogante su qui-qui-ri-qui, y un pavo real colocado en el brazo de la veleta que corona el caserón de enfrente, parece que preside aquella escena de rural ventura, plácida y risueña.

Las campanillas de la diligencia de Arcos, que llegaba con la prisa que metían al mayoral, el tunante Alcañices, sus ansias de matar el gusanillo, como llaman por la andaluza tierra á beber en ayunas un vaso de aguardiente, dieron con sus acordes la nota más alegre de la escena, en la que pronto tomó parte la figura humana, saltando del coche al arrecife las ocho ó diez personas que venían en él, y asomándose á la puerta de la venta algunas otras.

Era preciso verlas.

Salí del cuarto, y bajé llegando á la estancia en donde habia cenado.

Un hombre joven, de risueño semblante y expresión simpática, estaba tras de una mesa en que había varios tarros y botellas, vasos de diversos tamaños y una sangradera con agua. Ante la mesa estaban los viajeros, unos bebiendo, y esperando otros.

—Acaba e echá la otra;—decía el cochero al que diligente despachaba—que nos vamos antes que uno se caiga reõndo, envenenao con ese pajorelo amílico que espachas.

—Date tono elante é la gente; que así naide se jará cuenta de que tú no has bebío en tu vía más que arquitrán, y pué sé que se piense arguno que tiés boegas en Jeré.

—Ya sabes tú que no le ha andao mu lejo.

—¡Digo! ¿Pueś no se sabe que tu tío Sanchez Romate ha tenío empeño por dejarte las tuyas?..... Si no que tu no has querío.

—Acaba ya, guasón.

Se bebió la segunda y la tercera; se encendieron cigarros; se pagó la cuenta, y «al coche,» se dijo.

Volvieron á empotrarse en él los viajeros, Alcañices y el zagal subieron al pescante, y restallando el látigo exclamó el mayoral:

—¡Ríá, Generala!..... ¡Jaiyá!

Trotaron los caballos cambiados en el interin por el ventero viejo, y el vehículo se puso nuevamente en marcha.

Poco después lo hacía yo también en dirección opuesta, recordando no sin cierta melancolía la venta con que había soñado, ya degenerada, cambiada en ventorrillo.

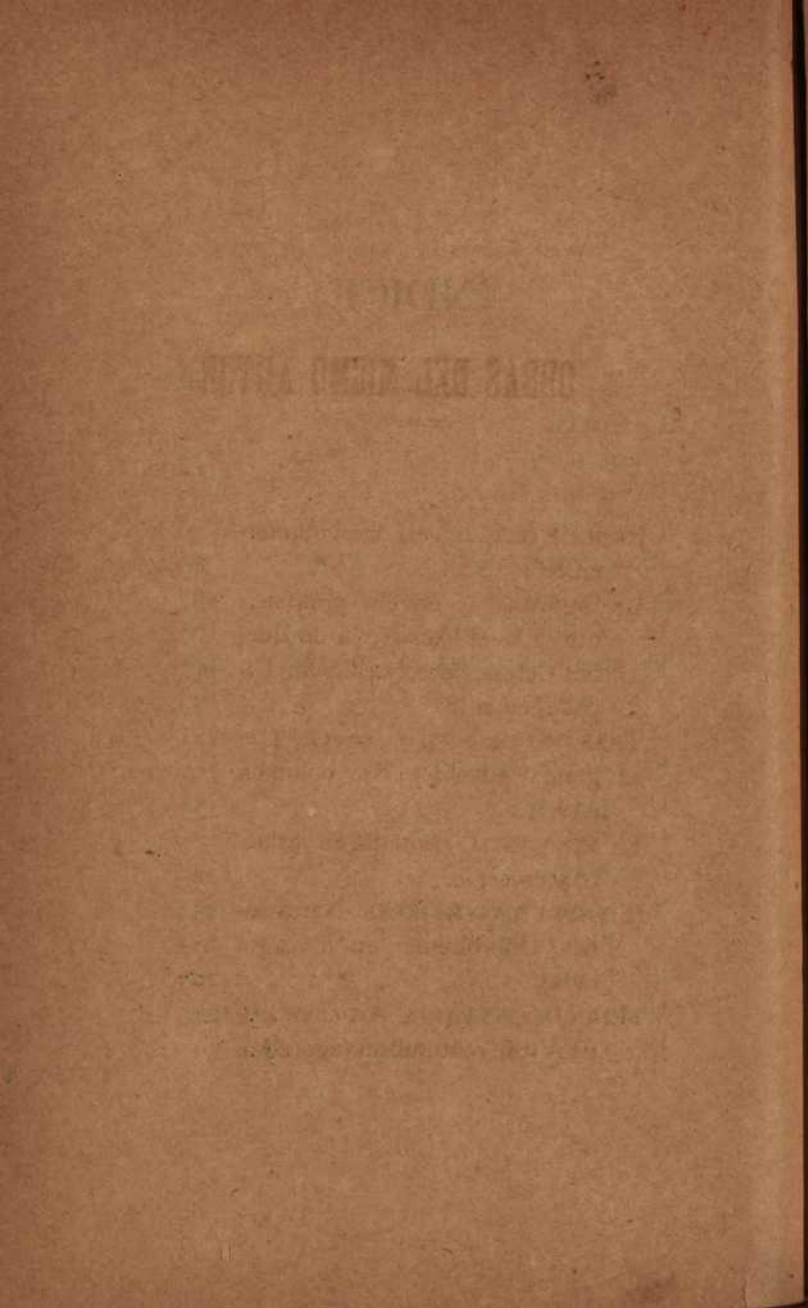
¿Por qué, cómo cambió todo tan pronto?

La locomotora de Valniego lanzando silbido impetuoso y cruzando á lo lejos como sierpe diabólica, dió contestación á mis preguntas.

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
LA HOSTIA.	7
FOSFORITO.	23
LAS SEMILLERAS.	33
EL SANTITO.	39
LA VENDIMIA.	89
SIN TRABAJO.	97
EL CARRERISTA RURAL.	107
EL ROBO DE ELENA.	117
TRAPOS VIEJOS.	133
ACEITUNAS.	141
EL DOCTOR CHULVY.	161
DE MATANZA.	171
LA CHANA.	183
LA RABONA.	225
SAN JUAN EN MI PUEBLO.	253
EL MÚSICO NEGRO.	267
FRUTA BASTA.	273
EL NIÑO DE BRENES.	279
UNA NOCHE EN CUÉRBANO.	313



OBRAS DEL MISMO AUTOR


	<u>Pts. Cts.</u>
JUAN DE DIOS, novela. Un volumen en 8. ^o	2 50
LA SOÑADORA, novela premiada por la Real Academia de Buenas Letras; (tercera edición.) Un volumen en 8. ^o	2
TRABAJOS DE SÍSIFO, novela (segunda edición.) Un volumen en 8. ^o	3
LA EDUCANDA, comedia en un acto y en verso.	1
¡SIEMPRE LAS MUJERES! Narraciones. Un volumen en 8. ^o (agotada).	
MINUCIA LITERARIA. Artículos críticos y de costumbres (agotada).	

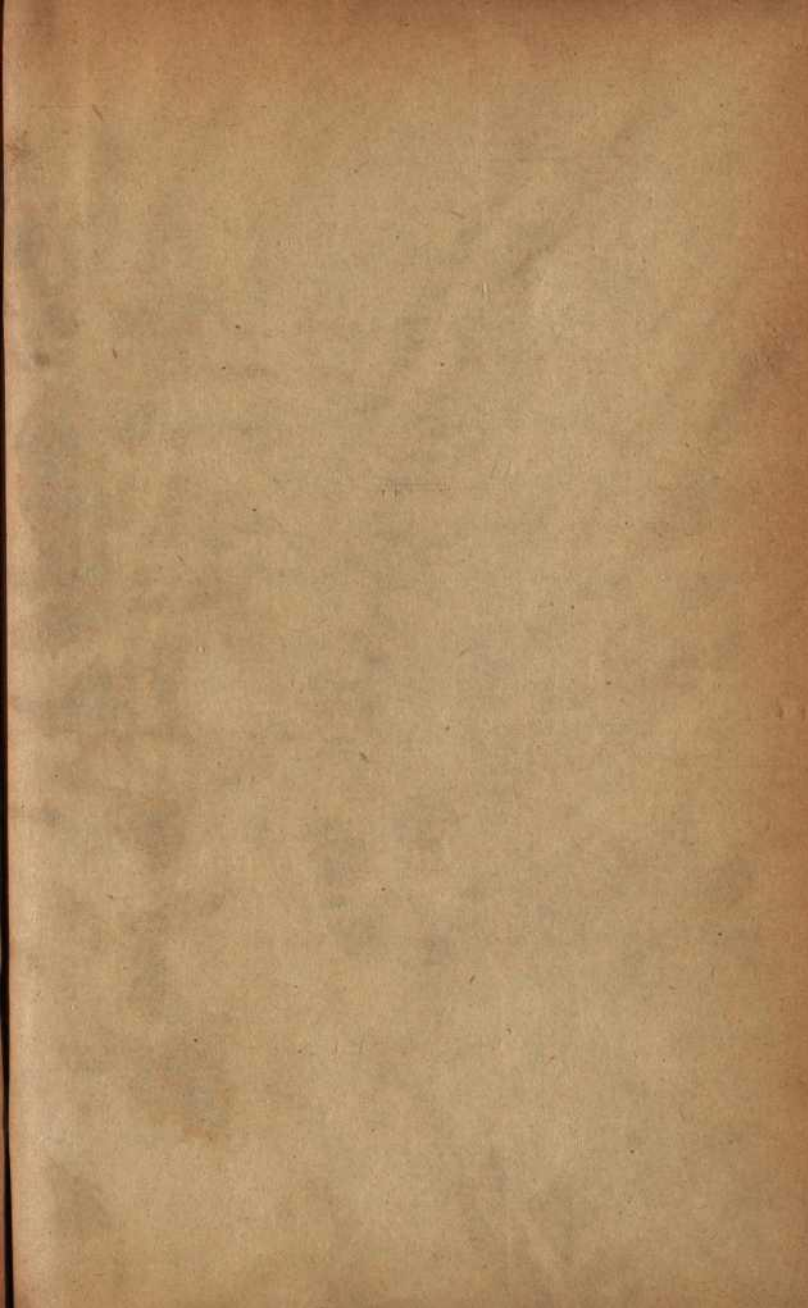


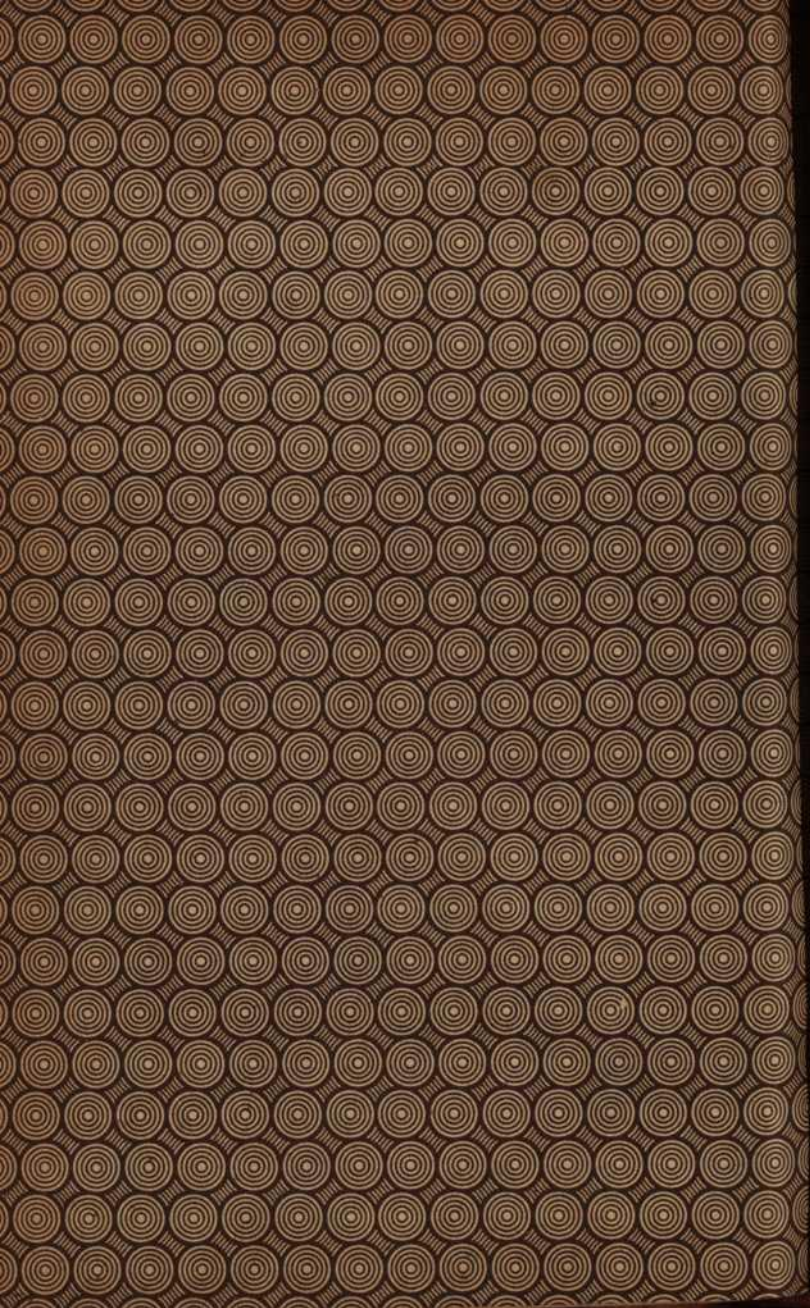
UN VIVERO DE SABIOS. Retratos á la pluma. Un volumen en 8.º . . .	1
FRESCOS DE ANDALUCIA. Un volu- men en 8.º	3

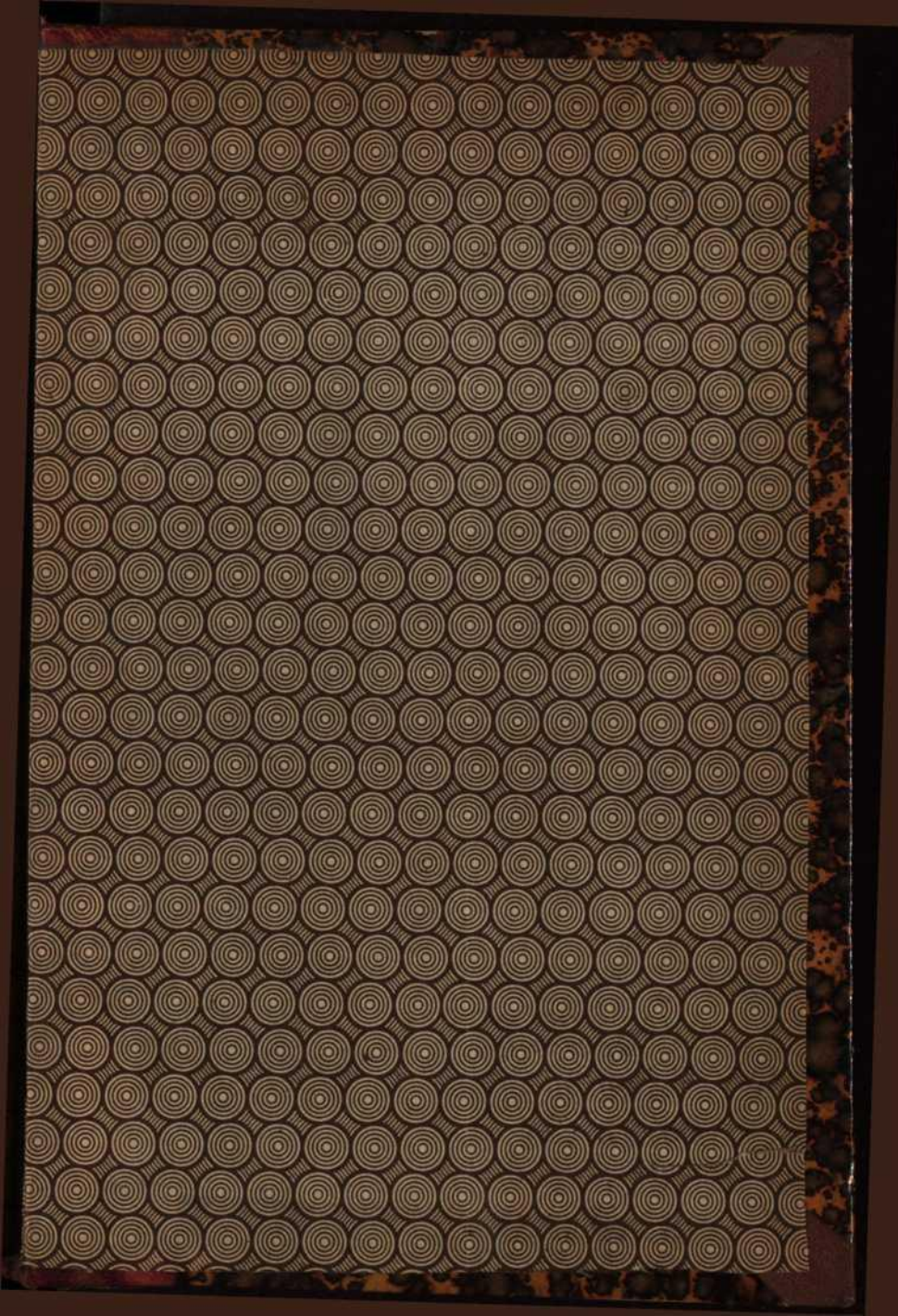
EN PRENSA

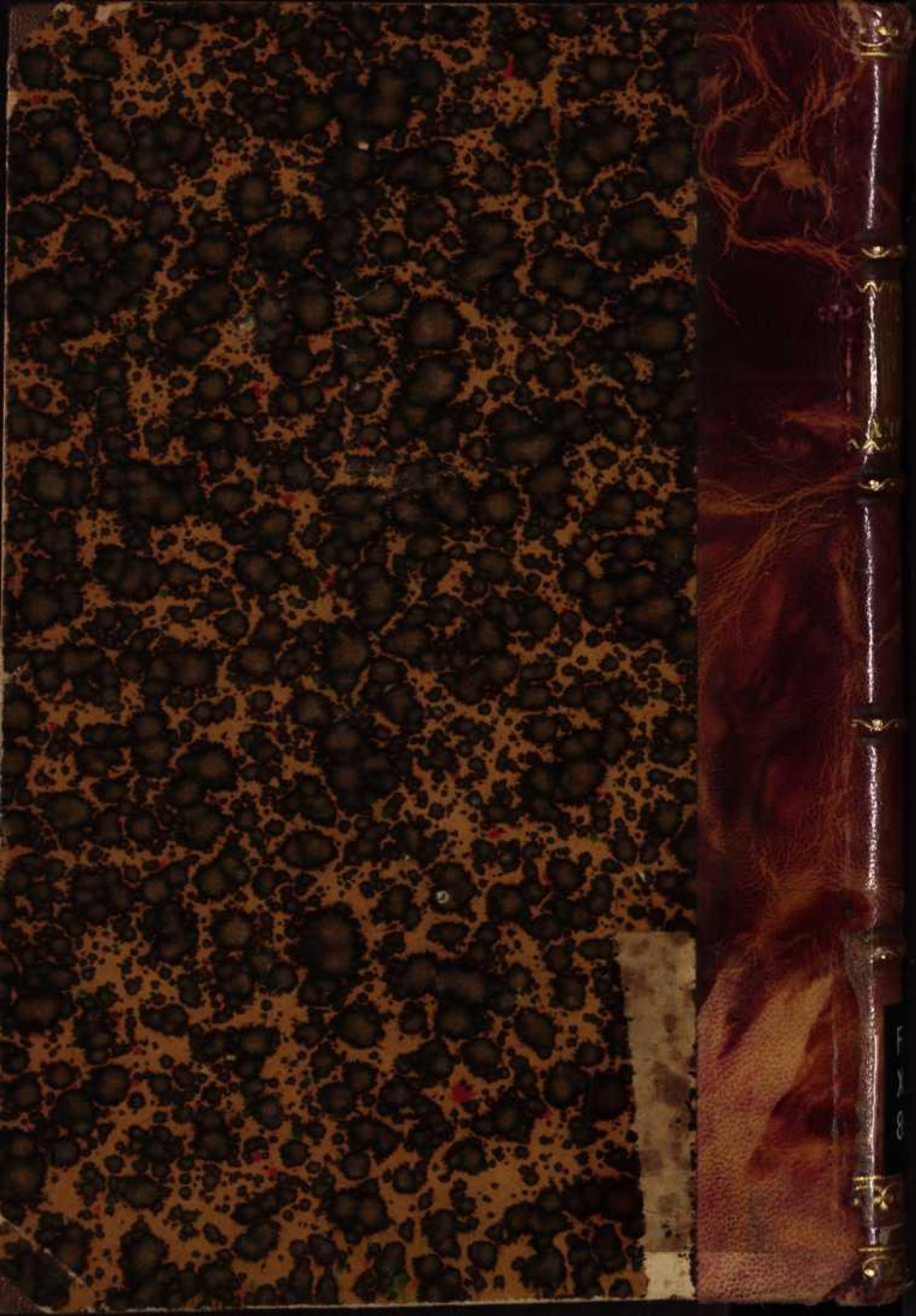
LA PANZA, novela.











LIBRO REAL
PRECIOS
DE
INDALICIA

FAN
XIX
89